

Unesco

Africa América Latina

Revista de SOCEPAC, n.º 3, Extraordinaria de 1962



Miembro de la Coordinadora Estatal
de Solidaridad con Cuba

I N D I C E

Cuba en la hora de los hornos	9 Universidad Centroamericana (Nicaragua)
El ruido y las nueces II: el ciclo en la política de los Estados Unidos hacia Cuba	29 Rafael Hernández
Cuba en la razón de Occidente	41 Marcos Roitman
Lo que no es eficiente no es socialista (entrevista a Carlos Lage)	49 Arleen Rodríguez
Cuba en el momento actual (reflexiones suscitadas por una reciente visita a Cuba)	57 Vasco Gonçalves
Relaciones bilaterales entre el Estado español y Cuba: del autonomismo al entreguismo en la política exterior	67 Alberto Cruz
Mensaje a la Primera Cumbre Iberoamericana	83 Fidel Castro

cuba



EDITA: COORDINADORA ESTATAL DE SOLIDARIDAD CON CUBA

Número 2. Abril 1992

Andalucía: COLECTIVO CULTURAL «GINER DE LOS RÍOS» DE RONDA; Aragón: COMITÉ DE SOLIDARIDAD INTERNACIONALISTA DE ZARAGOZA; Asturias: COSAL ASTURIAS, AREA DE PAZ Y SOLIDARIDAD DE IU-OVIEDO; Baleares: COMITÉ DE SOLIDARIDAD CON CENTRO Y SUDAMERICA DE PALMA DE MALLORCA; Canarias: ASOCIACION DE AMISTAD CANARIAS-CUBA, COMITÉ DE SOLIDARIDAD CON LOS PUEBLOS DE TENERIFE; Catalunya: ASOCIACION CATALANA DE BRIGADISTAS A NICARAGUA, COORDINADORA DE CASALS D'AMISTAT CATALA-CUBA DE CATALUNYA; Extremadura: ASOCIACION EXTREMEÑA DE SOLIDARIDAD CON LOS PUEBLOS DE AMERICA LATINA; Galicia: ASOCIACION DE AMISTAD GALEGO-CUBANA «FRANCISCO VILLAMIL», PROMOTORA DE LA ASOCIACION DE AMISTAD GALEGO-CUBANA EN MOAÑA-CANGAS; Valencia: CEDSALA, RADIO KLARA; Madrid: COSAL LEGANES, COSAL LA ALHONDIGA GETAFE, COMITÉ DE SOLIDARIDAD CON EL SUR-TORREJON DE ARDOZ, COMITÉ DE APOYO A LA REVOLUCION CUBANA DE ALCALA DE HENARES, ATENEO CULTURAL PRIMERO DE MAYO DE LEGANES, COMITÉ DE SOLIDARIDAD INTERNACIONALISTA «PABLO DE LA TORRIENTE BRAU» DE SAN SEBASTIAN DE LOS REYES, COMITÉ-COSLADA DE SOLIDARIDAD CON CUBA, COSAL VALLEKAS, COMITÉ DE SOLIDARIDAD CON LOS PUEBLOS, SODEPAZ, ONG SUR, COLECTIVO DE SOLIDARIDAD CON CUBA DE TELEFONICA «LAGARTO VERDE», COMITÉ DE SOLIDARIDAD CON CUBA DE LAVAPIES, OSPAAAL, COMITÉ DE SOLIDARIDAD INTERNACIONALISTA DE MADRID, ENTREPUEBLOS-MADRID, GRUPO DE APOYO A LA COORDINADORA DE LA ASOCIACION DE AMISTAD HISPANO-CUBANA DE MADRID, KOLECTIVO ADELFA JUVEN, COMITÉ DE SOLIDARIDAD CON EL SALVADOR, COMITÉ DE SOLIDARIDAD CON LA CAUSA ARABE, CRISTIANOS POR EL SOCIALISMO.



**ALTO A LA AGRESION
ROMPAMOS EL BLOQUEO**

Cuba en la hora de los hornos **

"Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz"

José Martí

En las calles de La Habana y de otras ciudades de Cuba todo son colas. Para la leche (hay que llevar la botella). Para lo que llegó de la libreta (todo ha vuelto a estar racionado y desde hace cuatro meses no llega jabón). Para las guaguas (que son menos cada día, que ya ni paran, que parecen racimos en marcha). Para las pizzas (que ni pizzas parecen). Para el buchito de café. Sobra el dinero y falta casi todo. Pregunta para un funcionario "Esta crisis, este llamado "período especial", ¿se debe a los problemas de los países del Este o a los problemas de Cuba?" Responde: "75% a la crisis del Este, 25% a nuestros problemas".

La misma pregunta a un trabajador de la industria ligera. La responde exactamente al revés: "75% es nuestra culpa, 25% es por lo que pasa allá". Un funcionario menos oficialista, equilibra las proporciones: "60% es problema externo, 40% es interno".

En las calles de La Habana y de otras ciudades de Cuba todo son comentarios sobre esta nueva, difícilísima realidad. Se escuchan ideas, opiniones, reflexiones y más ideas. "Estamos obligados a un ejercicio de creación, a la creación de un modelo que haga viable la revolución que ya cambió", dice un joven revolucionario, también lleno de ideas.

UN PAIS DESABASTECIDO

Si de algo hay clara, extendida y unánime conciencia en Cuba es de que el mundo ha cambiado. Eso lo sabe y lo valora el 100%. El mundo en el que la revolución cubana nació, creció y se desarrolló, ya no existe. Los enemigos del proceso revolucionario cubano deducen –y aún más, tratan de inducirlo con su propaganda– que esa revolución "tiene sus días contados", que la actual crisis es "terminal" y que después de nacer, crecer y reproducirse, ya le llegó a la Cuba revolucionaria la hora de morir.

En medio de un océano de capitalismo

Desde que el 3 de febrero de 1962 el Presidente John F. Kennedy firmó el decreto número 3447, Cuba vio rotos todos los vínculos económicos, comerciales y financieros que tenía con los Estados Unidos. Eran demasiados y antiguos esos lazos. En 1958, el año anterior a la revolución, el 71% del total de las exportaciones cubanas y el 64% de las importaciones eran con Estados Unidos y el comercio norteamericano con Cuba totalizaba mil millones de dólares. (Ya en 1923, Estados Unidos le compraba a Cuba el 83% de sus exportaciones).

Consumado el embargo, y aunque con enormes costos económicos y sociales, la isla de Cuba, aislada en su propia área geográfica, comenzó a rearticular toda su

** Artículo extraído de la *Revista Envío*, Universidad Centroamericana de Managua, n.º 122, diciembre de 1991.

economía y sus relaciones comerciales con los países socialistas de Europa, especialmente con la URSS.

“Lo que pasa ahora es que estamos prensados entre dos bloqueos. El de Estados Unidos y el de la URSS. Uno es de derecho y otro es de hecho”, explica un científico social cubano.

El “bloqueo de derecho”, el de Estados Unidos, es el que Cuba ha denunciado oficialmente en este último período de sesiones de la Asamblea General de la ONU, por considerar que es violatorio del derecho internacional. Más que por la agresión económica que representa el embargo bilateral, por la permanente presión que desde hace más de 30 años ha ejercido Estados Unidos sobre terceros países para que se unan a su política anti-cubana. Este asunto –que será discutido finalmente en la ONU en la Asamblea General de 1992– se vuelve estratégico en estos tiempos del cólera y del “nuevo orden mundial”, porque el marco del derecho internacional es ya el único en el que se proclama que los Estados, grandes o pequeños, son iguales y es el único que puede amparar a los más pequeños.

El “bloqueo de hecho” es resultado del colapso de los países socialistas de Europa del Este y de la crisis desintegradora en la URSS. Cuba mantenía el 85% del total de su comercio con estos países, especialmente con la URSS. (Viendo esta cifra siempre han dicho unos: “¡La revolución sólo cambió una dependencia por otra!”. Y otros: “A la revolución no le dejaron otra alternativa.”).

Los cambios y la marcha hacia el capitalismo de todos los países de la Europa Oriental han provocado la práctica desaparición de todos sus intercambios comerciales con Cuba. Un ejemplo de uno de esos muchos intercambios: la República Democrática Alemana enviaba a Cuba 22 mil toneladas de leche en polvo y a cambio, Cuba enviaba a la RDA 22 mil toneladas de levadura torula, para la alimentación animal. El intercambio era beneficioso para los dos países: la RDA tenía excedentes de leche y a partir de la melaza del azúcar, a Cuba le resultaba muy rentable la producción de torula. Con esa leche en polvo Cuba producía 220 millones de litros de leche fluída, el equivalente a 5 meses de consumo nacional.

Esa leche ya no llega a Cuba. Esto explica en gran medida el tensionamiento actual en el suministro de leche y en el de quesos, yogur y mantequilla. Sin embargo, no hay niño cubano que no tenga garantizada diariamente un litro de leche por 25 centavos. Tampoco hay un anciano al que le falte ese litro de leche. Casi todo lo que hoy gana Cuba con la exportación de langostas se invierte en importar leche en polvo para cumplir ese objetivo.

Con la URSS –el principal socio comercial de Cuba– los problemas han sido más complejos. No se trata de que la URSS haya decidido dejar de “ayudar” o de “subsidiar” a Cuba porque ha tomado distancia política o ideológica de su gobierno, como intenta presentar el juego –o guerra– de imágenes que existe hoy sobre Cuba.

¿De qué se trata entonces? El principal producto de exportación de Cuba a la URSS ha sido siempre el azúcar –también tienen importancia el níquel y los cítricos y últimamente, algunos equipos médicos–. El principal producto de exportación de la URSS hacia Cuba ha sido el petróleo.

En 1959, al triunfo de la revolución cubana, Cuba consumía 4 millones de toneladas de petróleo anuales y el barril de petróleo costaba 2 dólares. Con una tonelada de azúcar Cuba podía comprar unas 7 toneladas de petróleo. En los años 70, cuando se dio el alza espectacular en los precios del petróleo, el barril llegó a costar 30 dólares. Esta realidad del alza en el petróleo –que tiene precios de monopolio–, la variación en los precios mundiales del azúcar y el mismo desarrollo de Cuba –que fue capaz de producir mucho más azúcar, pero que ha llegado a necesitar para que funcione su economía 13 millones de toneladas de petróleo anuales– fue llevando a ambos países a la suscripción de acuerdos compensatorios de todos los posibles desequilibrios. No sólo a Cuba, también a la URSS le resultaban beneficiosos, porque cuando los soviéticos pagaban a Cuba 800 rublos por cada tonelada de azúcar,

producir en la URSS esa misma tonelada a partir de la remolacha, costaba mil o más rublos.

Tanto en estos dos productos centrales en el comercio como en los restantes, no se trató de la limosna del grande al chico, sino de acuerdos razonables entre el grande y el chico para así ir cerrando esa brecha del intercambio desigual que hace que unos pocos países sean cada vez más ricos a costa de que la mayoría de los países cada vez sean más pobres.

La crisis política de la ex-URSS y el caos administrativo que ésta ha generado, y no el supuesto aislamiento político al que la URSS ha sometido a Cuba, son razón del “bloqueo de hecho”. En 1990 empezaron ya los problemas. Por primera vez en más de 30 años, la URSS dejó de cumplir con el petróleo acordado con Cuba y en la segunda mitad de ese año dejaron de llegar a la isla 3,3 millones de toneladas. El recorte –algo más del 20% de lo necesario anualmente– obligó a serios ajustes en toda la economía.

En este 1991, la URSS ya acordó menos –sólo 10 millones de toneladas– y a finales de noviembre sólo se habían recibido en Cuba 8 millones. En los restantes productos o materias primas esenciales –tampoco subsidiadas ni donadas sino intercambiadas por productos cubanos– el incumplimiento de la URSS en 1991 fue casi total, mientras Cuba cumplía todos sus compromisos. Harina de trigo y granos, grasa y aceites comestibles, fertilizantes, azufre para la industria del níquel, sosa cáustica para la del jabón y para limpieza de los centrales azucareros y las industrias, carbonato de sodio para cristales, pulpa de madera para papel y cartón, laminados de acero para la construcción, hojalata para envases, neumáticos, piezas de repuesto para maquinarias y electrodomésticos... Todo eso y mucho más no ha llegado. De cada 100 neumáticos acordados, llegaron 2. En el caso de los fertilizantes, imprescindibles en la zafra azucarera y para el éxito del estratégico plan agroalimentario –que debe de dar resultados apreciables en los próximos dos años haciendo que La Habana y otras ciudades tengan capacidad de abastecerse con alimentos cosechados en sus alrededores– sólo se había recibido un 5% de lo acordado. Nada hace suponer que en 1992 se supere esta realidad de crisis en los suministros soviéticos. Incertidumbre es una de las palabras que resulta clave para entender a la Cuba de hoy. Y todos cuentan con que las cosas se pondrán peor.

Desde finales de 1990, cuando se dieron los primeros síntomas de la crisis –y previendo el empeoramiento de la situación– el gobierno cubano reajustó estrategias y estableció un estricto control sobre todos los recursos y bienes del país. Era éste también un “plan de ajuste”, pero muy diferente al que padece el resto de los países latinoamericanos. Diferente porque sus razones son otras y la gente está informada sobre ellas. Y porque la política del gobierno es mantener como “principio inviolable” “un clima de equidad, de hermandad y de solidaridad en el que ningún hombre o mujer, ni un solo niño, ni un solo anciano quedará nunca abandonado a su suerte”. Diferente también porque no hay estallidos sociales ni saqueos ni huelgas ni represiones. Y porque es un ajuste que ha traído escasez, pero no el hambre o la miseria masivas.

A finales de 1990 se inició el llamado “período especial en tiempos de paz”. Aunque hay aspectos del racionamiento que evocan una “economía de guerra”, guerra no hay y el paisaje de La Habana sólo es anormal por el exceso de filas y el de bicicletas, que por miles sustituyen a los automóviles. El deterioro que en el nivel de vida y en el consumo diario de la población trajo este impuesto control de todo es hoy el punto más visible y sensible de “la crisis cubana”. Tres veces al día sienten los cubanos “lo especial” de esta hora –sólo una parte de una crisis económica mucho más amplia–, tensión que de no resolverse creativamente podría traer como consecuencia un serio desgaste político para la revolución, enfrentada a la más difícil y compleja prueba de toda su historia.

Desde Estados Unidos, el gobierno Bush está apostando muy fuerte a acelerar el

desgaste político de la revolución. Por esto, el bloqueo que el Presidente Kennedy decidió hace casi 30 años —y que 7 administraciones norteamericanas han mantenido— ha vuelto a cobrar protagonismo.

Cada puerta que abrimos, ellos tratan de cerrarla

22 días después del triunfo revolucionario en Cuba, ya se empezó a hablar en Estados Unidos de un posible bloqueo a Cuba. La revolución, marcada desde el comienzo por un abierto nacionalismo “amenazaba” los intereses de Estados Unidos en una isla que había sido su casi colonia desde hacía 60 años. La Ley de Reforma Agraria (mayo/59), señalada en uno de los organismos auxiliares de la ONU como “ejemplo a seguir” en toda América Latina, no fue vista así por el gobierno de Estados Unidos. Fue la primera gran prueba de la “amenaza”. El 22% de toda la tierra cubana era propiedad de compañías norteamericanas. A partir de entonces, golpear sensiblemente la economía de la naciente revolución se convirtió en un objetivo básico de Estados Unidos para lograr que abortaran nuevos cambios revolucionarios.

La “primera gran zancadilla” —así la llamó Fidel Castro— la dio Estados Unidos en el petróleo. Las tres refinerías norteamericanas que había en Cuba (Shell, Texaco, Esso) se negaron a refinar el petróleo soviético que ya desde abril/60 llegaba a la isla en pequeñas cantidades. En respuesta a esta negativa, que violaba las leyes cubanas, Cuba intervino las tres refinerías. Estados Unidos cortó entonces y hasta ahora todo suministro de petróleo. Sólo unos días después, el buque soviético “Chenorvci” —con 70 mil barriles— iniciaba un puente petrolero de 10 mil kilómetros que no se interrumpió en todos estos años.

Después del petróleo, vino el azúcar. En julio/60 el Presidente Eisenhower rechazó la compra de 700 mil toneladas de azúcar ya producidas, que eran parte de la cuota asignada por Estados Unidos a Cuba. Dos semanas después, la URSS compró esa azúcar, pagándola a 3,25 la libra (el precio del mercado mundial era 3,15).

En agosto/60 Cuba nacionalizó las tres refinerías de petróleo, 36 centrales azucareros de propiedad norteamericana y la Compañía de Electricidad y Teléfonos, también propiedad de Estados Unidos.

A finales de ese año, el gobierno norteamericano inició el embargo: prohibió todas las exportaciones hacia Cuba —exceptuaban los medicamentos— y repartió la cuota azucarera de Cuba entre otros países latinoamericanos. Los más beneficiados en ese primer momento fueron Brasil, República Dominicana y Perú. En enero/61, Estados Unidos rompió relaciones diplomáticas con Cuba y un año después, en enero/62, presionando con una mano y con la otra prometiendo a los países latinoamericanos mil millones de dólares en ayuda de la recién creada Alianza para el Progreso, el gobierno Kennedy logró que todos los países de América Latina —con excepción de México— rompieran sus relaciones diplomáticas con Cuba y que la expulsaran de la OEA. La razón aducida fue “el alineamiento del gobierno cubano con el bloque comunista”.

Unos días después, el 7 de febrero, el gobierno norteamericano hizo total el embargo, quedando prohibidas todas las importaciones desde Cuba. Seguían exceptuándose oficialmente medicinas y algunos alimentos. Pero, cuando el ciclón “Flora” (octubre/63) causó estragos en Cuba —100 muertos, cientos de millones de dólares en pérdidas— el gobierno norteamericano prohibió el envío de cualquier suministro médico o alimenticio a Cuba. En mayo/64, el embargo se hizo extensivo oficialmente a medicinas y alimentos.

Si Estados Unidos hubiera tomado la decisión soberana de no tener ninguna relación económica, comercial o financiera con Cuba, se trataría de un pleito bilateral válido. Podría hablarse de un embargo. Pero si Cuba habló siempre y habla hoy con voz más fuerte del bloqueo es porque desde el primer momento Estados Unidos

trató de presionar sobre la soberanía de terceros países –conseguéndolo algunas veces– para unirlos a su pleito y a su política.

Sólo unos días después de decretar el embargo, Kennedy envió a Europa a Walter Rostow, alto funcionario del Departamento de Estado, para lograr que los países de la OTAN aislaran económicamente a Cuba. No lo logró. Era sólo la primera de una larga cadena de presiones a terceros. Esa cadena llega hasta hoy, cuando han tratado de hacerla más y más apretada.

Superando el golpe inicial –brutal– que significó para Cuba la ruptura de las relaciones económicas con Estados Unidos y el aislamiento casi total en América Latina, Cuba logró irse abriendo caminos en un nuevo terreno económico, el de la URSS y los países del CAME. Tuvo que adaptarse a otras tecnologías, a otras materias primas, a otros productos de consumo, a las largas distancias, a los planes quinquenales. Tuvo hasta que construir miles de bodegas para almacenaje, que en Cuba nunca existieron porque las 90 millas que separan a la isla de los puertos norteamericanos las hacían innecesarias: el comercio era constante y fluido, era diaria la llegada de los barcos con suministros.

“¿Nos amenazan con mantener el bloqueo económico? ¡Qué lo mantengan cien años si les da la gana!”, decía Fidel Castro en aquellos primeros años. La retaguardia socialista de Europa se percibía inmovible, eterna.

A comienzos de los años 70, Cuba comienza a abrir vías comerciales hacia América Latina –especialmente, vínculos con Panamá y Argentina– y el tema del bloqueo vuelve a cobrar fuerza en Estados Unidos. Cuando, por ejemplo, el gobierno de Cárpore ofreció a Cuba un amplio crédito para adquirir productos industriales argentinos, Estados Unidos se vio ante un conflicto: ¿puede la Ford de Argentina venderle a Cuba automóviles? A partir de entonces, el gobierno norteamericano intentará permanentemente sumar al bloqueo a sus filiales fuera de Estados Unidos. Pero pretender derechos extraterritoriales sobre empresas subsidiarias en otros países, ¿no viola la soberanía, las leyes laborales de esos países, sus derechos legítimos? Esto plantea un conflicto de tipo jurídico internacional. A ese conflicto es al que recientemente se ha referido Cuba en la ONU y porque se trata de un problema de derecho internacional acudió a este foro a dilucidarlo.

En los tiempos del Presidente Carter hubo alguna distensión. Reagan tensionó cualquier distensión y apretó todas las tuercas del bloqueo, activando los mecanismos que ya existían para cerrar cualquier brecha que se hubiera abierto, en el abiertísimo mercado de Panamá o en cualquier otra parte del mundo. Fue muy enérgico, por ejemplo, en “la persecución del níquel”, segundo rubro de exportación de Cuba, que es importante productor mundial de este mineral. Esta persecución –componente del bloqueo ya desde su inicio– consiste en que está prohibido entrar a Estados Unidos cualquier producto industrial de cualquier parte del mundo que contenga un solo gramo de níquel cubano. Empresas de países europeos han tenido problemas. Japón los ha tenido. Actualmente, Estados Unidos obliga a las empresas de cualquier nacionalidad –o transnacionalidad– a certificar en diversos documentos la ausencia de níquel de Cuba en los productos que exportan a territorio estadounidense.

En estos momentos, cuando no sólo el fin de la guerra fría sino la misma desarticulación de la URSS ha hecho obsoletas todas las “razones” que Estados Unidos ha esgrimido durante 32 años para bloquear a Cuba, el bloqueo –tanto en su versión bilateral como en su versión de presionar a terceros países– se ha intensificado. Y Estados Unidos, interesado en que Cuba no tenga mercados donde colocar su azúcar si le falla el mercado de la URSS, ha advertido que no comprará azúcar a ningún país si no le certifican que no hay un grano de azúcar cubano en los embarques. Y a una empresa de equipos médicos de Suecia, la Alfa-Laval, que durante años ha vendido su producción a Cuba, le ha prohibido hacerlo porque la membrana de filtración de uno de esos aparatos se fabrica en Estados Unidos. Y al Presidente Mitterrand han

tratado de presionarlo, a través de su embajador en Washington, para que retire de Cuba a la empresa francesa que actualmente hace prospecciones en la plataforma marina cubana en busca de petróleo, haciéndolo a riesgo: si aparece el crudo, van a la mitad con Cuba en los beneficios y si no aparece asumen los franceses todos los gastos.

La mayor presión de todas la recibió la propia URSS, al condicionar Estados Unidos –desde la cumbre de Houston hasta la última cumbre de la banca internacional en Bangkok– cualquier ayuda a la URSS a la suspensión de sus intercambios con Cuba.

Todos los acreedores con los que Cuba ha tratado de renegociar sus deudas, han recibido informes paralelos a los del gobierno cubano, elaborados en Estados Unidos, que “demuestran” la bancarrota de la economía de Cuba y su incapacidad de pago, para congelar así cualquier negociación favorable a Cuba.

En los últimos tiempos, desde herramientas para aserrar madera hasta colirio para los ojos, pasando por bebidas gaseosas, no ha podido llegar a Cuba por la presión que Estados Unidos ejerce sobre empresas filiales norteamericanas en terceros países.

“Tenemos pruebas por todos lados de este tipo de manejos y seguro habrán otros que ni siquiera imaginamos, que demuestran que nos quieren impedir cualquier oxigenación de nuestra economía. Cualquier puerta que intentamos abrir, ellos intentan cerrarla. Y hoy presionan más que nunca”, dice un economista cubano.

Tanto presionó Estados Unidos a los países latinoamericanos y a los del Tercer Mundo –amenazas de retiro de ayuda económica, sobre todo– que el gobierno cubano decidió aplazar por un año más el debate en la ONU sobre el bloqueo. Lo hace Cuba –dijo el representante cubano en Naciones Unidas en su discurso ante Asamblea General– por *“solidaria comprensión hacia las dificultades que otros se verían obligados a afrontar por mantener una posición digna en este tema”*.

Cuba en la mira USA: tres puntos de vista

El bloqueo es sólo una manifestación de la hostilidad de Estados Unidos hacia la revolución cubana, hostilidad que ha multiplicado en Cuba, en el gobierno y en el pueblo, las actitudes defensivas. Una isla y a la defensiva: combinación que ha condicionado en gran medida la evolución del proceso cubano. En el discurso público de la revolución cubana, en el discurso de Fidel Castro, Cuba ha pasado todos estos años “hablándole” casi solamente a Estados Unidos, como si fuera su único interlocutor. Es una de las limitaciones que generó la particular historia de esta revolución.

Ahora, el fin del conflicto Este-Oeste ha revelado entre otras muchas cosas que la cuestión central de la enemistad histórica de Estados Unidos no era tanto una Cuba “enclave soviético” sino una Cuba nacionalista, que con su proyecto de justicia social desafía las intenciones de saqueo y de control de un imperio negado a hacer su “perestroika”. Y así, Cuba sigue en la mira de Estados Unidos en esta ambigua post-guerra fría.

Más que nunca en la mira. La percepción dominante en Estados Unidos es que la revolución cubana atraviesa por su peor momento y que está en vísperas de desmoronarse, como ocurrió con las “revoluciones socialistas” de Europa del Este.

Cuba sería así la última ficha de un dominó geopolítico “al revés” del que siempre usó para asustar al mundo el anti-comunismo norteamericano. Se percibe que la crisis del socialismo y la de la URSS en particular han afectado fundamentalmente las alianzas internacionales de Cuba y han agravado una situación económica que ya tenía problemas.

Aprecian también otros factores críticos. Que el liderazgo histórico de la revolución se ha hecho viejo. Que la influencia cubana sobre el movimiento revolucionario internacional –que hizo que Cuba fuera vista como una “potencia” en política exte-

rior— se vea limitada, tanto en la solidaridad política como en la económica —los casos que ven más llamativos son el de Africa, después de la retirada de Angola y el de Centroamérica, después de la derrota sandinista—. Perciben que el caso del General Ochoa (narcotráfico) y el caso del Ministro Abrantes (corrupción), destapados en julio/89, afectaron entre la población la credibilidad del gobierno. Esta percepción, predominante en Estados Unidos, está apoyada en datos que son objetivos, pero que son interpretados allí con los colores que da la óptica de una larga enemistad histórica.

A partir de esta percepción se mueven varias corrientes de política hacia Cuba. Tres son las principales. La primera sostiene que la crisis en Cuba es tan grave que se trata ya únicamente de “terminar el trabajo”, incrementando al máximo todas las presiones políticas y económicas —incluso las militares— para provocar una ruptura total del sistema.

La segunda corriente es la dominante, es la que está llevando adelante el gobierno Bush. Se trata de mantener las presiones actuales, incrementándolas poco a poco y en todos los terrenos y oportunidades que se presentan, pero sin llegar nunca a una presión excesiva ni a una amenaza máxima, porque esto pudiera ser contraproducente para Estados Unidos, al cohesionar a los cubanos en la defensa de la nación. La lógica de esta política es no permitir ningún alivio a la actual crisis económica cubana y a la vez, presionar siempre un poco más sobre ella, en el entendido de que eso provocará un deterioro político irreversible, que concluirá con una debacle igual a la de los países socialistas europeos.

Los nuevos reforzamientos del bloqueo son una de las manifestaciones de esta segunda corriente de política. El máximo de estos reforzamientos aparece en la hasta ahora derrotada Enmienda Mack, que propone institucionalizar legalmente la prohibición de comercio con Cuba a las subsidiarias norteamericanas en cualquier parte del mundo. Aparecen aún más crudamente expresados en la propuesta de ley elaborada por el congresista demócrata Torricelli, que entre otras cosas llega a proponer que Estados Unidos prohíba que cualquier barco que en gestiones comerciales toque puertos cubanos pueda tocar en los 6 meses siguientes puertos norteamericanos y que si llegara a hacerlo o a entrar en aguas territoriales norteamericanas, el gobierno de Estados Unidos esté autorizado a capturarlo, someterlo a registro, decomisar su mercancía y apropiarse de él, para ponerlo en venta.

La presión sobre Cuba en el tema de los derechos humanos, el reforzamiento de Radio y TV Martí y de otras radios anti-cubanas en Miami, los fondos del National Endowment for Democracy (NED) para unificar a “grupos de derechos humanos” de la oposición interna son otras expresiones de la actual política oficial de Estados Unidos.

La tercera corriente política hacia Cuba es la de los que piensan que para los “cambios democráticos” que Estados Unidos quiere en Cuba lo más conveniente es una flexibilidad en la política de presiones, incluyendo hasta un levantamiento incondicional del bloqueo. “Matar a la revolución por amor, no por odio” es lo que propone esta corriente. Para unos, los más flexibles, “matarla” sería solamente moderarla en sus posiciones internacionales favorables a otras revoluciones y en contra de los Estados Unidos. Para otros, “matarla” es minarla por dentro, abriéndola totalmente a relaciones normales con Estados Unidos, que terminarían destruyendo el modelo cubano por contagio con el modelo consumista norteamericano.

Es evidente que estas tres corrientes representan un reto para Cuba. La situación de “período especial” hace más difícil que nunca enfrentar las dos primeras, la más violenta y la ya agresiva que está en curso. El desafío auténticamente nuevo lo representaría la tercera corriente —en América Latina la encabeza Carlos Andrés Pérez— si llegara a implementarse. No parece que la revolución cubana se esté preparando para este sofisticado desafío, acostumbrada durante tantos años a una más burda

agresividad. Pero en Cuba, ya hay quienes se preocupan por esta falta de preparación para un escenario que podría llegar y que resultaría tan desconocido para los cubanos.

Exilio cubano: cuatro puntos de vista

En el exilio cubano en Estados Unidos –un millón de personas, que viven mayoritariamente en el Estado de la Florida– se pueden distinguir también tres grupos.

El más ultraderechista es la Fundación Nacional Cubano-Americana, que dirige Jorge Mas Canosa. Es el grupo más poderoso política y económicamente. El Subsecretario de Estado, Bernard Aronson trabaja con ellos. También lo hace un hijo de George Bush. La Fundación tiene ya instaladas oficinas en Moscú, a cuatro cuadras del Kremlin para influir desde más cerca en las relaciones URSS-Cuba. Tiene también un programa de visitas sistemáticas a Miami de diputados de la Federación Rusa. La Fundación controla Radio Martí, que transmite desde Miami, con una programación muy variada –noticias, música, mensajes de la comunidad a sus familiares, radioteatros de humor, etc.–. Mas Canosa, que se proyecta como futuro Presidente de Cuba, ha anunciado que cuando asuma este cargo cuenta con 15 mil millones de dólares para reactivar la economía cubana. Las posiciones de la Fundación son duras: cualquier presión es válida para derrocar al gobierno. Y a Fidel, pues no puede haber ningún arreglo con él. Se incluye el precio de un derrocamiento de la revolución con sangre. Otra radio, la Radio de la Fundación, habla abiertamente de lucha armada y llama a la población a realizar todo tipo de sabotajes económicos.

A la derecha está un segundo grupo político, la Plataforma Democrática Cubana, en la que se reúnen grupos de centro-derecha –socialdemócratas, democristianos y liberales–. La cabeza más beligerante de este grupo es el periodista Carlos Alberto Montaner, residente en España. La Plataforma plantea que el problema de Cuba debe resolverse con fuertes presiones que conduzcan a negociaciones y si Fidel estuviera dispuesto a negociar, con él negociarían. Insisten en elecciones “pluralistas y vigiladas” y en “cambios democráticos”. Entre la Fundación y la Plataforma, en posición intermedia –no negociarían con Fidel– está otra organización, Cuba Independiente y Democrática, que preside el ex-guerrillero de Sierra Maestra y ex-presó político, Hubert Matos. Se expresa a través de la emisora de Miami La Voz del Cid.

Estos grupos políticos tienen su expresión dentro de Cuba, con oficinas públicas, donde reciben a visitantes y celebran algunas ruedas de prensa ante periodistas internacionales, siempre bajo la estrecha vigilancia de los agentes de la seguridad cubana.

La llamada Coalición Cubana se vincula con la Fundación y la llamada Concertación Democrática lo hace con la Plataforma.

Cuando se celebraban en Cuba los Juegos Panamericanos (agosto/91), estos grupos ofrecieron en La Habana una de sus más relevantes ruedas de prensa, por la cantidad de periodistas que cubriría las competencias y que acudió a la convocatoria. En esta ocasión declararon ser 18 partidos y grupos de oposición al gobierno “¿A cuántos ciudadanos calculan representar esos 18 partidos?” –preguntó un reportero español–. “A 108 personas”, fue la respuesta. Sin representación cuantitativa, estos grupos tampoco tienen banderas cualitativas que no esté enarbolando ya la propia revolución –democratización, desarrollo, dignidad nacional–.

El tercer grupo de la comunidad cubana en Estados Unidos está formado por una cantidad numerosa de pequeñas organizaciones, con mucha menor influencia política, que luchan porque se resuelvan lo que consideran sus intereses legítimos, que no son políticos. Los viajes familiares entre Cuba y Estados Unidos y viceversa, el envío de remesas familiares –dinero o cosas– a Cuba: eso es lo que les preocupa y por eso luchan. Consideran que el problema político lo deben resolver los cubanos que están dentro, en Cuba.

El cuarto grupo es, de todas formas, el más numeroso. Lo forma la inmensa

mayoría de los exiliados. Han hecho su vida y su dinero en Estados Unidos, se han casado allá, han tenido hijos que mal hablan ya el español. Cuba es sólo un recuerdo y una nostalgia en ciertas fechas. Los une un anti-comunismo que es visceral y si el gobierno cubano cayera lo celebrarían. Pero no hacen nada para que esto suceda, sino que siguen viviendo su vida. Es más, si sucediera algo así, no regresarían ya a esa Cuba no comunista, porque sus raíces están metidas en lo hondo de la tierra norteamericana.

UN PAIS CON PERSPECTIVAS

Casi todos en este mundo hemos “comprado” en el mercado internacional de las imágenes, algunas o muchas ideas sobre Cuba. Sin saber cuánto pagamos por la compra, a veces sin siquiera darnos cuenta de haberlo hecho, la hemos metido en nuestra mente, convirtiéndola en una idea propia. Tal vez sobre ningún otro país se han vendido tan persistentemente y con relativo éxito imágenes fijas. Teniendo en cuenta que en nuestro tiempo, de cada 10 imágenes que difunden los medios masivos en todo el mundo, 9 las fabrican los ideólogos norteamericanos –magos de la comunicación– es lógico que las imágenes sobre Cuba sean contrarias a la revolución.

Después de la crisis del socialismo europeo, la imagen que más se ha ofertado en ese mercado es la de un proceso fosilizado, esclerotizado, preso de una ideología obsoleta, carcomido como en uno de esos efectos especiales que tan bien fabrica Hollywood, con una dirigencia dispuesta a llevar a la muerte a todo un pueblo en defensa de ideas fracasadas en todo el mundo, una dictadura que se cierra a todos los cambios mientras un pueblo reprimido enfrenta la más espantosa de las miserias. Los que fabrican estas imágenes saben que para la inmensísima mayoría del pueblo latinoamericano, ningún “muro de Berlín” es tan simbólico como el modelo cubano y que si se quiere desmovilizar la conciencia y los sueños de que las cosas cambien es a ese símbolo a donde hay que apuntar. Fabricar la imagen del derrumbe es empezar a socavar el bastión cubano.

Pero la imagen que se está vendiendo no responde a la realidad que se vive en Cuba. Especialmente después de la crisis del socialismo conocido en Europa, Cuba es un país en ebullición de ideas y de cambios, de experimentos y de arriesgadas decisiones para “defender la patria, la revolución y el socialismo”.

Aunque la consigna oficial de esta hora puede parecer rígida, no es otra cosa que una llamada a adaptar todo y a adaptarse todos creativamente a un mundo diferente para defender la soberanía nacional y la justicia social –los dos pilares básicos del modelo socialista cubano– y para poder seguir mejorando la calidad de vida de todos los cubanos, como se logró hacer durante estos años y se ha tenido que interrumpir por el “periodo especial”. Un país soberano (la patria), con igualdad y en donde la vida mejora (la revolución y el socialismo): sobre esta base ha creado su consenso mayoritario la revolución cubana. A mantener ese consenso se orientan los cambios de hoy, que se orientan a la par a conservar esos tres objetivos.

Cambios políticos, cambios ideológicos: ¿un giro de cuántos grados?

Los cambios que más se reclaman a Cuba desde fuera son cambios políticos formales. La llamada “democratización”. En la imagen que se vende, ésta queda reducida fundamentalmente a la realización de elecciones tradicionales en un paisaje de muchos partidos políticos. Algunos reducen aún más esa “democratización” y piden que Fidel Castro abandone el poder, centrando simplistamente en la autoridad del máximo dirigente cubano la razón única de la supuesta dictadura. El camino que Cuba ha elegido para avanzar en la democracia es más complejo y responde a la realidad histórica del proceso político cubano, el que se vive dentro y no el que se proyecta fuera.

El IV Congreso del Partido Comunista de Cuba (10-14 octubre/91) es el acontecimiento más reciente para aproximarnos al proceso de cambios –políticos, ideológicos y económicos– que se está dando en Cuba.

José Martí, el padre de la patria y de la revolución cubana, el profeta de Nuestra América, presidió, desde una inmensa efigie, las reuniones. A su lado, la de Carlos Marx. Al definirse, el PCC lo ha hecho proclamando su condición de “partido único de la nación cubana, martiano, marxista y leninista”. Martiano primero. En la raíz de todo, aquel Partido fundado por José Martí en 1892, el Partido Revolucionario Cubano, el que Martí soñó como único para así poder unir a toda la nación frente a un enemigo tan cercano, “el Norte revuelto y brutal”, que Martí conoció tan bien durante sus años de exilio. Algunos llegaron a soñar que en este IV Congreso sería éste el nombre nuevo –pero viejo, porque es centenario– que adoptaría el PCC. Aún no fue así.

El camino de preparación al Congreso fue muy participativo. En más de 80 mil asambleas de base, 3 millones y medio de personas discutieron el Llamamiento al Congreso, con el que se convocó a todo el pueblo –y no sólo a los 800 mil militantes del PCC– a expresar sus opiniones sobre la realidad del país. Este llamamiento es uno de los documentos más importantes y lúcidos suscritos por la revolución cubana. De las discusiones en la base surgieron más de un millón 200 mil intervenciones, con sugerencias que iban desde las más simples hasta las más “atrevidas”. Ya tabulándolas, había en ellas unas 850 mil propuestas concretas de cambio. Fue esto, además de un ejercicio de participación, una gigantesca encuesta de opinión pública nunca antes hecha en el país. Un verdadero inventario del estado de opinión de la sociedad cubana.

Un primer cuestionamiento surge al conocer que al pueblo que participó en esas asambleas y dio estos millares de opiniones y al resto de la sociedad, implicada también en esta experiencia, todavía no se le ha devuelto el resultado global de este proceso. Tampoco los militantes del Partido han tenido la ocasión de enfrentarse a este sondeo masivo, que tomó el pulso a la sociedad de la que son la vanguardia. Hay en esto una evidente debilidad del sistema cubano, que siempre ha sido débil en las ciencias sociales. La ausencia de tradición de debate político público en Cuba puede explicar pero no justificar esta omisión. Esta debilidad puede haber contribuido a su vez, a una cierta desmovilización de las expectativas de mucha gente sobre los resultados que tendría el Congreso. “De esos Congresos no sale nunca nada”, decían algunos, esperando los formalismos acostumbrados en los anteriores y sobre todo, sintiendo que en su etapa final el Congreso no estaba apareciendo como un real interlocutor de todas las inquietudes que se habían planteado con tanta viveza durante los meses anteriores en las asambleas de base.

Es cierto también que la dura realidad del “período especial” sobrepasó seguramente una cierta cantidad de las sugerencias, hechas muchísimas de ellas para un “período normal”. Y aunque el “período normal” no fue nunca propio de una sociedad de consumo y siempre hubo austeridad en Cuba, lo cierto es que esa austeridad no condicionaba tanto como la escasez del “período especial”.

La urgente realidad económica obligó a un Congreso que estuvo a caballo entre el centralismo-formalismo y la participación democrática. Los más de 1.600 delegados al Congreso –por primera vez elegidos en las bases del Partido y no designados por la dirigencia– debatieron durante cuatro días sobre modificaciones al Programa y a los Estatutos del PCC, sobre reformas que democratizen más el Poder Popular y sobre el desarrollo económico del país.

El Congreso –en un escenario tal vez excesivamente formal y con discusiones siempre llevadas a cabo en un plenario algo imponente– no tuvo invitados internacionales ni periodistas. Todo se debatió a puertas bien cerradas. Esta ausencia de la prensa, que la propaganda norteamericana calificó como una prueba de “falta de democracia”, pudo ser en cambio la garantía de que la discusión era real y no un

simple show para la imagen internacional. El pueblo cubano recibió muy amplia información de los debates en informaciones escritas, radiales y televisadas, editadas oficialmente. Una información diaria –con comunicados, resúmenes y ruedas de prensa sobre la marcha de los debates– pudo haber recibido la prensa internacional, pero la inexperiencia –o la actitud defensiva– del gobierno cubano ante los periodistas impidió que se diera este sencillo paso de acercamiento. El terreno de la información y el de la comunicación masiva, el de las imágenes, sigue siendo uno de los aspectos más cuestionables del proceso cubano. Tampoco en el Congreso hubo reflexiones a fondo sobre el tema de los medios de comunicación que permitan imaginar cambios creativos en este campo y que superen el creciente desfase entre lo que se informa triunfalmente y lo que sucede y vive la gente en incertidumbre y búsqueda.

A pesar de todos estos pesares, el Congreso tuvo aspectos profundamente renovadores y dio también respuestas a muchas de las demandas que había planteado el pueblo en la base.

Respecto a la Resolución sobre los Estatutos del PCC –éstos deben ser redactados definitivamente por los 225 miembros del nuevo Comité Central en consulta con los militantes y, como máximo en un año entrarán en vigor– el Congreso subraya la necesidad de “la más amplia democracia interna” y se refiere a que la lucha por la disciplina en el Partido sea coherente “con la promoción del pensamiento creador y antidogmático, con el respaldo a la crítica constructiva”. Se señala que la premisa para la formulación de la ideología del PCC –en los Estatutos a redactar– debe ser: “lo específico de la Revolución cubana: la fusión del ideario radical de José Martí y de una tradición singular de lucha nacionalista liberadora y social con la necesidad histórica del socialismo como única alternativa al subdesarrollo y a la dominación neocolonial”.

Entre las modificaciones que entraron ya en vigor, la más importante –y también la que fue más debatida en las bases– fue la de eliminar las creencias religiosas como un obstáculo para ingresar al Partido.

Durante los debates sobre este tema ya en el mismo Congreso –con argumentos nada filosóficos y sobre todo históricos–, Fidel Castro expresó: “Somos un partido y no una religión. Y en cierto modo hemos convertido al Partido y al ateísmo en una religión”. Fidel se refirió a la exclusión de los creyentes como militantes del Partido como “una medida coyuntural” adoptada en un determinado momento histórico y afirmó que mantenerla era “un gran error” y “una injusticia”. “No deja de ser una tremenda contradicción –dijo– que millones de personas creyentes en el resto del mundo, en América Latina, defiendan la Revolución Cubana y sean solidarios activos con ella y nosotros le digamos a un creyente que no lo aceptamos en el Partido”.

La unidad nacional y la democracia fueron los criterios que prevalecieron para adoptar este cambio, que no compartían todos los militantes y que fue muy calientemente discutido. Si el PCC es el partido de la nación cubana, ¿cómo excluir a algún cubano? Y si es democrático, ¿por qué esta discriminación?

Hablando con algunos católicos revolucionarios que experimentaron en estos años marginación por sus creencias, podía notarse una cierta indiferencia ante la medida, al menos en el primer momento. Algunos hablan de “oportunismo”. ¿No se habrá prolongado demasiado en el tiempo algo que sólo era “una medida coyuntural”? ¿No llegará el cambio demasiado tarde? “No llega tarde quien llega”, opinan otros. Y otros se refieren a que ahora que el Partido ha abierto sus puertas a los creyentes, es la jerarquía católica la que podría cerrar las de la Iglesia a quienes deseen entrar en el Partido. Y cuentan de conocidos católicos revolucionarios de La Habana a los que ya los párrocos les venían prohibiendo leer en las liturgias dominicales. Las Iglesias evangélicas fueron las primeras que expresaron su satisfacción por la medida adoptada en el Congreso. Un mes más tarde hablaron los obispos católicos, considerando que mientras no cambie la ideología del PCC y sea éste partido único no deben los católicos entrar en él.

Durante el Congreso, un obrero de Guantánamo planteó una pregunta inesperada: ¿qué hacer si un militante del Partido de muchos años se convirtiera a la religión? La directiva del Congreso le dijo que habría respuesta a su inquietud en los Estatutos, cuando éstos estén elaborados. El cambio, llegue tarde o no, puede ir teniendo importancia para las nuevas generaciones –lejanas y ajenas a aquella inicial “medida coyuntural”– y en el terreno cultural e ideológico. Aunque jamás los creyentes cubanos –católicos, evangélicos o de religiones sincréticas afrocubanas– han vivido su fe “en las catacumbas”, es cierto que la falta de apertura y de debate sobre el hecho religioso y la formación masiva en esquematismos materialistas no sólo marginó a los creyentes sino que restó flexibilidad a muchos militantes del PCC en otros temas ideológicos. El cambio puede ser importante en ese mundo de los factores subjetivos que la revolución cubana ha descuidado o no ha estudiado suficientemente y del que todavía no tiene muy clara conciencia. “Es evidente que la revolución tiene el poder, pero ¿tiene las conciencias?”, se preguntaba un militante. Tantos son los cambios en el mundo, y tantos están siendo también en Cuba, que esta pregunta sobre la conciencia cobra aún mayor relevancia y suena hoy con otro acento.

Otro de los temas de importante discusión en el Congreso fue el de la Resolución que aborda cómo lograr una mayor democratización del sistema de Poder Popular, que se puso en marcha en 1975, en el I Congreso del Partido, y que es la columna vertebral del sistema político del país. En la Resolución, el Congreso hace varias recomendaciones a la Asamblea Nacional del Poder Popular (órgano legislativo) para que elabore leyes sobre los cambios que se harán en el sistema. El más significativo es introducir el voto directo y secreto del pueblo en la elección de los delegados a las Asambleas Provinciales y de los diputados a la Asamblea Nacional. Hasta ahora, eran los vecinos de la circunscripción –célula básica del sistema político cubano– los que postulaban y elegían directamente a sus delegados a este nivel. Pero después ya eran estos delegados los que hacían las otras dos elecciones –asambleas provinciales y asamblea nacional–. Ahora será el pueblo el que elegirá directamente a todos sus representantes, desde el nivel más cercano, la circunscripción, hasta el más alto.

Será el pueblo el que elegirá y también el que postulará. Porque no postulará el Partido ni tampoco los candidatos tienen que ser militantes del Partido. Corresponde ahora a la Asamblea Nacional definir en la Ley Electoral el procedimiento por el que los ciudadanos postularán a sus candidatos provinciales y nacionales y los elegirán, proceso que debe darse en 1992. En el Congreso se defendió que sea el criterio de la propia biografía el que pese a la hora de la postulación y de la elección. También llegó a abordarse en el Congreso la posibilidad del voto directo y secreto del pueblo para el cargo de la máxima autoridad de la nación.

En los debates del Congreso, Fidel Castro –es evidente que prepara lúcidamente su relevo– señaló que el sistema cubano rechaza la fórmula de régimen presidencialista y la de régimen parlamentario, defendiendo que tanto el Ejecutivo del Partido como el del Estado sean organismos colectivos colegiados.

Según la Resolución, la democracia en Cuba se debe verificar fundamentalmente por la participación del pueblo en el proceso de toma de decisiones y en el control de la gestión del gobierno. Es en las instituciones del Poder Popular –autónomas del Partido– donde se ejercerá la democracia, ratificando el Congreso el sistema de partido único. Nadie espera para 1992 un proceso electoral totalmente ajeno a los formalismos que pueden haber existido en el pasado y al peso del Partido en cualquier decisión, por directo y secreto que sea el voto popular. Nadie espera un giro de 180 grados en estas elecciones, pero es evidente que los pasos dados van a ir cambiando algunas cosas. Será poco a poco. La realidad es que hoy, no sólo en el PCC, sino aun entre la población menos politizada, los cambios bruscos y desintegradores que se están viviendo en la URSS y en los países de la Europa del Este son vistos con gran recelo o abierto rechazo y nadie los percibe como modelo a seguir o al que aspirar.

En las pasadas circunstancias de Cuba, y más todavía en estos momentos –con una crisis económica especial y nueva y con el peso de una redoblada agresividad de Estados Unidos– romper la unidad del pueblo cubano sería un suicidio. La introducción de un pluralismo político, bastante artificial si se tiene en cuenta el proceso de Cuba, rompería esa unidad. Lanzarse por la “democratización” que trata de imponer Estados Unidos –un montón de partidos y unas elecciones vigiladas y precipitadas– sería una irresponsabilidad histórica.

Pero el argumento más fuerte es que casi nadie está hablando dentro de Cuba de elecciones o de pluralismo de partidos. De lo que habla la inmensa mayoría de los cubanos –y es a ellos a los que hay que oír– es de “cambios”. Pero ¿cambios en qué? Esa inmensa mayoría quiere “que haya cambios para que esto funcione mejor”. “Esto” es “lo que ya tenemos”, lo logrado por la revolución, el fin de tantas desigualdades económicas y raciales como hubo antes. Y de ahí para adelante, poder esperar una vida cada día mejor, aunque el proceso no sea tan rápido. Las críticas no apuntan a los temas clásicos de la democracia formal sino a los obstáculos reales de la burocracia socialista, a sus enredos administrativos, a su falta de flexibilidad y de creatividad, a su falta de sensibilidad. La inmensa mayoría percibe el “período especial” y la crisis actual no como “un fracaso del socialismo” sino como un momento en el que hay que rectificar todo lo mal hecho hasta ahora: el despilfarro, la burocracia, la desgana en el trabajo, la burocracia, las decisiones no discutidas suficientemente, la burocracia... Siempre la burocracia.

Las críticas apuntan al “elefante burocrático” y le reclaman su lentitud en hallar soluciones a los problemas y su persistencia en hallarle problemas a las soluciones. Pero nadie cuestiona el corazón del sistema, lo esencial, que es la soberanía nacional y la igualdad y la justicia social para todos. Nadie anda quejándose de los soviéticos o culpándolos por las carencias. Hay un sentimiento bastante general de responsabilidad propia en la crisis. “Si esto lo hubiéramos hecho antes”, “De esto ya se había hablado, pero no se hizo a tiempo”... Todos estos indicadores de la opinión pública, los más frecuentes entre la gente que discute en cualquier rincón, reflejan una actitud muy sana: los cubanos sienten que la pelota está en su cancha. Quieren jugar ellos y no que otros jueguen por ellos. Y tienen conciencia de que cuentan con fuerza para salir adelante y ganar. Estos indicadores, hablan también de que, si se habla en nombre de la democracia, presionar y asfixiar la economía cubana es lo que más violenta hoy el deseo mayoritario del pueblo cubano. Presionar es actuar contra la mayoría, actuar dictatorialmente.

Pero el 50% de la población cubana –de más de 10 millones de habitantes– tiene menos de 30 años, nació después de la revolución, no conoce en su carne qué y cómo es una sociedad no-socialista. La juventud cubana no sabe qué es no tener ni servicios de salud ni empleo ni escuela ni comida –poca o mucha– totalmente asegurada desde que uno nace. No saben qué es la inseguridad en la que viven todos los días de su vida la mayoría de los latinoamericanos. No se imaginan tampoco esa realidad. Y existe un sector de la juventud que, con gran ingenuidad, cree que los cambios que ellos quieren y esperan en Cuba –“para que esto funcione mejor”– coinciden con los cambios que Estados Unidos y otros países reclaman de Cuba. Una isla largamente bloqueada y el socialismo, con su cuota de paternalismos, han generado esta peligrosa ingenuidad política.

El “período especial”, por inesperado, por nuevo, por difícil, y la realidad de una generación que se lo encontró “todo hecho” y que ahora ve cómo su nivel de vida y sus aspiraciones de consumo van para atrás, hacen indispensables que en Cuba se abran espacios para un debate más democrático, tanto dentro del Partido como dentro de la sociedad. Las Resoluciones del Congreso, por ser documentos inacabados, deben canalizar, organizar y facilitar este debate. Es necesaria la unidad para hacer la fuerza, pero forzar la unidad con los estilos propios del “período normal” –que nunca más volverá– podría debilitar a la revolución.

‘Hay una cosa que a mí me parece muy relevante –dice un veterano sociólogo cubano– y es que ya todos nosotros somos expertos en socialismo. Llevamos 30 años de socialismo cubano y todos sabemos lo que funcionó y lo que no funcionó y por eso todos tenemos opiniones sustantivas que expresar. Con esta crisis existe una gran controversia al interior de la revolución. Porque la inmensa mayoría del pueblo se ubica al interior de la revolución y al interior de la opción socialista, ipero de ahí pa ‘lante todo debe ser sana discusión!’

Y dice otro, un economista mucho más joven: “El sujeto político de Cuba es fundamentalmente joven. Los profesionales jóvenes, 23-25 años, son muy numerosos dentro del bloque juvenil cubano. Todos son personas con una experiencia política, con una relación con los dirigentes de la revolución y con una relación con el mundo exterior que son fundamentalmente distintas a los de la generación que hizo la revolución. El desafío actual no lo ganaremos si no mantenemos a esta juventud comprometida con la revolución. Y no la mantendremos comprometida si no creamos los canales para que esta gente joven exprese sus criterios, los debata y éstos sean tenidos en cuenta. Y cuando digo gente joven, no me refiero sólo a la organizada en la UIC, hablo de toda la generación joven”.

Uno de los más grandes y reales desafíos que tiene Cuba hoy es cómo organizar y canalizar el debate, una discusión profunda, abierta y real, que vaya transformando el sistema político cubano en un sistema en el que no sólo se participe trabajando y aplaudiendo las justas decisiones que se toman para beneficio de las mayorías sino en un sistema en el que se participe opinando y tomando pequeñas, medianas y grandes decisiones. Así se irá superando el sistema actual, donde todavía hay mucho centralismo –sobre todo en Fidel, fuerza y también debilidad de la revolución cubana– y mucho paternalismo.

Abrir el debate en el período especial es riesgoso. Se podría perder el control social necesario para enfrentarlo con éxito, no tanto porque se manifiesten irreconciliables disconformidades de fondo sino por la inexperiencia en el debatir. Pero retrasar el debate, posponerlo, podría llevar al mismo resultado: no poder enfrentar con éxito esta crisis. La actual madurez del pueblo cubano y de su proceso revolucionario son la mejor base para afrontar el riesgo con confianza.

Cambios económicos: siempre socialistas y ahora los mejores socios de los capitalistas

Los cambios económicos que se están dando en Cuba son más visibles que los políticos y también se producen más rápidamente. La nueva situación –desabastecimiento coyuntural y cambios estructurales en el Este– obligan a pisar fuerte el acelerador. El Congreso del PCC fue la ocasión para hacer una especie de “presentación pública” y dar un espaldarazo definitivo a nuevos mecanismos económicos –que ya estaban funcionando en parte–, y cuya lógica fue debatida en el Congreso.

Según algunos economistas cubanos, el más nuevo de estos mecanismos –la amplia apertura de Cuba a inversiones extranjeras– es sólo una pieza dentro de un rompecabezas que aún no ha sido ni pensado ni diseñado.

En 1975, en el I Congreso del PCC la revolución cubana estableció un sistema de dirección y planificación de la economía que rigió en el país hasta 1985. Gran parte de este sistema copiaba instituciones y mecanismos que se usaron en el campo socialista en el período de construcción del socialismo. Entre 1985 y 1986 la dirigencia revolucionaria cubana hizo un balance muy crítico de este sistema y Fidel inició con gran ímpetu el llamado “proceso de rectificación de las tendencias negativas”. Con la rectificación, el sistema económico fue modificado en gran medida, pero no llegó a ser sustituido por un sistema alternativo. Entre los “aportes decisivos” hechos por el proceso de rectificación se señalaron en el Congreso, entre otros: el combate a la mentalidad importadora y la voluntad de encontrar soluciones propias, el fin del

gigantismo en los proyectos, la prioridad dada a la vivienda popular –pospuesta ahora en el “período especial”– una política económica orientada a los intereses del país y no a los de las empresas estatales, la dignificación por mejores salarios del trabajo de los obreros agrícolas, una legislación laboral superadora del paternalismo, etc. Sin embargo, “lo rectificado” resultó aún insuficiente para superar las obvias ineficiencias de la economía cubana.

El debate sobre el por qué del fracaso del sistema económico desechado y las características del sistema que deba sustituirlo está aún abierto, aunque en estos últimos años se haya tratado de cerrarlo “desde arriba”. Algunos creen que no se dedicó suficiente gente y recursos a idear el sistema adecuado a la realidad cubana y a la actual época histórica, en nada parecida a los tiempos del Ché Guevara y sus intuiciones económicas. Otros creen que fue el acelerón de los acontecimientos internacionales el que hizo desaparecer el “tiempo” necesario para la imaginación.

“Suponte –dice un sociólogo– que en este debate, que en verdad es trascendental, nos estuviéramos matando tú y yo en un ladrillo, por si la economía debe ser más centralizada o más descentralizada y, ¡ide pronto! esa discusión se hace obsoleta porque el hecho real es ¡que no hay trigo!, que un solo barco de trigo llega el día 7 y que hay que decidir a quién se lo mandamos. ¡La economía se vuelve centralizadísima! No hay que decidir ya un día sobre una discusión sistemática, sino tomar decisiones de emergencia todos los días”.

Sin embargo, hay quienes creen que habría que encarar la emergencia y a la vez, pensar la estrategia. En el Congreso prevaleció la concepción de que en aras de no fracturar la necesaria unidad –el debate económico no fue resuelto y ha sido muy caliente– y por la misma incertidumbre del momento, que no permite imaginar ni el mediano plazo, era imposible articular toda una estrategia económica.

Por eso, no se elaboró todo el rompecabezas y sólo se diseñaron algunas piezas del mismo. En la Resolución sobre el Desarrollo Económico, se afirma de entrada y “sin margen de duda”, que la actual es “la coyuntura económica internacional más desfavorable en que se haya visto envuelta la economía cubana en toda la historia de la revolución”.

Para enfrentarla, se ha decidido mover todas las palancas necesarias, conservando lo esencial del sistema económico cubano –programar el uso de todos los recursos y compartir entre todos, ahora incluso más igualitariamente que nunca, los servicios y los bienes de consumo “asegurando que nadie quede desamparado”.

Una de las grandes palancas es el Programa Alimentario, que comenzó realmente desde el período de rectificación, pero que a causa del período especial está recibiendo un máximo impulso. Ya ha habido anteriormente algunos otros planes parciales, que no dieron los resultados esperados y cuyos fracasos no fueron suficientemente explicados a la población.

El objetivo del Programa Alimentario actual es más abarcador. Se trata de “asegurar con la mayor celeridad posible el incremento de un grupo de alimentos básicos para la población cubana”. Aumentar la producción y asegurar la distribución de frutas, hortalizas, tubérculos, granos, leche y carne de res, de ave, de cerdo y pescado son los objetivos.

Para lograrlo, existe un amplio plan de inversiones, se ha reorganizado y mejorado el sistema de salarios e incentivos –viviendas, centros comunitarios integrales, etc.– para los trabajadores del campo y se están introduciendo al máximo descubrimientos científicos y técnicos, muchos de ellos inventos cubanos, en la agricultura y en la ganadería.

100 mil toros fueron ya amansados y transformados en bueyes para sustituir a los tractores y así ahorrar combustible. Otros 100 mil esperan su turno. En medio de la escasez, y en los días del Congreso, La Habana estaba siendo inundada de plátanos de diversos tipos obtenidos por la técnica del microjet aéreo. Y militantes y funcionarios del Partido de todos los niveles cumplían fervorosamente con sus 15 días de

trabajo en el campo –sembrando papas o cosechando frijoles– para suplir así a una mano de obra aún no consolidada y contribuir con su militancia a “la celeridad” que se propone el Programa, frente al que toda Cuba está contra reloj. Algunos consideran que el Programa debía haber dado ya frutos más evidentes y achacan los fallos a los problemas de distribución más que a los de producción. La falta de flexibilidad y de sensibilidad a las necesidades del consumidor ha sido siempre un flanco débil de los sistemas socialistas. También sucede esto en Cuba. Otros se refieren a desidia voluntaria en el trabajo en distintos puntos de la cadena productiva o administrativa. Se siente en la mayoría de la población una especie de acuerdo tácito de concederle a la revolución una especie de “última oportunidad” para que resuelva con éxito el problema del abastecimiento de los alimentos.

Otra gran palanca a mover es la orientación y potenciación de la actividad de los científicos cubanos para la resolución de los problemas generados por la crisis. El impresionante potencial científico-técnico con el que hoy cuenta Cuba es el fruto de muchos años de educación y de gigantescas inversiones hechas con visión estratégica y con una voluntad política muy anteriores a la actual situación. En la cresta de la crisis todo esto maduró y es ahora cuando del impulso a la ciencia y de la técnica cubana podría depender la superación de muchos de los baches actuales. En las sesiones del IV Congreso se le dio un espacio destacadísimo a los científicos e investigadores cubanos para que explicaran en detalle sus descubrimientos y la aplicación de éstos para el desarrollo económico del país. También varios de ellos fueron elegidos nuevos miembros del Comité Central del Partido.

De la caña de azúcar, monocultivo de Cuba desde los tiempos de la colonia española y principal cultivo y rubro de exportación aun después de la revolución, los científicos cubanos han obtenido una amplia gama de nuevos productos químicos y biotecnológicos, que están llamados a transformar el azúcar en el verdadero subproducto de la caña en cuanto a ingreso de divisas se refiere. De momento, muchos productos obtenidos de la caña están siendo usados o estudiados como sustitutos de materias primas que ya no llegarán de los países socialistas. Los múltiples usos del bagazo –papel, filtrantes para industrias, medicamentos, alimento para ganado, etc.– y la novedosa sacararina –creación del científico Arabel Elías–, para la alimentación del ganado vacuno y porcino tienen grandes perspectivas.

Otro invento cubano que garantiza sustitución de importaciones y tiene notables ventajas ecológicas es el multiarado, creación de Heriberto Souza. El multiarado permite ahorrar la mitad del combustible empleado con los otros métodos de preparación de tierras y a la vez supera la “enfermedad” de la compactación del suelo, causada por el peso de los tractores tradicionales. 1500 multiarados para ser empleados con buyes fueron repartidos al iniciarse el período especial y en los próximos 6 meses se producirán 4 mil más, decidiéndose en el Congreso “no perder un minuto más” en la masificación del uso de esta tecnología. Del recalentamiento progresivo del planeta –efecto invernadero– también se habló en el Congreso. Diversas instituciones de investigación cubana trabajan en la obtención de variedades de semillas nuevas más resistentes al calor y a las plagas, y ya tienen más de 200 experiencias en marcha, con buenas perspectivas. También se trabaja aceleradamente en el uso y búsqueda de biofertilizantes que permitan sustituir las importaciones y resulten más ventajosos ecológicamente. Aunque aún hay mucho por hacer, en uno de los centros cubanos, el INIFAT, se dispone del cepario de microorganismos genéticos más grande de la América Tropical, con más de 8 mil muestras, que son el banco para experimentos. “Nunca nos hemos sentido más útiles que en estos momentos”, afirma Hortensia Cardoza, directora de uno de estos centros de investigación. En el campo de la medicina y de la farmacéutica los avances son sorprendentes y están mucho más consolidados que los descubrimientos vinculados a la industria o a la agricultura.

Logros de la medicina cubana son la vacuna para la meningitis tipoB y de la

vacuna contra la hepatitis B, la técnica quirúrgica para la cura de la retinosis pigmentaria –enfermedad hasta ahora incurable, que conduce a la ceguera y que afecta a 1 de cada 4 mil personas en el mundo– y la elaboración de productos tan revolucionarios como la estreptoquinasa (para el tratamiento del infarto sin efectos secundarios), la melagenina (para la cura del vitiligo, despigmentación de la piel, que padecen sólo en Brasil 3 millones de personas), el factor de crecimiento epidérmico (para quemaduras y en cosmética para eliminar las arrugas), el eteromixol, popularmente conocido como P-P-G (para eliminar el colesterol de la sangre sin efectos secundarios). La producción del SUMA (Sistema Ultramicoranalítico), sofisticado instrumento de detecta enfermedades congénitas y malformaciones en el embarazo con suma precisión es otro producto médico que ya Cuba exportaba a la URSS. Cuba es uno de los pocos países del mundo que produce todo tipo de interferones por medio de ingeniería genética para combatir con éxito varios de los 400 tipos de cáncer que hoy se conocen y otras enfermedades virales, siendo el único país del mundo que ya lo emplea para retrasar la aparición del SIDA en los portadores del virus. La tecnología médica de avanzada en el campo de la inmunología molecular –usada especialmente en trasplantes– ha dado también en Cuba notables pasos.

Después de 10 años de esfuerzos y de investigación, hoy ya se puede hablar de una escuela cubana de biotecnología y nadie duda que Cuba está a la cabeza de todos los países del Sur en el terreno de la ingeniería genética, monopolizado hasta ahora por los países muy desarrollados. Concepción Campa –directora del Instituto Finlay, donde se descubrió la vacuna antimeningocócica y que fue elegida en el Congreso miembro del Comité Central del PCC– anunció que buscan actualmente una vacuna contra el cólera y contra otros tipos de enfermedades diarreicas. Convertir a Cuba en una potencia en la elaboración de vacunas es uno de los objetivos del centro que ella dirige. “En estos momentos –dijo– Cuba, con su desarrollo en el campo de la medicina, es la esperanza de los países pobres de América Latina, que no pueden ni soñar en resolver ninguno de estos problemas”.

Cuba –que tiene hoy más de 2 mil médicos y trabajadores de la salud colaborando de forma gratuita en 32 países del Sur– ya no es, efectivamente, una “potencia” en política exterior, pero sí es una potencia en medicina capaz de exportar salud en cantidades. El incremento del llamado “turismo de salud” es también una fuente de divisas prometedora para Cuba. Centenares de europeos y latinoamericanos, con posibilidades económicas, van hoy a Cuba a curarse de enfermedades ortopédicas, oftálmicas, epidérmicas, etc. pues la tecnología cubana es la más avanzada y relativamente, la más barata. Recientemente, Brasil importó de Cuba 15 millones de dosis de la vacuna contra la meningitis para hacer frente a un brote epidémico y China invirtió 15 millones de dólares en interferones cubanos contra la hepatitis. Las perspectivas de desarrollo que se abren a Cuba con el actual dominio que tiene en estos campos son inmensas y apenas comienzan a explorarse. La ingeniería genética no necesita de ninguna materia prima. La única indispensable son científicos e investigadores que dominen la tecnología. Y esos Cuba los tiene asegurados por miles. Dentro de la actual escasez de suministros esta materia prima “made in Cuba”, más aún “hecha por la revolución”, coloca a Cuba en una posición realistamente esperanzada.

La tercera palanca que se sumará a la del Programa Alimentario y a la de la potenciación de la ciencia y la biotecnología es la del estímulo de inversiones extranjeras para la creación de empresas mixtas.

Las empresas mixtas ya eran una realidad, y en general un éxito, en el área del turismo –las playas, costas y cayos de Cuba son lugares turísticos privilegiados– y en los últimos años se habían producido significativas inversiones de empresarios españoles, mexicanos y canadienses principalmente. En la actualidad, Cuba está fomentando la apertura a inversiones extranjeras en todas las ramas de la economía –interesa especialmente la inversión en petróleo, transporte, industria textil y química, etc.–, considerando todas las modalidades, desde las más sencillas y tradicionales

hasta las más complejas e innovadoras. Se busca inversión de capitales o de materias primas –para sustituir las socialistas y evitar tener fábricas paradas, por ejemplo–. También hay apertura a inversiones en tecnologías o en la comercialización de productos cubanos –estas novedades médicas y farmacéuticas, sobre todo–. Cuba anunció en la Cumbre de Guadalajara, y reafirmó en el Congreso del PCC, que dará un trato preferencial a los inversionistas latinoamericanos, buscando así volver a su natural área geográfica y aportando de esta manera a la integración económica latinoamericana. En esta vuelta a América Latina, mucho tiene que reaprender Cuba, que en estos años se familiarizó más con la lejana Europa Oriental y hasta con África que con la evolución de estos países, vecinos y hermanos. Mucho tendrá también que aprender América Latina de Cuba.

Las amplias y flexibles facilidades con las que la actual legislación cubana acoge la inversión explican la lluvia de ofertas que de empresarios grandes, medianos y pequeños de Europa y América Latina está recibiendo desde hace unos meses el gobierno de Cuba. “No damos a basto para estudiar todas las propuestas”, repiten los funcionarios encargados de esta nueva área de la economía, que estudian una por una y en todos los detalles cada propuesta. Recientemente, el gobierno cubano creó el llamado Grupo Negociador, que asesora al inversor extranjero en todos sus pasos y acompaña el proceso de búsqueda y decisión hasta llegar a la firma de un acuerdo favorable a ambas partes. A fines de octubre de 1991 se habían concretado ya 50 proyectos con inversión extranjera y se estudiaban otros 100.

¿Qué atrae de Cuba al inversionista extranjero? Por un lado, la flexibilidad de la legislación cubana. Esta los exime del pago de varios impuestos –sobre ingresos brutos e ingresos personales–, manteniendo los derechos de aduana y el impuesto sobre utilidades (el 30%), con los que también hay grados de flexibilidad. Al inversor se le permite la repatriación de sus ganancias y salarios en divisas y la libre contratación de personal extranjero. (En las empresas conjuntas, los trabajadores cubanos se vinculan con la parte cubana y el empresario extranjero tiene la libertad de prescindir de cualquier trabajador cubano sin intervención judicial, correspondiendo a la parte cubana de la empresa el ocuparse de la seguridad laboral del despedido, pues es voluntad del gobierno cubano no dejar desempleado a nadie). En tres años, los inversionistas extranjeros podrán recuperar el capital invertido y en 10 años podrán triplicarlo. Lo mismo sucede con la parte cubana.

Pero a los inversionistas extranjeros les atrae también la estabilidad social que ven en Cuba, la disciplina, organización y preparación técnica y cultural de sus trabajadores –se trata de un pueblo con niveles de salud similares a los de los países más desarrollados y de adultos que tienen todos un mínimo de 9 grados de primaria–, las posibilidades del mercado interno cubano –aunque se está priorizando la producción para la exportación por la necesidad de divisas– y hasta el mismo ordenamiento planificado de la economía socialista cubana, que les garantiza una competencia leal y les evita la “ley de la selva”, que caracteriza el “mercado libre” en los países del Sur.

El actual “boom” de las empresas mixtas –explicó Fidel Castro en la reunión de Cozumel con el Grupo de los Tres, (Colombia, Venezuela y México)– “no quiere decir que Cuba ponga el país a la disposición de las transnacionales”. “Todo ese desarrollo con la participación de capital extranjero –dijo– tiene que ser bajo la dirección de la Revolución y del gobierno revolucionario y bajo los objetivos del socialismo”. “Los dueños del país seremos los cubanos, pero seremos los mejores socios y aliados de los que trabajen con los cubanos y confíen en nosotros”, declaró también Fidel Castro a los representantes de más de 700 empresas de 24 países capitalistas del Norte y del Sur presentes en la IX Feria Internacional de La Habana.

Las empresas mixtas están llamadas a ir tomando creciente importancia dentro de la economía cubana. Puede ser un correctivo externo a las debilidades y fallas del sistema cubano, que ha generado paternalismo, énfasis en lo grande y descuido de lo pequeño, desidia por falta de competencia y un exceso de normas y de metas

“cumplidas” y “sobrecumplidas” que encubren falta de eficiencia y de iniciativa, inexperiencias en el mercado y en la calidad de la presentación de los productos, etc. Esta modalidad económica traerá también, naturalmente, otros desafíos de tipo cultural, social y hasta político, pues no se pueden transformar estructuras económicas sin que esto repercuta en las estructuras políticas en las que se sustenta una sociedad. El turismo masivo y las empresas mixtas en turismo ya están trayendo cambios y provocando retos y nuevas realidades sociales, no siempre positivas. Son muchas las preguntas que surgen ante las nuevas inversiones extranjeras. En el caso de empresas cubano-latinoamericanas, ¿podrán enfrentar la competencia con el capital transnacional que invade hoy América Latina? ¿Logrará la economía cubana por este camino la eficiencia económica que precisa con tanta urgencia como los capitales y los nuevos mercados?

A pesar de todo, el auge de la inversión extranjera en Cuba abre una nueva puerta a la economía cubana y al modelo socialista que Cuba está empeñada en mantener. Es un importante oxígeno en los actuales momentos de asfixia. A los sectores anti-cubanos de línea más dura este nuevo aire les preocupa mucho. En la citada propuesta de Torricelli se incluye que el gobierno de Estados Unidos castigue a los países latinoamericanos que inviertan en Cuba reduciendo la ayuda que Estados Unidos da a sus gobiernos en la misma cantidad que el monto de las inversiones que hagan sean públicas o de empresarios privados, pues se trata de alentar a los gobiernos latinoamericanos a que prohíban la inversión privada en Cuba. En la época actual, de culto al libre mercado, esto resulta, por lo menos, bastante chocante.

Los grupos del exilio cubano más duros están también preocupados. Y la Fundación de Mas Canosa ha llamado a los empresarios de todo el mundo a no invertir en Cuba y por si la persuasión no fuera suficiente, ha amenazado con que confiscará todas las empresas de capital extranjero “cuando caiga el gobierno de Castro”. Para otros empresarios cubanos radicados en Estados Unidos, y no de línea dura, la situación actual es urticante porque son otros capitalistas latinoamericanos los que les “están comiendo el mandado”...

Hay revolucionarios cubanos que miran la nueva realidad económica como una concesión, como otra señal del gran fracaso socialista. Otros revolucionarios esperan mucho de ella. La mayoría entiende que no hay más remedio y buscan “hacer de la necesidad virtud”. En éste, como en otros muchos campos, toda decisión del gobierno cubano tiene riesgos. Por el difícil momento que se vive. En cualquier caso, la apremiante necesidad de capitales frescos y de mercados nuevos que tiene Cuba en esta inesperada curva de la historia, está acelerando acontecimientos y decisiones. Cualquiera de ellas comporta riesgos, porque esta hora histórica está llena de ellos para los que no quieren aceptar resignadamente un “nuevo orden mundial” que no es más que el imperio de la fuerza y la más “desordenada” de las dictaduras económicas. Riesgos también porque la contradicción entre el “tiempo económico” que Cuba necesita para salir adelante y el “tiempo político” que genera la crisis económica y que le quieren imponer no es fácil de resolver. Los tiempos económicos son más largos que los políticos. Y la salida no puede darse a corto plazo, porque Cuba debe hacer un cambio radical en su economía.

El caso es que los cubanos se están moviendo y con mucha agilidad. Aunque la propaganda norteamericana se empeña en proyectar a un país aislado, con una dirigencia esclerotizada y un pueblo mudo de miedo, nada está más lejos de la realidad cubana de hoy que esta imagen. Hay que estar en Cuba para que esa distorsionada imagen se quiebre en más de mil pedazos. La imagen es otra. Es la de un caimán, que hasta hace poco se movía al lento ritmo quinquenal del socialismo y ahora está aprendiendo a correr como lagartija que aprovecha cualquier rendija para pasar y que regenera rápidamente las colas que le cortan. La imagen es otra. Es la de un pueblo que nunca deja de ser alegre, experto en hacer cocteles –en los que siempre

manda el ron— que está ensayando una nueva mezcla con nuevos ingredientes, pero en la que siga mandando el ron del nacionalismo revolucionario.

“Por fin somos independientes de los Estados Unidos... ¡y de la Unión Soviética!”, dicen como un chiste en Cuba. Con los cimientos del desarrollo ya puestos, Cuba recomienza ahora la tarea de reconstruir su modelo de soberanía y de justicia social. Y vuelve a ser referencia para los pobres de América Latina. Ningún otro país de nuestro continente tiene tantas perspectivas de sacar adelante a todo su pueblo —y no sólo a una minoría privilegiada— que esta Cuba socialista.

El ruido y las nueces II: el ciclo en la política de los Estados Unidos hacia Cuba**

Rafael Hernández*

El presente trabajo (1) se dirige a analizar las dimensiones de la política de los EE.UU. hacia Cuba, en el nuevo contexto internacional posterior al derrumbe del campo socialista en Europa Oriental y de los cambios en el rol global de la URSS. Este análisis se detendrá en caracterizar algunas de las percepciones reinantes en ese país acerca de Cuba. Seguidamente, se examinarán las implicaciones de todo lo anterior para la seguridad nacional cubana. Finalmente, se discutirán un grupo de argumentos y variantes para un cambio de política norteamericana hacia la isla.

Dimensiones en la política cubana de los EE.UU.

La política norteamericana hacia Cuba se ha proyectado históricamente en cuatro niveles:

- la política doméstica;
- la política hacia América Latina y el Tercer Mundo;
- la política hacia la URSS;
- las relaciones bilaterales.

A continuación examinaremos cada uno por separado de manera sumaria.

● Política interna

Cuba no es un tópico importante de la política global de los EE.UU. No se refleja en la política interna como lo hacen las relaciones con la URSS o el Medio Oriente; no tiene la importancia de lo que ocurre en Europa o el interés económico de la Cuenca del Pacífico. Cuba comparte esta posición subalterna con el resto de América Latina. Pero aun en este contexto, no puede competir con temas como México o El Salvador en la atención que le prestan los políticos norteamericanos.

Esta falta de prioridad interna hace que el tema de Cuba carezca de una dinámica efectiva. Esto conlleva además que se encuentre **suscitado** por otros temas —la política soviética, el narcotráfico. Es decir, que aparece asociado o arrastrado por otros

* Rafael Hernández es investigador titular y jefe de estudios norteamericanos en el Centro de Estudios sobre América, en La Habana, Cuba. Coeditor de *United States-Cuban Relations in the Nineties* (Westview Press, 1989). Fue Edward Larocque Tinker Visiting Professor en el Institute of Latin American and Iberian Studies, Columbia University, durante el segundo semestre del año académico 1990-1991.

** Artículo publicado en *Papers on Latin America*, n.º 25.

asuntos, cuya dinámica le es ajena. De hecho, la mayor parte de la información que aparece en la prensa de los EE.UU. sobre Cuba se refiere a la cuestión de los derechos humanos, la comunidad cubana o la debacle anunciada del socialismo en la isla.

Simbólicamente, Cuba constituye un ejemplo del **mal** en el discurso ideológico norteamericano. Pertenecer al mismo elenco de actores internacionales negativos, entre Khomeini, Gadafi, Noriega, y Sadam Hussein. Desde este punto de vista, es funcional a una ideología que codifica al enemigo según la cultura de masas de los comics y de los seriales de televisión. Esto significa que no importa tanto lo que Cuba esté realmente haciendo o no. En virtud de esta operación ideológica, ha quedado presa de la especulación y el debate político interno.

El ejemplo clásico de esta dinámica se proyecta en la discusión sobre Cuba en el Congreso de los EE.UU. Canalizada a través de los subcomités del Hemisferio Occidental del Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara y de Relaciones Exteriores del Senado, esta discusión queda atrapada de los mecanismos oligárquicos conocidos como "intereses especiales". Para la gran mayoría de los congresistas, Cuba no tiene una significación política. Esto quiere decir que sus escaños no se ven afectados por la posición que tomen hacia Cuba. La inmensa mayoría de los electores en EE.UU. no votan en función de este tópico —con la ilustre excepción de los votantes del sur de la Florida—. Ello implica que la conexión derechista (2), a pesar de ser una exigua minoría, no tiene oposición en el Congreso. A la mayoría de los congresistas no les interesa pagar el costo político de enfrentarse a esta derecha minoritaria, pero militante. Tal configuración ha determinado, desde 1975 hasta la fecha, que las iniciativas para cambios de política hacia Cuba encuentren un terreno poco propicio en el marco congresional (3).

Una dinámica similar tiene el factor comunidad cubana. Su peso se ha tendido a sobrestimar, especialmente a partir del trato diferenciado que le han otorgado a su sector derechista las dos últimas administraciones republicanas. Este sector aprovecha un espacio creado por la hostilidad de la política exterior de EE.UU. hacia Cuba. En estas condiciones, la beligerancia y capacidad de influencia consentida al lobby neoconservador cubano-americano se han acrecentado. Ejemplos patentes de esta capacidad son los proyectos de Radio Martí y Tele Martí, en donde han desempeñado un rol de primera fila (4).

Sin embargo, en este mismo periodo la política norteamericana ha tomado decisiones —como son el acuerdo migratorio de 1984-87 y la solución negociada al conflicto del suroeste de África— contrarias al interés declarado de este sector. Esto indicaría que, una vez que el interés nacional de EE.UU. identifique un objetivo en negociar con Cuba, esta política iría adelante, a pesar de la oposición del lobby derechista cubano-americano.

De ahí no debe implicarse que la comunidad es una mera función de las relaciones entre EE.UU. y Cuba. De hecho, la población cubana en EE.UU. tiene una dinámica interna que suele desconocerse por la mayoría de los políticos norteamericanos. La existencia de diversas corrientes políticas en su seno, y sobre todo la presencia de una mayoría silenciosa, que se beneficiaría de una relación más normal entre los dos países, aparecen nubladas por el discurso político dominante, de carácter derechista y autoritario (5).

Todos estos factores han incidido históricamente en la conformación de una percepción sobre Cuba en EE.UU. En los últimos tiempos, esta visión ha adquirido matices peculiares. En particular desde fines de 1989, Cuba ha sido vista a través de los lentes eurorientales.

El presupuesto acerca de la política interna cubana es que el espacio interno para los cambios políticos y económicos se ha ido cerrando cada vez más. Se ignoran experiencias como las de las empresas del MINFAR y las *joint ventures* con capital extranjero. Se desconoce el contenido y alcance de la apertura informativa y del debate político interno, en particular el desarrollado a lo largo de 1990 (6).

Muchos esperan que Cuba siga algunos de los caminos ya vistos en el campo socialista. Entre las variantes que son objeto de especulación están la rumana (guerra civil e inestabilidad), la serbia (combinación de la ideología comunista con un fuerte componente nacionalista), e incluso la china (unipartidismo con liberalización económica) –sin descontar la posibilidad de una intervención directa de los EE.UU. (variante iraquí) (7). Todos estos escenarios se basan en la presunción de que no hay salida a la situación económica, una vez que la URSS se sumerge cada vez más en sus propias contradicciones, y de que la virtual desaparición del socialismo en Europa ha borrado toda viabilidad política a cualquier modelo socialista.

Junto a esta visión del *apocalypse now*, está la de una minoría informada que no espera una debacle inminente. Pero incluso este sector carece de un conocimiento actualizado del contenido del debate interno; más bien tiende a considerar que en Cuba este espacio se encuentra cerrado y que predominan tendencias anti-democráticas (8).

● La política hacia América Latina y el Tercer Mundo

Los ciclos en la política de los EE.UU. hacia Cuba se han caracterizado por coincidir con los ciclos en su política hacia América Latina. Cuando en 1974 empezó a cambiar la política norteamericana hacia América Latina (9), se identificaron como casos claves de la política norteamericana hacia la región los de Cuba y Panamá. (Diecisiete años después, el Diálogo Interamericano podría volver a identificar a estos casos como claves de la política latinoamericana de EE.UU.). En cambio, cuando en 1979 comenzaron a modificarse las percepciones norteamericanas sobre “la amenaza comunista” en Centroamérica, EE.UU. reaccionó como en 1959 (10). Parte de esta reacción fue el inicio de un nuevo ciclo de hostilidad hacia Cuba (11).

El otro problema que emergió en los 70, aunque con una connotación muy diferente a la del problema centroamericano, fue la ayuda militar cubana a Angola (1975) y Etiopía (1977) (12).

Ambos asuntos han tenido una evolución dramática en los últimos tiempos. Menos de un mes después de la pérdida de las elecciones por el FSLN en Nicaragua el 25 de febrero de 1990, los asesores militares cubanos se retiraron de ese país. El proceso de negociación en curso en El Salvador, entre el FMLN y el gobierno de ARENA, ha sido avanzado, y podría lograrse un acuerdo pacífico en los próximos meses, especialmente si se logra vencer la resistencia de la cúpula militar en ese país. El peso que alguna vez pudo tener la supuesta ayuda militar cubana a la guerrilla no es ya un asunto central ni ha emergido como un elemento que obstaculice las negociaciones.

Por otro lado, en noviembre de 1988, los gobiernos de Angola y Cuba de un lado, y de la República de Sudáfrica del otro, –con la participación activa de los EE.UU. y de las Naciones Unidas– alcanzaron un acuerdo. El 25 de mayo de 1991 se anunció la conclusión del retiro de tropas de Angola. Hace más de un año que los gobiernos de Etiopía y Cuba acordaron y ejecutaron la retirada total de tropas cubanas de suelo etíope. Cuba y Somalia, antiguos enemigos, han establecido relaciones diplomáticas.

Aunque en el conflicto del suroeste africano prevaleció el diálogo, éste no es un patrón para la política norteamericana hacia Cuba. El excepcionalismo que la política norteamericana le atribuye a este esquema de negociación tampoco lo convierte en un modelo para la política de EE.UU. hacia los conflictos en el Tercer Mundo. En efecto, el marco geopolítico y los factores implicados –la presencia de 50 mil tropas cubanas, la situación interna del régimen del apartheid como resultado de la guerra– no son elementos que EE.UU. considere repetibles en otras situaciones (13).

En el caso de Centroamérica, aunque los EE.UU. estuvieron acusando a Cuba de promover la vía militar con el FSLN y el FMLN, y de ser un actor principal en el conflicto, en la práctica estos rehuyeron cualquier conversación con la isla. La

conducta norteamericana hacia Cuba respecto a la crisis centroamericana más bien reflejó lo contrario de lo que podría esperarse en cuanto a un actor que se considera determinante. La decisión de pasar por alto a Cuba en los esquemas centroamericanos de EE.UU. no se corresponde con la aún reiterada idea de que la guerra en El Salvador ha dependido de la ayuda material cubana (14).

Obviamente, tanto en el caso del suroeste africano como de Centroamérica, EE.UU. trató de evitar al máximo el trato directo con Cuba. Podría pensarse que estaban evitando reconocer a Cuba como un interlocutor legítimo en estos escenarios regionales –política coherente con la posición en el plano bilateral de no dialogar con el régimen revolucionario durante treinta años. Si lo hicieron en el caso del África sudoccidental, podría considerarse que fue *enlightened self-interest*, es decir, puro pragmatismo. Esta lógica no estaría reflejando en absoluto una tendencia al diálogo.

En este campo de los conflictos regionales en el Tercer Mundo, el pragmatismo característico de la política norteamericana se parece mucho al cinismo. Según esa filosofía, si ya Cuba no está en África ni en Centroamérica, ¿para qué dialogar? Esta cuestión podría tener una formulación más general y en cierto modo clásica en la política cubana de los EE.UU.: ¿por qué EE.UU. debería, en su interés, negociar con Cuba? Se intentará una respuesta a esta pregunta en la sección final de este trabajo.

● La política hacia la URSS

Cuando los EE.UU. y la URSS se sentaron a enterrar por primera vez la guerra fría, en 1971-72, inaugurando el periodo conocido como la *détente*, Cuba no fue un tema de negociación. En cambio, el proceso de la nueva relación soviético-norteamericana sí ha conllevado un conjunto de presiones de EE.UU. para que la URSS rompa su alianza con Cuba, reduciendo su relación económica y militar, y tirando por la borda una política de capital importancia para sus relaciones con el Tercer Mundo.

Aparentemente, el nuevo diálogo soviético-norteamericano propiciado por la nueva mentalidad no ha dado lugar a una reducción de tensiones en el sistema internacional. El mundo de la segunda posguerra fría parece muy peligroso. No ha dado lugar, *per se*, a la solución de muchos conflictos regionales. Aparte de los acuerdos sobre reducción de armamentos en Europa y de una nueva aproximación a las cuestiones bilaterales, el diálogo EE.UU.-URSS no ha sido la causa eficiente de otros arreglos. En efecto, es discutible que la retirada soviética de Afganistán sea principalmente resultado de una nueva política hacia Occidente –y de un compromiso norteamericano constructivo. Tampoco parece que las cuestiones de Irán-Irak, Vietnam-Kampuchea o Angola-Cuba-Sudáfrica hayan progresado gracias a ese diálogo. Por el contrario, la guerra del Golfo Pérsico, con su enorme costo humano, político, económico y ecológico parece haber sido el producto más notable de este nuevo clima de convergencia.

La evolución de las relaciones EE.UU.-URSS a lo largo de 1990-91 han disipado la cuestión de la “amenaza soviética” en Cuba como un elemento creíble para la mayoría de los norteamericanos. En cuanto a la capacidad militar cubana para interferir las líneas de comunicación en el mar Caribe, la guerra del Golfo Pérsico, en 1991, demostró fehacientemente que no existe algo como una política militar cubana de interferir a las líneas de suministro de la marina de EE.UU. en guerra del otro lado del Atlántico (15).

En efecto, aunque EE.UU. se felicita por el nuevo clima de entendimiento alcanzado con la URSS, cuando se trata de una nueva relación con Cuba, todavía se esgrime la cuestión de la “presencia militar soviética” en la Isla. La aspiración norteamericana al recorte del suministro militar soviético a Cuba, así como cualquier otra que hiciera a los cubanos sentirse más débiles frente a EU, no implica precisamente mejores condiciones para una negociación (16).

Cuando, a mediados de los 70, Cuba abordó un proceso de diálogo frente a EE.UU. se sentía lo suficientemente segura como para haber reducido a la mitad los efectivos de sus fuerzas armadas (17), que se habían profesionalizado y modernizado. Cuba estuvo tan determinada acerca de su seguridad que incluso prescindió de varios miles de tropas, que envió a Angola y a Etiopía, sin que se afectara su disposición a dialogar con los EE.UU. Todo esto ocurrió por iniciativa cubana. Enfrentar un proceso tan delicado como el de la negociación requería, objetivamente, condiciones políticas, parte esencial de las cuales es la autoconciencia de la seguridad. Difícilmente un gobierno cubano que no se sintiera militarmente fuerte frente a EE.UU. podría contar con esas condiciones.

● Las relaciones bilaterales

El ámbito bilateral parece haber sido el menos complejo de las relaciones EE.UU.-Cuba (18). Comparativamente, los problemas de esta agenda parecen tener una solución viable por la negociación. Entre estos están los siguientes:

- el bloqueo de las indemnizaciones a las empresas norteamericanas nacionalizadas;
- las incompatibilidades de la radiodifusión (problemas relacionados con la contigüidad de los espectros radioeléctricos de ambos países y con la reciprocidad en las transmisiones mutuas);
- la migración;
- la base naval de Guantánamo;
- los sobrevuelos de inteligencia militar sobre el territorio cubano.

En general, se considera que todos podrían negociarse si existiera la voluntad política.

La política norteamericana se orienta por otros rumbos. Algunos toman como modelo el de la **finlandización** de Cuba, según el cual el régimen de la isla debería autolimitar su política exterior a los términos aceptables por EE.UU., buscando preservar por esta vía un clima armónico y comprensivo en las relaciones bilaterales (19).

Otros asumen una variante identificada como la **mexicanización** de Cuba (20). Por esto se entiende que la política exterior se mantuviera independiente, siempre que se garantizara un acuerdo de subordinación económica, dentro de un esquema de seguridad internacional establecido por los EE.UU., y un entendimiento en el terreno de la política interna.

Las propuestas concretas de política bilateral se han movido en este orden restrictivo:

- Estados Unidos debe revisar radicalmente su política hacia Cuba; pero por el momento no debe romper la continuidad de su política hacia la Isla levantando las sanciones comerciales (21).
- Estados Unidos debe iniciar conversaciones a alto nivel con la URSS, con el objetivo de conseguir la retirada militar soviética de Cuba (22).
- Cuba debe, unilateralmente, comprometerse a no dar ningún apoyo a los movimientos insurgentes (23).
- La nueva política de Estados Unidos debe basarse en enfatizar el carácter anti-democrático del sistema cubano. Se debe crear una plataforma para los activistas cubanos de derechos humanos (24).

Por otra parte, el impacto de los cambios en la agenda internacional entre los dos países ha sido nulo a nivel bilateral. En términos diplomáticos, este progreso en el área de mayor sensibilidad para las relaciones bilaterales debería haber implicado una sustancial mejoría de las relaciones entre los dos países. Por el contrario, según la administración Bush, las condiciones para normalizar relaciones con Cuba en la actualidad son "el establecimiento de una economía de mercado y de un régimen multipartidista, con elecciones libres en la isla".

Cuatro notas sobre la seguridad nacional de Cuba

Parte esencial de la respuesta cubana ante la política de los EE.UU. se relaciona directamente con la cuestión de su seguridad nacional. A continuación presentamos de manera sumaria un grupo de consideraciones que intentan abarcar algunos de los elementos más críticos dentro de este campo.

● Primera:

El desafío de una superpotencia vecina ha hecho de la seguridad una cuestión vital para el interés nacional de Cuba y un asunto clave de su política exterior. La seguridad nacional está estrechamente ligada con todos los aspectos de esa política exterior –al nivel regional, multilateral o bilateral, sobre todo en la medida en que la política de los EE.UU. está implicada (25).

El elemento de la seguridad ha estado presente en muchas alianzas establecidas por Cuba. Este elemento ha interactuado en las relaciones de Cuba con agentes internacionales, especialmente con la URSS, pero también con numerosos países del Tercer Mundo –incluso en aspectos que no se relacionan directamente con el conflicto entre Cuba y los EE.UU. Desde el punto de vista cubano, estos intereses de seguridad no siempre se han relacionado con la confrontación de Cuba o del país en cuestión frente a los EE.UU. Ciertamente, las relaciones cubano-norteamericanas han confrontado en numerosas regiones del mundo –América Latina, África e incluso el Medio Oriente. Pero ello no implica que todo involucramiento cubano a nivel internacional se dirija a oponerse a los EE.UU. (26). En otras palabras: la variable seguridad funciona en una compleja ecuación de política exterior cubana, que no se reduce a la relación con los EE.UU.

Sin embargo, sería difícil sobrestimar la importancia de los EE.UU. en la definición global de estos intereses. En ese sentido, el principal objetivo de la política de seguridad nacional cubana puede definirse como contrarrestar la situación geopolítica desventajosa respecto a la superpotencia vecina, en la medida en que ésta afecta su independencia y soberanía nacional.

Por ello, la seguridad nacional cubana tendría una especie de definición estructural: independientemente de la coyuntura política, las “ilusiones de paz” con los EE.UU. deben descartarse, puesto que a la larga la política norteamericana ha respondido más al imperativo geopolítico que a los cambios de las administraciones o a las distensiones Este-Oeste (27).

● Segunda:

El rechazo cubano a la noción de “esferas de influencia” no es una simple declaración ideológica, sino la expresión del interés nacional. De hecho, la propia existencia de la Revolución Cubana entraña un desafío a los bloques geopolíticos como determinantes del futuro de los pequeños países del Tercer Mundo vecinos de las fronteras de las superpotencias.

Por otra parte, implica la visión de la paz mundial como algo más que el entendimiento entre las superpotencias. En efecto, tradicionalmente, Cuba ha apreciado que los cambios en la política norteamericana hacia la URSS no han implicado necesariamente modificaciones en su política hacia el Tercer Mundo –sino más bien todo lo contrario– (28).

La contrapartida de esta lógica es la posibilidad de establecer alianzas internacionales que contrarresten el efecto fatal de la geopolítica. El principal factor internacional para Cuba ha estado representado por el apoyo soviético. Una de las consecuencias de los acuerdos soviético-norteamericanos en 1962 era que las relaciones

militares entre Cuba y la URSS quedaron consagradas, sobre la base de su carácter convencional y defensivo. En la medida en que el acuerdo no permitió estructurar un sistema de seguridad entre EE.UU. y la isla, como parte de un esquema de seguridad internacional en el Caribe, los EE.UU. tuvieron que aceptar el mantenimiento del suministro de asistencia militar soviética a Cuba. El gobierno cubano tampoco tenía alternativa, ya que no participó en el acuerdo soviético-norteamericano que consagró este status.

Si los cubanos se sintieran de alguna manera abandonados o debilitados en su defensa, ello reforzaría la percepción de la fortaleza sitiada. En esta situación, se implicaría una extensión de las medidas de seguridad, controles económicos especiales, mayor centralización de las decisiones, movilizaciones, etc. Y por supuesto, se intensificaría el nivel de atención a la defensa.

Por otra parte, en la medida en que la reducción de la ayuda soviética afectara la situación de seguridad nacional, ello de por sí incrementaría las preocupaciones cubanas acerca de los planes y las intenciones norteamericanas. Todo esto perjudicaría las condiciones generales para una negociación.

● Tercera:

Como se sabe, la cuestión de la seguridad nacional no se reduce a sus términos puramente militares. La preocupación cubana sobre la amenaza de los EE.UU. es considerada por algunos como un estereotipo anticuado que en nada tiene que ver con el "nuevo orden mundial". Es cierto que desde 1962 los EE.UU. no han vuelto a estar al borde de lanzar un ataque contra la isla. (Aunque sí ha habido situaciones de extrema tensión, como cuando el General Haig pedía "ir a la fuente" en 1982-83). Sin embargo, EE.UU. no ha abandonado nunca totalmente el proyecto de derrocar al régimen socialista, por distintas vías:

- mantenimiento de un bloqueo económico que rebasa con mucho los términos de un embargo comercial (29);
- planes de desestabilización interna, incluidos propaganda radial y televisiva, apadrinamiento de grupos de oposición, funcionamiento de redes de inteligencia (30);
- campañas de aislamiento y desprestigio, especialmente en foros internacionales, dirigidas a presentar al régimen cubano como el principal violador de los derechos humanos en el hemisferio, utilizando presiones políticas y económicas sobre otros gobiernos para lograr sus fines;
- despliegues militares alrededor de la isla, como parte de guerras ficticias o reales;
- auspicio de grupos contrarrevolucionarios del exilio de Miami, favoreciendo expectativas y renovando las promesas de los primeros años sesenta.

● Cuarta:

Las preocupaciones de seguridad cubanas se han reforzado bajo el fantasma del "nuevo orden mundial" y su impacto en el consenso global, incluidos los mecanismos de los organismos internacionales.

La posición cubana ante el reciente conflicto del Golfo Pérsico ilustra ejemplarmente esta lógica. El comportamiento inconsecuente y contradictorio del Consejo de Seguridad de la ONU ante el conflicto recuerda a los cubanos que la ONU puede colaborar con esquemas de intervención, sin que la naturaleza de ésta se modifique como tal (31).

Asimismo, la política de "intervencionismo electoral", por la cual Naciones Unidas y otras agencias internacionales se han dedicado a certificar la democraticidad de ciertos procesos políticos, ha prestado un aval a situaciones nacionales caracterizadas por la guerra civil, la inestabilidad política, la devastación económica y la margina-

ción de amplios sectores sociales de la vida pública. Levanta preocupaciones el hecho de que se pretenda juzgar la situación interna de un país sobre la base de un elemento aislado (y tan diferenciado en todo el mundo) como son las elecciones.

Estas fórmulas de "internacionalización" de los procesos políticos internos han estado dominando la actividad de foros que en los años 70 y parte de los 80 se habían caracterizado por recoger los problemas de los países del Tercer Mundo. Hoy en día el sistema internacional está caracterizado por la crisis económica de estos países, los procesos de integración en torno a polos de capitalismo avanzado y el conocido derrumbe del campo socialista. Tales cambios en el sistema mundial no han dejado de reflejarse en los organismos del sistema de Naciones Unidas. Esto despierta, naturalmente, un margen creciente de desconfianza incluso ante los mecanismos multilaterales.

¿Por qué EE.UU. debería cambiar su política precisamente ahora?

Existe un consenso tácito entre conservadores y liberales en cuanto a lo que debería ser la política actual hacia Cuba. Según esta definición, lo más sabio para EE.UU. es esperar, de manera que la crisis económica haga la tarea de derrocar el socialismo, o cuando menos debilite la posición negociadora cubana. O sea, que apoyan de hecho "un compás de espera" para los próximos años, con embargo y todo.

No es el objetivo de estas páginas entrar a analizar el contenido ético ni la legitimidad de esta posición. Nos limitaremos a tratar de mostrar que esta política no se corresponde con sus objetivos declarados –e incluso con lo que podrían considerarse los intereses nacionales de los EE.UU.– en lo que a Cuba respecta.

1. *La actual política de EE.UU. contra Cuba no refleja su supuesta preocupación acerca de la preservación y promoción de los derechos humanos en la isla.* El mantenimiento de una estrategia que impide el acceso de alimentos y medicinas a la población de Cuba resulta poco creíble como posición humanitaria. Por el contrario, el efecto de ésta refuerza el papel de los EE.UU. como verdugo del pueblo cubano.
2. *El mantenimiento de la política norteamericana hacia Cuba es la prueba de la vigencia del imperativo geopolítico y de su continuidad lógica invariable en el Caribe* (32). La razón de ser de esta política no se sostiene sólo en la aversión ideológica al socialismo –pues socialismo hay en China, Vietnam y la URSS, con los cuales EE.UU. tiene diferencias, pero ha ido logrando un entendimiento. La diferencia con estos otros países es que ninguno ha sido dominado económica y políticamente por EE.UU. como Cuba, y que no representan un desafío en la zona de influencia norteamericana por excelencia.
3. *Toda la presión que EE.UU. coloca sobre Cuba reaviva el fuego de la fortaleza sitiada.* Objetivamente, las dificultades económicas y las presiones externas desfavorecen el proceso de cambios, en la medida en que afectan el espacio de debate interno, la atención a las cuestiones políticas, la expansión de la participación en las decisiones y en general su descentralización. Subjetivamente, la amenaza renovada de los EE.UU. a la soberanía nacional levanta también preocupación acerca del espacio interno para las opiniones divergentes. El efecto psicológico del asedio no es precisamente ampliar las libertades.
4. *La política actual de EE.UU. está proyectando que no quiere alcanzar un arreglo con Cuba, sino ponerla de rodillas.* La política norteamericana de desconocer los progresos habidos en la agenda internacional del conflicto con Cuba –Angola, Centroamérica, la URSS–, y de poner como condición que se produzcan cambios en la política interna cubana para normalizar relaciones encierra una amarga lección para los seguidores del realismo político: EE.UU. no quiere poner fin a una situación anómala y peligrosa para la paz y la segu-

ridad en el Caribe, sino dar un castigo ejemplar a una nación caribeña que desafió la ley de hierro de la geopolítica. Esta lección tampoco augura una política nueva hacia la región.

5. *Posponer un diálogo con Cuba en espera de que el socialismo se caiga, no promete un cambio, sino una variante de la misma relación negativa existente hasta ahora.* En efecto, si EE.UU. espera a que el socialismo se caiga para entablar un diálogo con Cuba, no habrá abandonado por ello su imperativo geopolítico ni su intención de intervenir en los asuntos internos de Cuba. El legado de desconfianza entre los dos países estará intacto dentro de dos o tres años. Como diálogo no será más que la misma guerra por otros medios. Nacerá así torcido y contaminado en su raíz. Cualquier perturbación lo afectará. Ninguna de las dos partes creará en él como un capital político valioso, que hay que preservar, porque represente una alternativa constructiva a una guerra de treinta años. La política de forzar cambios políticos en Cuba le entrega, por el contrario, al régimen socialista cubano un elemento de convicción para asumir que no existen reglas de juego que deba respetar en las relaciones con los EE.UU. En ese sentido, retrotrae el reloj de las relaciones a una situación similar a los años 60.
6. *Mientras el socialismo no se cae, Cuba estrechará sus relaciones económicas y políticas con otros países, incluidos los de América Latina y el Caribe.* Este espacio de encuentro con Cuba será un plano hemisférico del cual EE.UU. seguirá ausente, lo cual de por sí no beneficia sus intereses.
7. *EE.UU. puede perder hoy una oportunidad económica y política única para un cambio de relaciones con Cuba.* Al excluir la apertura de relaciones normales en las presentes circunstancias, EE.UU. reforzará la prevención que tienen hoy muchos cubanos acerca de que las relaciones con el Norte podrían ser buenas para la economía, pero malas para la política; es decir, beneficiosas para el desarrollo económico, pero negativas para el clima político interno y la independencia nacional. Una vez que el momento crítico para la economía hubiera pasado, la posibilidad de un diálogo político con los norteamericanos podría resultar todavía menos deseable para los que así piensan.
8. *No hay seguridad de que un nuevo foco de crisis no surgirá en las relaciones bilaterales.* Algunos problemas bilaterales de interés para los EE.UU., como la cuestión de la migración, no van a recibir nunca un tratamiento plenamente racional y normal, ni van a tener garantizado que no evolucionen hacia una situación de crisis, hasta que las relaciones entre ambos países se normalicen. Las probabilidades de que esto ocurra aumentan en la misma medida en que las presiones externas sobre la isla se incrementen. Los próximos años no están exentos de este peligro.
9. *EE.UU. no tiene alternativa con Cuba.* Lo ha usado todo, salvo la invasión. No dispone de nuevos instrumentos, ni puede poner mucha más presión que la que ya ha puesto. Puede no facilitar el rebasamiento de la situación económica cubana. Pero no puede impedir que Cuba desarrolle recursos de supervivencia y alternativas económicas. Difícilmente podrá aislar a Cuba en el hemisferio, como en la segunda mitad de los 60 –por lo cual no podrá garantizar ahogarla económicamente, aunque la economía soviética se siga desvencijando. Por otra parte, el recurso a la fuerza militar sigue siendo una opción demasiado costosa. La variante panameña o iraquí no tienen sentido, dadas las grandes diferencias políticas y militares existentes (33). En todo caso, un castigo militar al régimen cubano, además de sus consecuencias incalculables, no podría garantizar el objetivo supuesto, es decir, provocar un cambio en el régimen político del país.
10. *La pretensión de que la política de los EE.UU. hacia Cuba responde a la comunidad cubano-americana no es consistente con la realidad.* Si las

encuestas de opinión en este sector son exactas, que EE.UU. no debería únicamente reforzar el embargo y las presiones económicas, manteniendo la actual política de no relaciones, sino lanzar una invasión contra la isla. Paradójicamente, esta misma opinión pública considera que EE.UU. debería establecer negociaciones con Cuba destinadas a traer más familiares de la isla y a mejorar el servicio telefónico (34). Obviamente, la política norteamericana sigue menos los deseos, constructivos y destructivos, de la comunidad cubana de lo que se pretende.

Perspectivas

Hoy como ayer, los cambios en la política norteamericana hacia Cuba están sujetos a decisiones de los órganos de mando de la seguridad nacional de EE.UU. —más que del Congreso o de los contradictorios reflejos que emite la comunidad cubano-americana—. En el caso de esta administración es posible que el Secretario de Estado y los subsecretarios tengan más poder en política exterior hacia América Latina y Cuba que el aparato del Consejo de Seguridad Nacional. Dado que Cuba, como América Latina, no son sus prioridades en el contexto estratégico global, no hay que esperar que tales círculos se detengan a evaluar la conveniencia de dar una solución al conflicto de Cuba. Una vez más, se trata de políticos que conocen poco de la región. Sus prioridades, en todo caso, son otras: Europa, el Medio Oriente, la URSS y la Cuenca del Pacífico. Sólo una crisis en la región —la propagación de guerras civiles o situaciones de caos generalizado— podrá hacerles mirar hacia el sur.

En esta situación, lo que probablemente ocurra en la política hacia Cuba tendrá el tono de negligencia no muy benigna que caracteriza su acercamiento a la región.

Por ejemplo:

- Aumentar las presiones en el contexto internacional y regional, especialmente en el terreno ideológico, haciendo uso de variadas formas de intervencionismo, incluidas las que pueden generarse a través de los organismos internacionales.
- Seguir presionando sobre la URSS para que ésta acelere la reducción de sus relaciones con Cuba, con vistas a lograr a corto plazo un debilitamiento económico, más que un derrumbe de la defensa militar.
- Conducir una política de dos pistas: mantener la presión y la coacción combinada con la operación de recursos diplomáticos —a fin de producir una respuesta flexible a la esperada evolución de la situación interna.

Existen todas las condiciones internacionales y suficientes condiciones internas para un cambio de política hacia Cuba, si los órganos de mando de la política de EE.UU. tuvieran la voluntad política de hacerlo. Se vive en un momento de cambio (35). Esta peculiar situación puede hacer que los mismos que trabajan para retrasar el cambio no puedan estar seguros de que éste no va a ocurrir de la noche a la mañana. No quedarse fuera de un esquema de cambio pudiera ser la preocupación de ciertos sectores que hoy parecen menos fieles a la ortodoxia anticubana. Tanto en la comunidad de negocios como en los negocios de la comunidad se advierte un movimiento que indicaría más una expectativa hacia el cambio que ante una década de línea dura.

Los factores internos e internacionales del presente ciclo constituyen seguramente la combinación más compleja que haya existido desde 1962-63. Si la historia de los primeros años de la Revolución pareciera volver a repetirse en algunos aspectos (36), la coyuntura internacional puede permitir hoy cursos históricos que entonces no fueron posibles.

(1) Este examen continúa la caracterización del ciclo en la política de EE.UU. hacia Cuba, caracterización iniciada en "El ruido y las nueces: ¿hacia un ciclo de baja intensidad en la política de EE.UU. hacia Cuba?" (*Cuadernos de Nuestra América* N.º 11, julio-diciembre de 1988, p. 66-92).

(2) Esta conexión está dirigida por la Fundación Nacional Cubano-Americana. Véase Raúl García, Lourdes Cervantes y Rafael Hernández, "La Fundación Nacional Cubano-Americana y la conexión anticubana en los EE.UU.", en *Cuadernos de Nuestra América*, N.º 1, enero-julio 1984, p. 147-173.

(3) Para un examen más detallado de la coyuntura de 1975, véase Philip Brenner, *The Limits and Possibilities of Congress*, 1982.

(4) Cfr. José R. Cabañas, "Radio Martí: una nueva agresión", en *Cuadernos de Nuestra América*, No. 1, enero-julio de 1984, p. 174-204; y Arnaldo Coro, "Tele Martí: una nueva escalada", en *Cuadernos de Nuestra América*, No. 12, enero-junio de 1989, p. 143-158.

(5) Para una discusión véase Rafael Hernández, "Certain Fallacies in Relation to the Cuban Community in the United States" en Joseph Tulchin & Rafael Hernández (ed.), *The United States and Cuba: Will the Cold War End in the Caribbean?*, The Wilson Center, Washington, 1991 (en imprenta).

(6) Véase en la prensa cubana del periodo la discusión en torno al *Llamamiento al IV Congreso del PCC*.

(7) Intervención de Jorge Domínguez, "Cuba in the New International Context", en el Seminario sobre Cuba y el "Nuevo Orden Mundial", Institute of Latin American & Iberian Studies, Columbia University, marzo 1991.

(8) Estas apreciaciones se basan en las conversaciones del autor con periodistas académicos y activistas políticos durante una estancia entre febrero y abril de 1991 como profesor visitante en la Universidad de Columbia.

(9) Véanse los Informes Linowitz de 1974 y 1977 en Serie *Documentos*, N.º 1, CEA, abril de 1980.

(10) Véase Robert Pastor, *Condemned to Repetition*, Princeton University Press, 1987.

(11) Para una discusión detallada véase Rafael Hernández, "La lógica de la frontera en las relaciones EE.UU.-Cuba", en *Cuadernos de Nuestra América*, N.º 7, enero-junio de 1987.

(12) Véase Armando Enríquez y David González, "La política cubana hacia África", en Jorge Domínguez y Rafael Hernández, *U.S.-Cuban Relations in the Nineties*, Westview Press, 1989. Asimismo, para una visión ligeramente diferente, pero igualmente informada, véase en el mismo libro Michael Clough, "La política norteamericana hacia el África Meridional".

(13) Charla de Michael Clough sobre "La negociación cubano-angolana-sudafricana: lecciones sobre la solución de conflictos regionales", en el Seminario Cuba y el "Nuevo Orden Mundial", Institute of Latin American and Iberian Studies, Columbia University, abril 1991.

(14) Conversación del autor con Robert Mc Namara, Antigua, enero de 1991.

(15) Hace unos años esta tesis —la supuesta capacidad de la marina y la fuerza aérea cubanas para interferir en las líneas de suministro norteamericanas en el escenario de una guerra europea— estuvo en boga entre oficiales y analistas militares de ese país. Véase entre otros los escritos del Almirante Wesley Mc Donald y de los expertos del Depto. de Defensa Joseph Cirincione y Leslie Hunter. Sobre estos últimos véase Robert Leiken (ed.), *Central America. Anatomy of Conflict*, 1984.

(16) Se ha anunciado que el suministro de armas soviéticas a Cuba se reduciría en términos relativos. Véase Fidel Castro, "Discurso en el XXX Aniversario de la Victoria de Playa Girón", 19 de abril de 1991, en *Granma*, Suplemento especial, 20 de abril, p. 4.

(17) Véase *Informe Central al I Congreso del PCC*, diciembre 1975.

(18) Cfr. Wayne Smith y Esteban Morales, *Subject to Solution*, Lienne Reiner, 1987.

(19) Cfr. Edward González y David Ronfeldt, *Cuba, Castro and the World*, Rand Corporation, 1984.

(20) Cfr. Gregory Treverton, "U.S. National Security towards Cuba", en Jorge Domínguez y Rafael Hernández, ob. cit.

(21) Georges Fauriol, *El tercer siglo: alternativas para la política de E.U. hacia América Latina en los 90*, Centro de Estudios Estratégicos Internacionales, Washington D.C., 1988, p. 38.

(22) *Santa Fe II, a Strategy for Dealing with Latin America in the Nineties*, by the Committee of Santa Fe, Mr. Francis Bouche, Dr. Roger Fontaine, Dr. David C. Jordan, Lt. Gen. Gordon Summer Jr, agosto 1988, p. 31.

(23) *Las Américas en 1988: tiempo de decisiones. Informe del Diálogo Interamericano*. Aspen Institute for Humanistic Studies, Washington, DC, mayo de 1988, p. 11.

(24) *El Tercer Siglo*, p. 38; *Santa Fe II*, loc. cit.

(25) Para una discusión sistemática véase Carlos Alzugaray, "La seguridad nacional cubana y el diferendo cubano-norteamericano", en Jorge Domínguez y Rafael Hernández, *United States-Cuban Relations in the 1990*, Westview Press, 1989.

(26) Un ejemplo es la alianza militar cubana con los gobiernos de Angola o de Etiopía frente a invasiones externas. Véase Armando Entralgo y David González, "La política cubana hacia África", en J. Domínguez y R. Hernández, ob. cit.

(27) Cfr. Fidel Castro, "Discurso en el V Congreso de la UJC", *Granma*, 7 de abril de 1987, p. 4.

(28) Cfr. Fidel Castro, *Informe Central al Tercer Congreso del PCC, Sección Política internacional*, Editora Política, 1986.

(29) Compárese el embargo comercial contra Nicaragua, que nunca impidió que los ciudadanos norteamericanos visitaran ese país, con la política de perseguir y presionar sobre todo contacto externo que pueda "beneficiar" a la economía cubana, establecida por EE.UU. en febrero de 1962 y mantenida casi invariable desde entonces. Este embargo no sólo le ha impedido a Cuba adquirir o vender productos a empresas de EE.UU. —incluidos alimentos y medicinas—, sino que ha presionado sobre los socios comerciales de EE.UU., entre ellos Japón y Europa Occidental, afectando las ventas de materias primas cubanas a esos países.

(30) Para una definición de estos instrumentos como parte de la **cultura de las operaciones encubiertas**, véase Gregory Treverton, *Covert Action*, 1987.

(31) Para una discusión de la posición cubana ante la pretensión de Naciones Unidas de inspeccionar el territorio cubano siguiendo un acuerdo en que ni Cuba ni Naciones Unidas habían participado véase Rafael Hernández, "Treinta días: las lecciones de la Crisis de Octubre y las relaciones cubanas con los EE.UU.", *Cuadernos de Nuestra América*, N.º 16, enero-junio, 1991. En relación con la posición ante la crisis del Golfo Pérsico, véase las intervenciones del embajador cubano Ricardo Alarcón ante el Consejo de Seguridad en enero y febrero de 1991.

(32) Véase Alfred T. Mahan, *Lessons of the War with Spain*, Little Brown, 1898.

(33) La consideración de que EE.UU. podría lanzar una operación militar contra Cuba, a raíz de la guerra del Golfo Pérsico, pasa por alto diferencias esenciales como son la satanización que el gobierno y los medios de difusión en EE.UU. desarrollaron durante meses contra Noriega y Sadam Hussein, la condición de virtuales proscritos en que la comunidad internacional situó a éstos, los relativamente bajos costos militares que la situación política interna en estos países acarreo para los EE.UU., la baja capacidad retaliatoria de sus sistemas defensivos, la presunción de que un ataque militar provocaría un desenlace político interno favorable a los EE.UU.

(34) Cfr. *Views on Policy Options toward Cuba Held by Cuban-American Residents of Dade County, Florida*, por Guillermo Grenier y Hugh Gladwin, Institute for Public Opinion Research, Florida International University, marzo 30, 1991, p. 3. 56% de los cubano-americanos favorecen la invasión; mientras que 73% favorecen negociaciones para viajar y 58% para facilitar comunicaciones telefónicas.

(35) Para una discusión de los antecedentes de esta situación de cambio a partir de 1987, véase Rafael Hernández, "El ruido y las nueces: ¿hacia un ciclo de baja intensidad en la política de los EE.UU. hacia Cuba?", *Cuadernos de Nuestra América*, N.º 11, julio-diciembre de 1988, p. 66-92.

(36) Cfr. Fidel Castro, "Discurso en el XXX Aniversario de la Victoria de Playa Girón", 19 de abril de 1991, *Granma*, 20 de abril de 1991, p. 3.

Cuba en la razón de Occidente

Marcos Roitman Rosenmann *

Introducción

Resulta una obviedad afirmar que el sistema político tipo de estado consolidado en Cuba tras su revolución en 1959 ha despertado el interés de científicos-sociales así como de analistas, periodistas, militantes políticos y distintas fuerzas y actores sociales en Occidente. Todos ellos han generado discursos que se han articulado fuera de Cuba y no al margen de una imbricación y opción personal ajena al desarrollo de la revolución. Situación que no deja de ser expresión de una peculiar forma de interrelación entre valores sociopolíticos de su razón cultural e intereses individuales presentes en los análisis propuestos. Por ello, los argumentos que se constituyen son el resultado de un planteamiento ajeno a la dinámica de la revolución y cuya lógica se recrea fuera del propio espacio que se dice analizar.

Los resultados que se obtienen en este tipo de discurso terminan por responder a la óptica con que Occidente evalúa y dictamina "neutralmente" sobre la dirección y orientación que asume otro proceso político en función de sus valores y su propia racionalidad. Con ello, los argumentos que se presentan terminan siendo una redefinición de la realidad cubana a la luz de su propia historia más que un análisis de la revolución cubana y de sus características. De esta manera, las preocupaciones y reflexiones que pueden observarse internamente del proceso cubano son deliberadamente excluidas del análisis, desprendidas de su contexto "natural", su historia y sus condiciones para reinsertarlas en un espacio global de crítica o de aceptación de corrientes de pensamiento que se tornan "sentido común" y "opinión universal" en el marco del lenguaje histórico de Occidente.

Así, no es extraño que se pueda, a partir de la propia cotidianidad de los sucesos que marcan la formación de la razón cultural de Occidente, establecer una periodización acerca de dichas normas de "sentido común" que se proyectan y se establecen hacia Cuba en función de sus acontecimientos vividos desde fines de la década de los cincuenta. Y serán sus cambios, sus crisis, sus proyectos y transformaciones lo que subyace en el momento de establecer los baremos de tolerancia hacia las revoluciones en América Latina y el Tercer Mundo. Situación que tiende a ser coincidente con la poca capacidad de propuesta alternativa a la opción hegemónica levantada por los Estados Unidos hacia Cuba y América Latina e interiorizada como propia por la mayoría de los gobiernos de Europa Occidental. Veamos.

Primeras consideraciones

Nada más producirse la derrota de Fulgencio Batista, Europa inmersa en la diná-

* Profesor Titular de Estructura Social de América Latina. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense de Madrid,

mica de guerra fría y los Estados Unidos absorbo en el Plan Marshall, para facilitar el surgimiento de una Europa Occidental fuerte, no descuidó su objetivo básico: reconstruir el sistema de seguridad mundial, con aliados seguros, pero desde luego poco independientes. En este contexto, la revolución cubana fue considerada, en sus orígenes e inicios, por Europa Occidental como fruto de una lucha nacional, democrática y popular frente a una más de las dictaduras existentes en el Caribe. Poco o nula importancia se le dio. No fue hasta la invasión preparada por el gobierno democrata de John Kennedy en Bahía Cochinos, abril de 1961, y a la determinación de articular un bloqueo económico y político que contase con el apoyo de sus aliados occidentales, sobre todo a partir de la Crisis de los Misiles, cuando Europa Occidental se preocupa por Cuba. Crisis que fue portadora de una formulación primitiva y tópica que sería utilizada como verdad absoluta por parte de los países occidentales a la hora de enjuiciar a Cuba como un satélite más de la URSS, lo cual obligaba a modificar su comportamiento hacia la revolución.

Será este tópico lo que pondrá a Cuba en el punto de mira de Europa Occidental, iniciándose un proceso de descalificación por parte de analistas, políticos, intelectuales y gobiernos. Se trataba de presentar una Cuba, mecánica y dogmáticamente, unida a la historia de los países del Este, para facilitar cualquier referencia hacia la Isla como resultado de los intereses de la URSS, dueña real, se dirá, de Cuba. No se trataba tanto de comprender la realidad cubana como de facilitar una crítica hacia los países de Europa Oriental y la URSS, auténticos enemigos potenciales de Europa Occidental. No era Cuba, sino una justificación de política para explicar la división de bloques, el muro de Berlín y, por qué no decirlo también, la preocupación por el aumento de la lucha anticolonialista en los países africanos y asiáticos lo que se pretendía valorar. Fueron estas realidades tan disímiles, pero que afectaban directamente a los países de Europa Occidental con intereses coloniales así como su relación con los Estados Unidos, lo que estableció la forma y el contenido del discurso político con que Cuba sería vista por Occidente, situación que no se ha alterado hasta hoy.

Según se fueron desarrollando los procesos de independencia colonial, cambiando las estrategias de los gobiernos de Estados Unidos y consolidando la anuencia de los países de Europa Occidental, se establecieron las pautas para criticar la Revolución Cubana. Poco o nada importaba comprender el sentido que los cambios, las transformaciones y la propia revolución fuese un reflejo directo del proceso histórico cubano. Cuba ya había sido definida en los parámetros de Occidente. Así pasará a ser más o menos democrática, más o menos dictadura, más o menos satélite, más o menos socialista, más o menos comunista, más o menos nacionalista, según se redefinían externamente los procesos de toma de decisiones en el bloque occidental. Lo que piensan los cubanos no interesa ni destacar, ni explicar. Se ha construido y presentado una Cuba de tópicos a fin de etiquetar su realidad en función de la razón cultural de Occidente. Razón que se ha caracterizado por ser intolerante, inquisidora, autoritaria y descalificadora de cualquier forma cultural que no responda a su proyecto de dominación política y cultura.

Los años sesenta

La década comenzó para Cuba con la necesidad, dado el bloqueo y la agresión externa, de definir internamente la dirección de su proceso, así como de sus proyectos y transformaciones. Todo ello en un contexto internacional complejo y articulado en bloques. A pesar de que Cuba estuviese integrada en el interior de los países no alineados, resultaba más fácil para Occidente considerar la Isla como un satélite de la URSS y presentar la revolución como la "locura" de unos barbudos que comprender las características del proceso que estaba en marcha. Pensada Cuba como causa de cualquier protesta, lucha política o social reivindicativa en América

Latina, fuese en Chile, Uruguay, Perú, Bolivia, Venezuela o Colombia, para Europa Occidental no cabía la posibilidad de que las luchas políticas en la región fuesen el resultado directo de las formas de dominación existentes en cada país. Resultaba infinitamente más fácil decir que el enemigo era la URSS y su aliado Cuba los que desestabilizaban la democracia e impedían el normal funcionamiento de los sistemas políticos. Era innecesario pensar que los acontecimientos que se sucedían en América Latina tenían raíces endógenas propias a cada realidad nacional.

La guerra de Vietnam, el proceso de descolonización y el auge de los movimientos guerrilleros en América Latina fueron los puntos catalizadores que en Europa Occidental favorecieron el surgimiento de una dualidad entre partidarios de las luchas de liberación nacional, representados por intelectuales, movimientos sociales y políticos y la acción represiva de los gobiernos. Acción motivada por el temor de que dichas manifestaciones se transformaran en hechos de desestabilización interna de sus propios sistemas políticos. La represión en Francia, Alemania, Italia y el aumento de la misma en Grecia, Portugal y España son una demostración de lo apuntado. La visión romántica y utópica de los procesos revolucionarios en América Latina dibujada por parte de la intelectualidad de "izquierda" europea quedó reflejada en las también interpretaciones más radicales sobre la región (*Revolución en la Revolución*, de Régis Debray).

A las camisas con los retratos del Che, a los deseos de irse a Cuba, Bolivia, Perú o Colombia, por ejemplo, para combatir en las guerrillas, le siguió un sentimiento de frustración por la inviabilidad revolucionaria de corto plazo. Visión romántica y paternalista que nuevamente implicaba ver Cuba y América Latina como una respuesta a sus propias limitaciones de acción política en sus respectivos países. Así, Cuba, a fines de los sesenta y principios de los setenta, pasó a ser, ya no sólo para los gobiernos de Europa Occidental, sino para los intelectuales, expresión de un fracaso político que, con el tiempo, terminaría por caer. Nuevamente, se buscó una justificación externa para descalificar el sentido de lucha nacional, democrática, antiimperialista y de no alineamiento presente en la revolución cubana para redefinirla como la consolidación de una dictadura totalitaria y represiva que no entraba en la reafirmación de los valores culturales de Occidente. (Recuérdese el documento de los intelectuales contra la Revolución Cubana encabezado por Jean Paul Sartre.)

Los argumentos se consolidan

Los años setenta marcaron el fin de una efímera ilusión entre intelectuales, políticos de izquierda y movimientos sociales hacia Cuba. Asimismo, la crisis de comienzos de la década en los países occidentales llamó la atención hacia su propia realidad interna, despreocupándose de Cuba. Despreocupación que venía determinada porque lo que se podía decir ya estaba dicho y lo que se debía hacer ya se estaba haciendo. Es decir, mantener el bloqueo como la opción de las democracias occidentales para producir un cambio de situación política en la Isla. Por ello, Cuba se volvió a transformar en argumento tópico para profundizar en un discurso que señalaba su cada vez mayor grado de subordinación hacia la URSS, así como servía, al mismo tiempo, para demostrar la inviabilidad del socialismo en América Latina. El termómetro de la democracia que se aplicaba a Cuba daba bajas difíciles de explicar para quienes se retractaban públicamente de su anterior apoyo.

La crisis de los gobiernos democráticos en América Latina y los consiguientes golpes de Estado, fundamentalmente en los países del Cono Sur y el mantenimiento de los ya tradicionales en Centroamérica, permitieron unir la realidad de Cuba a la nueva situación dictatorial que se generalizaba en la región. El discurso formulado desde Europa Occidental decidió que Cuba no tenía diferencias cualitativas con los regímenes totalitarios y dictatoriales salidos de los golpes militares en el Cono Sur. Cuba dejó de ser simplemente representación de país comunista para meterla en el

saco de las dictaduras militares existentes en el continente. Interpretación que coincidía con la propuesta norteamericana desarrollada por el presidente demócrata James Carter de potenciar la política de derechos humanos. Estos eran argumentados como libertad de asociación, reunión y expresión y se instrumentalizaron para establecer una relación unívoca entre todos los países que no respetaban dichos derechos. A partir de este momento Cuba era de hecho tanto para los gobernantes occidentales, como para los partidos políticos eurocomunistas, socialdemócratas y radicales una dictadura difícil de apoyar. Los argumentos sobre la situación dictatorial que vivía Cuba eran asimilados a cualquier régimen militar sin entrar al análisis de su realidad interna.

La razón cultural de Occidente ya había juzgado y sentenciado, pero ahora con una nueva dimensión: la unidad estratégica entre partidos políticos de izquierda, socialdemócratas y eurocomunistas y los gobiernos, sea cual fuere su signo. Una izquierda europea más preocupada por desligarse de sus ataduras con la URSS y por ello con cualquier país que se suponía estaba subordinado y satelizado. Apoyar a Cuba era más bien un lastre para quienes tenían que recuperar su imagen de "demócratas" para acceder al poder político y ser gobierno. Así, esta nueva oposición hacia Cuba formará parte de su propia estrategia interna y de una especie de psicoanálisis para limpiarse de lo que consideraban, ahora, un pecado de juventud. El proceso crítico hacia Cuba siguió un camino fácil y de profundización en los mismos argumentos. Pinochet era igual a Fidel Castro y éste a Videla, Somoza, Banzer, etc. Ya no existirían diferencias. Bastaba con señalar que en Cuba no había elecciones según la lógica occidental, para descalificar su sistema político. Siguió sin interesarles las condiciones de vida, salud, educación, libertad social y democracia participativa que establecía una diferencia sustancial con los países de América Latina y de cualquier tipo de dictadura.

El triunfo de la Revolución Sandinista cayó como agua de mayo para los retractores de Cuba y los gobiernos y democracias occidentales. Nicaragua pasó a constituirse en demostración de un nuevo tipo de proceso político en el continente que a diferencia de Cuba era efectivamente nacional, democrática, popular, anti-imperialista y de no alineamiento. Se procuró hacer hincapié en el mantenimiento de los partidos políticos, en la participación de grupos sociales no somocistas, ni sandinistas para crear la diferencia con Cuba. Las democracias occidentales apoyaron, al igual que sucedería al principio de los sesenta con Cuba, de forma romántica y en función de sus valores al Frente Sandinista, recalcando su separación con Cuba. Sin embargo, nuevamente esta visión romántica dio lugar a una crítica exacerbada por parte de los gobiernos europeos, en cuanto la situación mundial cambiaba de signo. El surgimiento de un neoconservadurismo y de un liberalismo a ultranza unido a la consolidación de una derecha pujante en Estados Unidos con el triunfo de Ronald Reagan, volvieron a dictaminar que Nicaragua se había convertido en el nuevo portavoz de Cuba. Ahora más peligroso porque afectaba a toda Centroamérica y el Caribe.

Cuba y Nicaragua, un mismo objetivo

La década de los ochenta se inició con esta visión. Cuba seguía siendo un satélite de la URSS, pero ahora había logrado apoderarse de Nicaragua y podía extenderse su influencia hacia El Salvador y Guatemala, desestabilizando la democracia en El Caribe. La política agresiva de los Estados Unidos hacia Cuba y Nicaragua fue seguida por las democracias europeas, salvo excepciones coyunturales, como Francia (reconocimiento francomexicano del F.M.L.N.) y la tradicional política de Suecia. El resto de países incluida la "nueva" España democrática y con gobierno socialdemócrata, optaron por apoyar a los Estados Unidos en su acción desestabilizadora. Fue el inicio de una "segunda guerra fría" agresiva contra los países del Tercer Mundo y cuyo obje-

tivo final era evitar cualquier proceso de cambio social y político no coincidente con los intereses de los países occidentales.

El proceso cubano nuevamente puesto en el punto de mira como exportador de revolución. Todos acusaron a Nicaragua de haber caído en las sedes del “comunismo internacional” y de haberse plegado a los designios de la política cubana hacia América Latina. Los informes de Santa Fe I y II, el Informe Kissenger, Sanford y los documentos de la Trilateral como también de la Internacional Socialista dan cuenta de la simetría en la argumentación. Cuba era nuevamente culpable como en los años sesenta de desestabilizar el Continente. Todo volvía a coincidir. Europa Occidental se plegaba a la política de los Estados Unidos hacia Nicaragua, justificando, además, su intensificación del bloqueo hacia Cuba. Los antes defensores de Nicaragua pasaron a criticarla, no por sus aciertos o errores, sino por haberse convertido en un satélite de Cuba y, por ende, de la URSS.

Con el proceso de la Perestroika y los cambios de la hoy ya ex-URSS, se fueron delineando aún más las propuestas de Europa Occidental hacia el futuro de Cuba. Esta debería seguir los pasos de su metrópoli e incorporarse a los vientos de “aire nuevo” que se empezaban a vivir en los países del Este. Aires que demostraban definitivamente el fracaso total del llamado socialismo real. Cuba era un anacronismo histórico, ya no sólo una dictadura, sino la expresión de un modelo que había fracasado mundialmente. Nuevamente se dejaba al margen de la petición “democrática” el sentimiento y la valoración que les merece a los cubanos su sistema político. Tampoco se consideraba que las cifras macro y microeconómicas habían sido hasta 1988 y a pesar del bloqueo de treinta años, no sólo positivas, sino que ningún país de la región había logrado tales resultados; considerando que además existía una crisis desde 1982. Es decir, sus mismos argumentos de fracaso no tenían coincidencia con ninguno de los factores económico-sociales que determinaban el proceso entero cubano. La crítica tenía y tiene, pues, otra vertiente: situar el “problema” cubano como propio de la concepción que desde Europa Occidental se define como “democrática” y que debe ser aceptable por Cuba, América Latina y los países del Tercer Mundo en general.

Cuba en el actual discurso de Europa Occidental

Hasta la derrota de los partidos comunistas de los países del Este y la desarticulación de la URSS, Cuba fue instrumentalizada por las democracias occidentales para aumentar y dar cuenta de las “atrocidades” que en nombre del comunismo había propiciado el desarrollo de un sistema dictatorial como el cubano, además en un espacio geográfico fuera de su natural entorno. El sistema político prevaleciente en Cuba así como su continuidad y desarrollo se interpretó como función mecánica de la ayuda de la URSS y sus aliados. Así, se decía, en cuanto desaparecieran las condiciones externas que facilitaban la continuidad del orden político, el sistema se desmoronaría y el pueblo se levantaría para acabar con una revolución que ya no lo era y un régimen deslegitimado por el desgaste y transcurso del tiempo. Igualmente, el bloque económico-político y el descrédito exterior aumentaría el grado de aislamiento internacional que coadyuvaría a su fin.

En dicha formulación no cabía esperar que Cuba durase más allá de lo que lo habían hecho los países satelizados del Este, expresión de la debacle y de la crisis de poder de los partidos comunistas que sólo se mantenían en pie por la presencia militar y la coacción de la URSS. De forma que la salida de Cuba no tenía por qué ser diferente ya que respondía a los mismos parámetros de interpretación política.

Nuevamente, se había menospreciado y desvirtuado la historia de Cuba a la conveniencia de los intereses de las democracias occidentales con el fin de apoyar su interpretación y desconocer el contenido endógeno del proceso político-social cubano. Sin buscar entender las pautas internas de la realidad cubana y descono-

ciendo las peculiaridades de una revolución que nada tenía que ver con las experiencias de los países del Este y la propia URSS, la realidad cubana no ha respondido a los designios de Occidente. Demostración fáctica de cómo estos argumentos, que se constituyen en función de un baremo que se sitúa en el interior de la racionalidad de Occidente, sólo buscan presentar el proceso cubano como expresión de una "barbarie tercermundista".

El acoso internacional a que está sometida Cuba por parte de las democracias occidentales, tiene hoy una nueva vertiente. Por primera vez, hablar de Cuba se ha vuelto una necesidad para los países occidentales. Todos al unísono y con el mismo contenido están desarrollando un discurso que se articula con la finalidad de lograr desestabilizar un orden que parece más sólido y que cuenta con un alto grado de legitimidad interior. De lo contrario, ¿cómo explicar su continuidad, aun en las condiciones tan especiales como las actuales?

Esta necesidad de hablar de Cuba tiene como lógica imponer, tras el nuevo orden mundial que ha consolidado a los Estados Unidos como el país hegemónico y líder en el terreno geopolítico y militar, una direccionalidad que someta a Cuba a la orientación histórica que le imponga la dictadura electoral como muestra de su democratización. En esta línea coinciden, por primera vez, todos los gobiernos, partidos políticos y organizaciones sociales que de una u otra forma comparten los beneficios del poder político en sus respectivos países. Son diferencias de matices lo que distingue las argumentaciones propuestas a la hora de interpretar los plazos, negociaciones y los actores que deben intervenir, pero todas ellas coinciden en el diagnóstico y la solución. Por ello, no se trata ahora sólo de hablar de Cuba, sino unificar el contenido y el sentido del discurso sobre ella. Se trata de hacer coincidentes las críticas, buscando homogenizar no sólo el discurso, sino generar un "sentido común" en la opinión pública a la hora de que ésta opine e interprete linealmente los acontecimientos en Cuba, de manera que sea coincidente con el diagnóstico de crisis y su solución propuesta previamente. Sentido común que en el lenguaje diario se transforma en una serie de adjetivaciones tópicas como acuerdo de principios para poder situar el problema. Cuba es una dictadura en crisis que asesina, mata y somete contra su voluntad a su pueblo que, ya cansado, espera con ansias la hora en que los países occidentales y los Estados Unidos terminen por someter y aniquilar a tan cruento orden social. De esta manera un discurso que busque romper esta dinámica y construido de manera alternativa y con una lógica diferente queda descalificado por principio y sus interlocutores pasan a ser considerados, también, dentro de sus sociedades, como expresión política de un pasado ya superado a nivel mundial y al cual se debe combatir a fin de superar, cuando no de marginar. Así, se presiona y se considera que quien plantea el fin del bloqueo internacional y somete a crítica la actitud de sus gobiernos son al mismo tiempo unos retractores y enemigos de las propias libertades de Occidente. Se trata de provocar un rechazo inmediato, construyendo una opinión pública que coincida, por principio, con la argumentación planteada desde el poder. Toda información, referencia o solidaridad con Cuba debe ser reinterpretada como tendente a desarrollar una política que acabe con la dictadura sangrienta de Fidel Castro.

Sin excepción las opciones que se presentan para Cuba, desde la razón cultural de Occidente, sean éstas socialdemócratas, democratacristianas, conservadoras, liberales o del nuevo llamado socialismo democrático de mercado, encubren un discurso plano, altamente ideologizado, pero eficiente a la hora de generar y formar opinión pública. Recubierto de un supuesto manto de acumulación de datos "objetivos" sobre la realidad cubana, construye una imagen que se caracteriza por una situación de caos e inestabilidad que culmina con la siguiente afirmación: Cuba está sumida en una crisis global que obliga, a fin de ser realistas, a considerar como concluida su desastrosa experiencia. Crisis que se vería articulada en dos vertientes: la interna y la derivada de la nueva situación internacional comprometida con la democracia.

La crisis interna será presentada y construida a partir de las dificultades que en la actualidad encuentra el orden político cubano para mantener los ritmos de crecimiento y desarrollo económico, hasta ahora mantenidos artificialmente por el apoyo de la URSS y sus ex-aliados. Cifras y resultados socio-económicos que en el fondo, dictaminarán, otorgaban cierta estabilidad y permitían presentar como éxitos en el exterior, a fin de anular las críticas políticas. Pero acabada la situación de privilegio, el consenso interno y la relativa paz social imperante se vería rota, por el aumento de la protesta y las dificultades por mantener los niveles anteriores a la crisis de los países del Este. No ha sido, por tanto, casual, sino causal, el que los Estados Unidos condicionaran su ayuda a la nueva C.E.I (ex-URSS) a una ruptura de su ayuda a Cuba. Presión que también sería avalada y ejercida por los países de Europa Occidental comprometidos con la política de los Estados Unidos e interesados en desestabilizar el orden político en Cuba.

Un segundo argumento de orden interno, es la forma que adopta la crisis política. Esta devendría de la pérdida de consenso alimentada por un deterioro de las condiciones sociales de vida cada vez más extremas por la dificultad de obtener los recursos económicos con que suplir y paliar el déficit producido por la insuficiencia de bienes de consumo provenientes antes de la URSS. Así, el bloqueo económico y la presión darán a corto plazo los frutos queridos. Interpretado el orden político como personal desaparece de la escena el pueblo cubano, reduciendo el problema político a una salida de Fidel Castro y a una identificación tópica de ser Cuba, hoy, "la Cuba de Castro". Cualquier alusión al pueblo cubano debe de quedar subsumida a un grado de indeterminación que lo anule como sujeto activo y fuerza partícipe en el proceso político. El sistema social debe quedar reducido y ser identificado como la testarudez, intransigencia y anquilosamiento del último dictador de América Latina. Dictador que no quiere escuchar las voces, no del pueblo cubano que no aparece como actor, sino de los países occidentales para que deje el poder y negocie una salida que ponga fin a la crisis. Salida que se construye fuera, legitimando, curiosamente, una oposición que no está ubicada en el interior de Cuba, sino en el espacio exógeno construido artificialmente en Estados Unidos y los países de Europa Occidental. Adicionalmente, esta opinión es dotada de credibilidad en cuanto se identifica y compromete con los valores de la razón cultural y el proyecto político de Occidente, defendido por Europa y los Estados Unidos como el futuro deseable para Cuba.

A fin de respetar los presupuestos teóricos que determinan la crisis política, la crisis social deviene por la pérdida de consenso. Por ejemplo, cualquier situación de inconformidad personal o colectiva que tenga como objetivo abandonar Cuba debe ser reflejada, ante la opinión pública mundial, como la pérdida absoluto de legitimidad social y del dramatismo de la población por no padecer los resultados de una dictadura. Explicación a la cual se debe unir el aumento generalizado de la represión social y el descontento generalizado de la población hacia el "régimen castrista". Ocultan, también, que las dificultades para emigrar de Cuba no responden a la política interna del sistema político cubano, sino a las dificultades y trabas que imponen los países occidentales y los Estados Unidos a la hora de conceder los visados de entrada, a pesar de contar con el visto bueno de las autoridades cubanas. Hecho que pasa a desconocerse o simplemente es eliminado de la argumentación a fin de favorecer la condición de dictadura con que se presenta al sistema y ordenamiento constitucional cubano.

En el ámbito de presentación de la crisis económica, ésta se vincula a la demostración, como ya hemos señalado, de que tras la caída de los partidos comunistas y la pérdida de país privilegiado por la ex-URSS, hoy no puede dar muestras de progreso y desarrollo. Así, aparece la estructura económica cubana como inviable, ineficaz, dependiente y obsoleta una vez que la metrópoli la abandonó a su propia suerte. Para nada se señala el continuo bloqueo y boicot económico a los productos cubanos

en el mercado internacional que les impide encontrar una salida por la propia política de estrangulamiento impuesta por los Estados Unidos con la colaboración de los países de Europa Occidental. De tal forma, en vez de cuestionar la inmoralidad que implica el mantenimiento del bloqueo y boicot como explicación básica de la actual crisis económica en Cuba, se termina considerando este detalle como un beneficio para acabar con el orden constitucional en Cuba. A este respecto baste recordar la política que impide la venta libre del níquel cubano en el mercado internacional por ser considerado de doble uso (militar y civil) o la inviabilidad de conseguir los beneficios económicos que reportaría para la Isla el reconocimiento de las patentes de medicamentos y tecnología médica desarrollada por la medicina cubana. De tal forma que las dificultades económicas por las cuales efectivamente atraviesa Cuba son interpretadas como ineficiencia de su sistema productivo más que consecuencia del bloqueo. Argumento perverso que pone a la víctima como culpable mientras se justifica la política de los países de Occidente como congruente con la necesidad de acabar con la "dictadura" impuesta por Castro.

En definitiva, la unidad entre factores políticos, sociales y económicos deben dejar la sensación, a los ojos de la opinión pública internacional, de caos, de un país en ruinas, donde sólo la necesidad de un dictador mantiene a su pueblo en condiciones de extrema pobreza, hambre, miseria y muerte. Con ello, los tópicos y la simplicidad en los argumentos propuestos son los únicos viables para referirse objetivamente a la realidad actual de Cuba. Toda alusión debe de pasar por esta visión globalizadora presentada como única y portadora de verdad. La prensa escrita y los medios de comunicación de los países democráticos deben encargarse de profundizar en esta visión. Los titulares, reportajes, referencias y citas deben venir acompañados de los epítetos correspondientes. Sólo así se logrará el objetivo de hacerlo cotidiano y con visos de credibilidad indiscutible.

Por último, la presentación de la realidad externa a Cuba debe de responder a una dinámica que ubique sus sistema político-social y económico como representación de un paleolítico superado por la propia historia de los acontecimientos actuales. Se trata de anular la capacidad creadora de un país que no debe subvertir la dirección de los nuevos tiempos. Se estaría en una nueva era que no puede permitirse el lujo de mantener una referencia dictatorial y, por ello, el cambio mundial debe obligar a Cuba a someterse a los designios de esta nueva era de progreso. Era de progreso y de democracia que ya está presente en América Latina y a la cual Cuba debe de reinsertarse so pena de sufrir la condena internacional y obligarla a que cambie el ritmo de sus acontecimientos endógenos. Su supresión sería y es considerada como el éxito final del mundo libre frente a la última dictadura del continente latinoamericano.

Salvaguardas y gendarmes de la "democracia", todos los países de Europa Occidental tienen la obligación de comprometerse con su defensa y procurar que sea pronto la caída de este ignominioso sistema político que aún prevalece en la región, ya que ésta atenta contra los nuevos valores, por ellos defendidos, para América Latina y el Tercer Mundo. No cabe, pues, otra razón justificadora que la propia de Occidente para establecer el "baremo" de tolerancia de los sistemas sociales que, como el cubano, mantienen su derecho a la autodeterminación como verdadero pilar de la democracia. Hoy parece ser que ni la ética política, ni la moral, son dos factores que estén presentes en la cultura política de Occidente. La inquisición vuelve a ser el punto de partida de este nuevo orden mundial que sólo cuestiona a quienes desde sus países luchan por la justicia social y la dignidad de querer seguir eligiendo su propio destino.

Lo que no es eficiente no es socialista (Entrevista a Carlos Lage)**

Arleen Rodríguez Derivet

Después de los últimos acontecimientos de 1991, ¿en qué situación estamos?

En el plazo de dos años, el país vio disminuida su capacidad de compra en el exterior en un 50 por ciento al desaparecer el campo socialista y eliminarse totalmente los precios preferenciales del azúcar en ese mercado, principalmente en la URSS. Entre los importantes productores de azúcar, Cuba es el único que está obligado a vender toda su producción a precios del mercado mundial. A esa circunstancia súmale que la mayor parte de nuestra industria desarrollada en estos 30 años de Revolución es de origen socialista en particular de la URSS y que con esos países sosteníamos el 85 por ciento de nuestro comercio, lo que significa que el suministro de materias primas, las tecnologías, los repuestos y el mercado de nuestros productos tenían lugar en relación con países que hoy no existen, o que existen y ya no tenemos ningún intercambio o éste se ha disminuido o deteriorado.

Es decir, se produce un fenómeno en que el país pierde su capacidad de compra en esa magnitud y adicionalmente se ve precisado a encontrar mercados de suministros, mercados para sus productos y a mantener su tecnología, en unos casos adaptándola, en otros produciendo por sí mismo las piezas, e incluso haciendo prácticamente inversiones nuevas.

Y no puedes suponer que en esas condiciones el país logre producir igual que antes. El nivel de producción está afectado por circunstancias que han cambiado bruscamente y se hace imprescindible reorientar, adaptar, transformar, la economía, todo lo cual se puede lograr pero no de la noche a la mañana, se requiere un tiempo.

Eramos un país integrado al CAME, con una lógica de desarrollo en ese contexto, y esa comunidad de estados ya no existe y es necesario ahora introducirse en el mercado mundial y buscar otras fuentes de capital. Eso impone una reorientación de las líneas estratégicas de desarrollo del país. Algo que, de alguna manera, ya se venía haciendo desde que comienza la rectificación y en mayor medida desde que empiezan a avizorarse las dificultades en la URSS y el resto de los países exsocialistas.

La circunstancia particular de este momento para nuestro comercio es que debe hacerse directamente con cada república de la antigua URSS. Es algo para lo que nos veníamos preparando desde principios de 1991, cuando iniciamos los primeros contactos de forma directa; incluso desde mediados del 91 se fueron presentando a las repúblicas, a sus organismos, protocolos de comercio para 1992. Y ese proceso ha

** Carlos Lage, pediatra de profesión y político de oficio, ha venido ejerciendo diversas tareas de responsabilidad en el gobierno cubano, bien al frente de la Secretaría del Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros, bien estando permanentemente al lado de Fidel Castro.

sido muy lento por las propias dificultades de ellos para llegar a acuerdos para un año entero o incluso para períodos más cortos.

Hay que decir que en todos los casos se trata de condiciones de mercado mundial. Con ninguno de los países que hoy integran la Comunidad de Estados Independientes se ha podido obtener un precio preferencial para nuestro azúcar. Con ninguno hay tampoco acuerdos de comercio para el año entero. Se ha avanzado sólo en acuerdos generales con algunas repúblicas y en muy pocos contratos efectivos.

¿Por qué entonces no cambiamos de mercado?

Tenemos una relación histórica de 30 años con ese mercado y ese pueblo, que no queremos interrumpir y además la amplitud y el conocimiento que de él tienen nuestras instituciones no sería posible de sustituir en un breve plazo.

¿Y el transporte?

Antes, hasta 1990 prácticamente lo asumía la URSS, con una reducida participación de nuestra flota. En las nuevas condiciones, el flete marítimo se incorpora a las condiciones del comercio o lo hacemos con nuestros buques, que no son suficientes, o pagamos en divisas el flete. Sólo por estos conceptos el país gastó en 1991 algo más de 150 millones de dólares, y los gastos en 1992 serán todavía mayores, pues la participación de la flota soviética, que fue reducida el año anterior, será nula en el presente.

En el caso particular de Rusia ¿qué características tiene el comercio?

Ellos han planteado que están dispuestos a mantener el comercio con Cuba a precios del mercado mundial. Sin embargo, esta es la fecha que no se ha podido contratar el total de azúcar ni el total de petróleo del año. En lo fundamental porque ellos dicen no tener certeza de cuánto van a producir, cuánto van a destinar a la exportación y qué otros compromisos tienen. Y lo cierto es que la extracción de petróleo allí continúa decreciendo.

Y nosotros tampoco hemos podido establecer la magnitud de nuestra zafra...

Bien, todo eso incide en la zafra, pero nosotros estamos en condiciones de comprometer determinadas cantidades de azúcar, si podemos disponer de petróleo, porque para nosotros constituiría una prioridad, con cualquier cantidad que produzcamos, el azúcar que cambiaríamos por alimentos o por petróleo.

Pero la zafra ha comenzado con retraso y con muchas dificultades materiales. No será posible ya no sólo llegar, sino siquiera acercarnos a los siete y medio millones de toneladas que hubiera sido factible y deseable alcanzar.

Si pensamos en la relación que ha explicado Fidel, de que hoy según los precios del petróleo y del azúcar en el mercado mundial, con una tonelada de azúcar apenas puede comprarse 1,4 de petróleo, ¿Cuál es el máximo de petróleo a que podremos aspirar en 1992?

Calculando los precios actuales (sin contar con posibles afectaciones adicionales en el mercado del azúcar) el país no podría aspirar a consumir más de seis millones de toneladas de petróleo de ninguna manera. A ese nivel tendrá que adaptarse una economía que consumió 13 millones en 1989, diez millones en el 90 y 8,6 en el 91. Es decir, debemos pasar el año 92 con seis, cinco o cuatro millones de toneladas de petróleo, en dependencia de los precios del mercado mundial y de otros factores. Sobre este tema no es conveniente publicar estrategias pero nuestro pueblo debe saber y tener la seguridad de que los compañeros encargados de estas tareas trabajan hoy con toda la inteligencia, consagración y responsabilidad que se pueda suponer.

¿Qué significa ese nivel? ¿Se cerrarían más industrias?

Es posible que haya que cerrar más, pero el país puede vivir con seis millones y con menos. Se necesita el cumplimiento estricto de las medidas de ahorro tomadas, y las que sean necesarias, que la población se adapte al nivel de consumo de electricidad que se planteó, y un esfuerzo organizativo muy grande que se tendrá que hacer

en la economía y se viene haciendo desde hace años pero hay que continuarlo porque es lo más complejo: respaldar las prioridades que le permitirán al país garantizar la alimentación y la salud y no interrumpir su desarrollo, con esa mínima cantidad de combustible y de recursos materiales.

Hay que asegurar la vitalidad de nuestra economía en cualquier circunstancia.

Digamos, se puede no tener combustible en la red de distribución de gasolina en un momento determinado, pero es necesario que no le falte al turista, que los hoteles funcionen, puede no garantizarse para otras actividades y darle todo el que necesiten las inversiones de la industria farmacéutica o la producción de nuestros tradicionales renglones exportables.

Es decir, que las prioridades en el empleo de ese mínimo de combustible son en primer lugar producir y hacer llegar los alimentos a la población (nuestra primera y más absoluta prioridad) y garantizar los programas de desarrollo que son los que le van a dar al país capacidad de compra, que bien utilizada es capacidad de desarrollo.

Pero en el caso del programa alimentario, estamos produciendo para consumir, no es el caso del turismo, la zafra, la biotecnología que se traducen en exportaciones...

Aunque sea sólo para consumo interno, el programa alimentario es la prioridad fundamental, porque el objetivo básico del Partido y el Gobierno en el Período Especial es garantizar la alimentación del pueblo y en niveles semejantes a los actuales; aunque tengamos que hacer cambios de un tipo de alimentos por otro, por ejemplo la soya texturizada que ya se emplea en la hamburguesa y se extenderá incluso a productos cárnicos normados o el cereal lacteado en lugar de leche, permiten menos gastos en divisas e igual nivel de proteínas en esos alimentos. El pan elaborado con salvado de trigo aprovecha al ciento por ciento el grano y es más saludable y se extenderá su oferta a la población, lo que permitiría disponer de más pan con los mismos recursos.

Aun así, el programa alimentario no exige a la agricultura de un plan de ahorro. Allí también ha sido necesario un nivel de consumo de combustible restringido y un mínimo de fertilizantes y productos químicos. Por algo se están usando bueyes, que ya hoy son más de 102.000 trabajando o en preparación, y deberán ser no menos de 200.000, se producen de manera creciente fertilizantes y pesticidas por métodos biológicos, se introducen fuentes de alimentación animal a partir de la caña y se busca una solución ante cada problema.

¿Es cierto que por Ciego de Avila apareció un yacimiento de petróleo de buena calidad?

En la prospección petrolera estamos haciendo esfuerzos hace varios años. Gracias a eso, ésta tiene una capacidad de extracción anual de 800.000 toneladas de crudo. Es un combustible pesado, con alto contenido de azufre y con limitaciones para su utilización, pero que ya mantiene algunas de nuestras industrias, como la termoeléctrica de Mariel y las fábricas de cemento de peso en seco.

Efectivamente, en Ciego de Avila se ha encontrado petróleo ligero, de buena calidad, pero las capacidades demostradas de posible extracción no sobrepasan las 60 a 70.000 toneladas anuales que, claro, no es una cifra despreciable pero no satisface ni remotamente las necesidades.

Hay también un trabajo de prospección que se ejecuta en cooperación con un importante socio extranjero en el norte de Matanzas. Es extracción en el mar, que se hace por primera vez a esta escala. Según sus estudios y los nuestros existen las condiciones geológicas favorables por las que se ha encontrado petróleo en otras regiones del planeta. Pero hasta hoy no puede afirmarse que lo encontraremos. Se trata de una exploración de riesgo en la que las firmas exploran, asumen gastos y si finalmente encuentran petróleo, le pagamos los gastos en que incurrieron y compartimos los resultados, en dependencia del volumen y la calidad del petróleo producido siendo por lo menos del 52 por ciento para Cuba.

Están en marcha otros negocios para explotar otras zonas de favorables condiciones. Pero es un proceso lento. La explotación, hasta demostrar la efectividad de un yacimiento demora unos cuatro años, y luego en unos años más hay que perforar numerosos pozos de desarrollo y crear la infraestructura necesaria para la extracción del petróleo crudo. Y aunque es una perspectiva ciega, un sueño, lo real es que nuestros planes para finales del Período Especial no cuentan con ese petróleo.

Lage, ¿cómo se las arreglan ustedes para que en las condiciones actuales del país distribuyan lo poco que llega y que a todo el mundo le llegue algo?

Cualquier país que sufra el impacto económico que ha sufrido Cuba en tan corto tiempo, exige. Yo creo que lo que el país ha podido hacer en el Período Especial demuestra la solidez de un proyecto realmente socialista.

En los últimos seis meses, se ha explicado no obstante a la población, en detalle, el origen de nuestros problemas de hoy que no son nuestros enemigos sino los de otros. De manera que la pregunta que cabe es: ¿Cómo es que no estamos peor?

Y la respuesta es que únicamente un sistema socialista y un pueblo unido pueden enfrentar una situación tan adversa sin hambre, sin desanimarse, sin cerrar hospitales ni escuelas, sin crueles desigualdades.

La forma tradicional de enfrentar esta situación en el capitalismo es con el juego oferta-demanda que se regula con los precios y eso equivale a desempleo, disminución de gastos públicos, cierre de hospitales, escuelas, centros de trabajo, e inflación de precios de productos básicos y no básicos que se hacen inalcanzables para una parte mayoritaria de la población. En Rusia, por ejemplo, para comprar un litro de leche hay que pagar entre 11 rublos, aunque el precio oficial sea 1,70; el kilogramo de carne se vende oficialmente en rublos, mientras un jubilado gana unos 350 rublos o menos. En Cuba la suerte de todos los jubilados para poner un ejemplo es una responsabilidad de Estado, y ni uno solo será nunca abandonado por la suerte.

Es decir, que lejos de razonar que la culpa de todo la tiene el socialismo, el Período Especial demuestra que sólo el socialismo puede enfrentar de una manera verdaderamente humana las dificultades que en estas circunstancias crean los problemas a que se ven enfrentados los países desarrollados en este mundo de hoy.

Nosotros tratamos de lograr una distribución equitativa de lo que tenemos. Ello exige un esbozo de centralización. Pero también se lucha por la racionalización, la organización, el ahorro y la apelación constante al patriotismo y a la conciencia revolucionaria de cada trabajador como el único "mecanismo" capaz de promover la iniciativa y el interés de todos por levantar al país en las excepcionales condiciones en que vivimos.

Tú me preguntas qué hemos hecho. En primer lugar, ante la necesidad de cada medida, ante la dificultad, pensar en la gente, es parte esencial del magisterio de Fidel. No buscarle soluciones tecnicistas a los problemas. Es preferible pasar el Período Especial compartiendo las carencias entre todos y prescindiendo de cosas no esenciales y preservar las conquistas básicas de la Revolución que sí determina la vida de todos.

Ante la necesidad económica de una medida, pensar siempre en términos políticos y ése es un trabajo que se hace de manera colectiva. El año pasado, por ejemplo, hubo 33 reuniones del Comité Ejecutivo todas presididas por Fidel y allí lo que se discute son los problemas del desarrollo del país, con el máximo de detalle y de exigencia, se analizan las posibles soluciones a las necesidades de la vida cotidiana de la población, se convocan a dirigentes de base, y se trabaja con una filosofía: cualquier dificultad puede ser vencida.

Pero con esa política también se ha exacerbado el igualitarismo...

El igualitarismo, tal vez un poco inconveniente; que ya teníamos, ahora es excesivo en muchos casos. Nos hemos visto en la necesidad de llevar a la libreta todo lo que ha sido posible, pero es preferible eso a resolver el problema con desempleo y con precios, olvidándonos de la vida de millones de personas.

Ahora hemos modificado algunos precios por la necesidad de haber un ordenamiento, particularmente en algunas producciones agrícolas, como el plátano de microjet, el tomate empalado, y se continuará haciendo con otros productos. Pero no buscamos recoger un poco de dinero circulante, sino establecer un orden, una regulación necesaria de los precios en relación con los costos de producción. Y las medidas más importantes habrá que tomarlas más adelante, cuando se incrementen las producciones, saliendo del Período Especial y siempre garantizando que a la población de menos ingresos no le falte lo necesario.

Es todo lo contrario de las llamadas políticas de choque aplicadas en las “nuevas democracias” de Europa, y en muchos países de América Latina, que han causado no pocos conflictos al sacar de las posibilidades de consumo un número importante de personas. Esas políticas son causa de dolor y tristeza de muchos millones de hogares en este mundo.

Ahora, ¿qué sociedad puede resolver esta situación sin recurrir a una política de choque?

La nuestra, recurriendo a un sistema de distribución y a la comprensión y colaboración de todos.

La fórmula socialista para salir del Período Especial es una estrategia correcta de desarrollo, incrementar la producción, trabajar, vivir un tiempo en la mayor austeridad y hacer las adecuaciones que la economía del país requiera en las nuevas condiciones, sin abandonar nuestro régimen socialista.

¿De qué manera?

Un ejemplo lo constituyen las facilidades que hemos dado para la asimilación de capital extranjero.

Cuando se abre aquí una inversión con capital extranjero, y hoy estamos en proceso de discusión de centenares de ofertas, no estamos acudiendo fórmulas capitalistas. Estamos aplicando fórmulas socialistas para convivir en un mundo capitalista.

Cuando negociamos por ejemplo el hotel Sol Palmeras –para poner el ejemplo más conocido– no estamos entregando el país, no estamos cambiando el sistema de distribución de la riqueza, no estamos quitándole derecho a los trabajadores, estamos ajustando nuestra economía, en estos casos, a algo que necesita para desarrollarse que es ese capital extranjero, mercado de turistas y experiencias en la explotación hotelera.

Y ¿se puede hablar ya de resultados?

El proceso es incipiente. Ahora hay un buen número de empresarios capitalistas interesados en invertir en Cuba. Y lo hemos enfrentado organizativamente de la siguiente manera: en primer lugar que participen directamente las empresas en el proceso de elaboración de las propuestas de negociación. Que a nivel de organismos exista un grupo negociador que intervenga en la elaboración de la estrategia en cuanto a qué inversión podemos aceptar y en qué condiciones. Y se ha responsabilizado al Comité Estatal de Colaboración Económica en el control de todo ese proceso, con la revisión final de la negociación y con su presentación diferenciada al Gobierno para su aprobación. Un grupo de trabajo en formación adscripto al Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros seguirá, junto a otras tareas, la marcha de cada negociación aprobada.

Es decir, nosotros hemos creado nuestros mecanismos de atención a este proceso para que sea controlado y tenga además el impulso necesario y tenemos que ser capaces de dar una respuesta ágil a todas las propuestas, pero con la imprescindible revisión y profundización. Nuestra situación es muy difícil, pero ello no condicionará ninguna negociación, sólo se aceptará lo conveniente a los intereses del país y en correspondencia con nuestra política de principios.

En el país se han aprobado unas 50 asociaciones con capital extranjero en diferentes modalidades que incluye la empresa mixta como una de ellas, y más de cien

se encuentran en avanzado proceso de negociación, y todo se hace con un mínimo de publicidad –si por nosotros fuera ninguna– porque hay una fuerte, persistente, presión yanqui sobre el que quiere venir a invertir aquí. Tenemos pruebas de mucha gente que viene interesada en invertir y cuando llegan a sus países son llamados por la embajada norteamericana o por grupos contrarrevolucionarios y son objeto de groseras presiones y chantajes.

Y a pesar de esas presiones, hay negocios. Sobre todo por el prestigio de la Revolución, la tranquilidad social y otras ventajas que muchos inversionistas nos reconocen: no hay que pagarle comisión a nadie para hacer un negocio, algo que es práctica habitual en otras partes, tampoco hay peligro de estafa ni robo de capitales o conflictos laborales, también frecuentes en muchos otros lugares.

Por otra parte hemos dado facilidades, como por ejemplo que las asociaciones pueden estar exentas total o parcialmente del pago de impuestos sobre utilidades y de aranceles para los productos que importan en forma directa, a través de los mecanismos bancarios y financieros que se acuerden. Las utilidades del socio extranjero pueden remesarse libremente, así como la parte del salario que los trabajadores no cubanos así lo consideren. No hay impuestos sobre la renta en determinadas condiciones, por un período de tiempo. La parte cubana y el socio extranjero establecen sus propios sistemas de contabilidad y de control de la gestión, en el ánimo de maximizar los ingresos de la asociación y minimizar los costos. También, en determinados casos, los clientes cubanos constituyen un mercado potencial, en el cual las asociaciones deben ofrecer sus productos en condiciones de competitividad.

Todo esto es un ejemplo de la capacidad de adaptación de Cuba, porque se habla mucho en el exterior de que Cuba no cambia, bueno Cuba no cambia la propiedad estatal por la privada, no cambia socialismo por capitalismo, no cambia economía planificada por economía de mercado, no cambia justicia por injusticia, pero Cuba no tenía antes como prioridad de desarrollo el turismo que es una de las más importantes aperturas que puede hacer cualquier país hacia el extranjero. Se aceptan hoy inversiones de capital extranjero con un 50 por ciento, y hasta con mayor proporción si fuera conveniente entre las modalidades de asociación económica, se trabaja en asociaciones con capital extranjero fuera del país, y pudiera haber más apertura, pero con socialismo, nunca sin socialismo.

Y las ventajas, ¿son sólo financieras, de capital?

Son también de tecnología y de mercado.

La primera ventaja de estas inversiones es que mantiene a los trabajadores produciendo; luego generalmente se adquiere un mercado y determinado ingreso en divisas o en productos. Y es además una forma de asimilación tecnológica, y de experiencia en la organización de la producción.

La Industria Lígera es la que más industrias paradas tiene hoy en el país. ¿Qué posibilidades de inversión hay en ella?

Se han hecho algunas operaciones pequeñas con Suchel y una firma extranjera para producir cosméticos con destino a la exportación y el turismo, y este año debe comenzar la producción en la textilera Desembarco del Granma, de Santa Clara, en asociación con una firma capitalista, donde tú produces digamos diez millones de metros cuadrados de tejido, cinco los dedicas a la exportación y con el valor de esa producción, pagas el dinero que se le anticipó y la asistencia técnica y quedan cuatro o cinco millones que puedes destinar al consumo del país, pensando en hospitales, canastilla y otras necesidades de la mayor prioridad. Hay más ejemplos ya listos o en proceso pero ya te hablé de la necesaria discreción.

Hubo también una campaña muy fuerte en el exterior en relación con un trabajo de JR donde se decía que la discoteca del Comodoro, que fue inicialmente un negocio mixto, había pasado enteramente a Cuba y para el disfrute de los jóvenes cubanos. En síntesis se ponía como ejemplo del posible destino de las empresas mixtas en Cuba.

Las garantías para la inversión extranjera en Cuba son totales. Nuestro gobierno es serio y los que nos conocen lo saben, y saben que para esta Revolución el honor vale más que todo el dinero del mundo. En cuanto a la discoteca del Comodoro, hay que decir que no era una empresa mixta, era un negocio compartido entre Cubanacán y una firma española que de común acuerdo decidieron no continuar. El inversionista fue resarcido de su aporte inicial y su ganancia. Y no se continuó el negocio, a solicitud de la parte cubana, para darle un uso más adecuado a esa instalación con mayor participación de jóvenes cubanos y sobre todo de nuestra verdadera juventud.

Hay que decir que ese fue un negocio que nunca debimos haber organizado como se organizó. Nosotros podemos discutir cualquier tipo de inversión en Cuba, pero debemos aprobar –por más conveniente que sea económicamente– sólo aquéllas en las que no se produzcan deformaciones y en que se respeten no sólo nuestros principios y nuestra estrategia de desarrollo, sino también nuestra costumbre y nuestra manera de ver y apreciar las cosas.

Lage, en el caso de la biotecnología y la farmacia, se conoce que son ramas de muchas perspectivas y de beneficios en todos los sentidos, pero al propio tiempo se sabe que están monopolizadas por países muy poderosos y algunos creen que será difícil en extremo penetrar esos mercados...

No conozco hoy ningún mercado que no esté ocupado de alguna manera por los principales productores o por transnacionales. La introducción de cualquier nuevo producto en el mercado es un proceso que requiere tiempo y esfuerzo. Y cuando se decidió priorizar esas industrias no se desconocían estas barreras. Pero las dificultades del mercado no pueden ser obstáculo para emprender una línea de desarrollo, porque entre otras muchas, ésta es una barrera que hoy encuentran para desarrollarse todos los países subdesarrollados.

¿En qué se basa nuestra confianza? En que la inversión principal es en el hombre, y esa la Revolución ya la hizo; en el poco gasto de recursos materiales que exige y en que son ramas con rápida recuperación de las inversiones, con poco consumo de combustible, no contaminantes. Entonces trabajamos en tres sentidos: en producciones exclusivas de Cuba, en producciones de alta tecnología que tienen sólo contados países en el mercado y en un grupo mayor de producciones de la industria farmacéutica y médica en las que tenemos competitividad por la calidad, aunque sean más comunes. Tenemos potencialmente mercado en China, las repúblicas de la antigua URSS y América Latina, eso sin pensar en mercados más complejos que podemos penetrar también si trabajamos bien.

El impulso que han tenido la educación, la salud y la ciencia en estos años de Revolución es lo que nos permite hoy, con objetividad y no sin audacia, abrirnos un espacio en este campo.

No se está siguiendo en este caso una política de asimilación de capital extranjero para la investigación y la producción, que la estamos desarrollando con nuestros propios recursos, y hoy se construyen obras por más de 200 millones de pesos en esta rama, pero en materia de comercialización sí se puede producir una asociación o una estable relación con firmas extranjeras, y en esa dirección se trabaja.

De todas formas, cuando tú sabes que el tabaco con todo el trabajo que exige, aporta anualmente unos cien millones de dólares y uno solo de los productos de esta rama dio al país más de 170 millones de dólares en dos años, te das cuenta de la rentabilidad que comporta, de la importancia que tiene, aparte de ciertos consumos de esos productos, muy importantes para nuestra población.

En el año 92 se inauguró con las nuevas medidas de ahorro del Período Especial que asignan a cada territorio una cuota de energía estricta. Dicen que en Ciudad de La Habana sólo se logró con el receso de los primeros días.

El plan de la capital de 6.2 MW, se ha estado cumpliendo bien pero ya hay que ir arrancando fábricas que estaban paradas. Tenemos que ir viendo que se arranca

fábrica por fábrica, que se va apagando y en determinado momento el apagón, que ya ha sido inevitable en la mayoría de las provincias, puede ser imprescindible también en la capital, pues no es posible asignar electricidad por encima de los niveles de combustible de que podamos disponer.

Hasta ahora las restricciones mayores las ha puesto el Estado, con ahorro y paralizaciones, más del 79 por ciento del ahorro de electricidad logrado es a su cuenta. Ahora, hay que decir que en el nivel en que ya estamos, se impone que hagamos las nuevas restricciones a cuenta de un menor consumo de electricidad fundamentalmente en la población. Porque a la larga, más restricción para el Estado va contra la economía del país y eso afecta a la población.

La respuesta ha sido positiva pero se requiere un esfuerzo todavía mayor.

Sin duda en esta etapa han aflorado muchas capacidades ocultas y comienzan a verse resultados. ¿Será una suerte este Período Especial?

Por supuesto que nadie se alegra del Período Especial, de sus restricciones, pero enfrentados a su realidad, yo sí creo que debemos saber sacarle provecho, por lo que ha contribuido a limitar el derroche, por el espíritu de ahorro que se ha fortalecido, porque se nos va creando una conciencia mayor sobre el control de los recursos, más racionalidad en todo, se han desarrollado estilos de dirección más directos, menos burocráticos y ha crecido un espíritu de ayuda, de cooperación entre fábricas y personas, se ha multiplicado la solidaridad entre nosotros. Las virtudes florecen en los tiempos difíciles.

El país tiene que saber sacarle sus ventajas a esta dura prueba. No podemos volver al derroche ni siquiera en la mejor de las condiciones: no podemos perder todo lo aplicado en materia de ahorro y racionalización. Y en cualquier circunstancia, ese chófer de un vehículo estatal que ahora está aprendiendo a darle sitio en su transporte a otros que van en su mismo rumbo, también deberá seguirlo haciendo.

Con el Período Especial vamos comprendiendo con más celeridad que lo que no es eficiente no es socialista. Y con esa práctica tenemos que salir del Período Especial, y lo haremos.

¿Está cerca esa posibilidad?

Nos iniciamos en el año más difícil de la Revolución. No se puede decir que hayamos enfrentado ya todas las repercusiones negativas de la situación que nos trajo hasta acá. Pero en el primer año 92 tenemos que ir encontrando las fuerzas y soluciones ante cada nuevo problema. Sobre la base de mantener los niveles de alimentación y salud del pueblo y de proseguir los programas priorizados que le permitirán al país salir de esta situación, tenemos que estar dispuestos a enfrentar mayores restricciones.

Contamos con una capacidad industrial de producción de más de ocho millones de toneladas métricas de azúcar, de 50 mil toneladas de níquel, exportamos más de cien millones de dólares en tabaco, más de cien millones de dólares en productos de la pesca, fundamentalmente langostas y camarones; el programa turístico ya da cientos de millones al año y se amplía; tenemos una industria metalúrgica en desarrollo; tenemos una capacidad industrial y una infraestructura creada por la Revolución que se irá restableciendo en la medida en que el país se vaya recuperando; podemos impulsar la ciencia y enlazarla con nuestros problemas cotidianos, introducir y generalizar los logros, hacer masiva la participación del pueblo en la solución de los problemas. Hemos abierto campos nuevos y prometedores como la biotecnología y la industria farmacéutica y asimilamos la inversión de capital extranjero de forma organizada y controlada. Tenemos una estructura correcta de desarrollo, contamos con el pueblo, con nuestro Partido y con Fidel. Ahí están las perspectivas. Creo firmemente en el futuro de Cuba y habrá, para felicidad de nuestros hijos, Patria, Revolución y Socialismo.

Cuba en el momento actual (reflexiones suscitadas por una reciente visita a Cuba)

Vasco Gonçalves*

El 1 de enero de este año, en pleno proceso de profundización del socialismo —que fue necesario llamar Proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas— la Revolución cubana cumplió 32 años.

Dicha profundización se produce en un momento en que la economía cubana atraviesa la más difícil situación financiera de todo el período revolucionario, con serias consecuencias sobre algunos aspectos importantes de la producción, del abastecimiento y del consumo. Es el tiempo del Período Especial en Tiempo de Paz. Según palabras de Fidel Castro, en diciembre de 1990: “Ser revolucionario hoy constituye el mayor acto de valentía, honra y heroísmo del que jamás se necesitó en la historia de la revolución”.

“Entramos en el Período Especial; no estamos en una situación grave, pero puede llegar y debemos estar preparados”.

El Proceso de Rectificación es una verdadera batalla por el socialismo. Es quizás el mayor desafío al que se ha enfrentado Cuba: perfeccionar el socialismo sin recurrir a los mecanismos y al estilo del capitalismo.

Los resultados alcanzados durante estos treinta años en las transformaciones políticas, económicas, sociales, culturales e ideológicas que se han producido en Cuba son importantes. Estos resultados, que no pueden ser minimizados u olvidados, constituyen la base a partir de la cual es posible reconocer los errores y deficiencias, y procurar su erradicación con posibilidades de éxito.

Como diría Che Guevara, se pretende forzar otra vez la realidad dentro de lo que objetivamente es posible.

Hoy en Cuba se plantean muchas preguntas cruciales para el futuro del hombre:

¿Renunciará la humanidad al objetivo del socialismo y del comunismo, ante las grandes limitaciones materiales y ante las realidades que parecen insalvables, de determinadas características negativas de los seres humanos?

¿Será el desarrollo una ilusión en la que creyó el Tercer Mundo en los tiempos de posguerra y de desarrollismo, y deba aquél conformarse hoy con las oportunidades que, de acuerdo a sus intereses, le va ofreciendo el capitalismo mundial, a ciertos tipos de producción, a ciertos países y a cierta clase dominante?

¿Será el individuo en realidad un animalito incorregible que sólo responde al palo

* El autor, ha sido presidente de la República portuguesa. Este artículo se publicó en la *Revista Vértice*, junio de 1991.

y a la zanahoria, y a quien, en última instancia, sólo mueve su interés más personal e individualista?

Cuba responde negativamente a estas preguntas. El proyecto cubano reafirma su plena adhesión al socialismo, al marxismo-leninismo y al internacionalismo, como cuestiones de principio de la revolución.

Para utilizar las palabras de Fernando Martínez Heredia, en su libro *Che el Socialismo y el Comunismo*, (Casa de las Américas, La Habana, 1989), "Esta toma de posición y este proyecto implica pruebas muy difíciles, pero también significa acercar el cumplimiento de los objetivos de bienestar y de predominio de los vínculos de solidaridad que se propuso la revolución para nuestro país. Significa cumplir el deber internacionalista de mantener y profundizar el poder socialista y sus conquistas, muy importantes como experiencia en métodos y objetivos de liberación que pueden y deben implantarse en una sociedad latinoamericana y del Tercer Mundo, y supone sin duda una contribución también para el conjunto del movimiento revolucionario mundial".

El Proceso de Rectificación tiene como una de sus características fundamentales combatir la idea de que la construcción del socialismo se puede llevar a cabo teniendo como base, sobre todo, los mecanismos económicos; combatir la idea de que éstos resuelven automáticamente los problemas promoviendo con su funcionamiento el desarrollo.

Ahora, si el capitalismo funciona en virtud de sus leyes ciegas, en mecanismos económicos basados en el interés material y de las relaciones monetarias-mercantiles que actúan de forma espontánea, no sucede lo mismo en la construcción del socialismo. El socialismo es una obra consciente del hombre.

Conocer las leyes que rigen su funcionamiento y los límites que la realidad existente impone a la construcción de la nueva sociedad, y actuar de forma consciente y organizada, ésta es la ley de la transición del Capitalismo al Socialismo para cada país.

Esta ley significa el predominio del factor subjetivo sobre el objetivo; lo contrario de lo que sucede en el sistema capitalista, en el que predomina el factor objetivo sobre el factor subjetivo.

En la transición del capitalismo al socialismo, que es regida por una dialéctica de ambos factores (como se verifica en cualquier sociedad), predomina el factor subjetivo.

No surge la nueva sociedad socialista del desarrollo espontáneo del proceso histórico; todo lo contrario, surge de la acción consciente del hombre organizado, del hombre y de su conciencia. En una palabra, es el factor subjetivo el elemento central de transformación de la sociedad y de la construcción del socialismo. Pero, como nos enseñó Marx, los hombres que transforman la sociedad son producto de las circunstancias y de la educación.

Ellos tienen que cambiar las circunstancias y la conciencia de los hombres. Pero para ser educadores —siendo ellos también producto de una educación anterior— tienen ellos mismos que ser educados; esto es, de educarse a sí mismos, y los unos a los otros.

Siendo así, la coincidencia de cambiar las circunstancias y la actividad humana sólo puede ser tomada y racionalmente entendida como "praxis revolucionaria" (Marx).

El hombre es, por tanto, el hombre en revolución; el hombre transformado por la acción; el ser humano que se transforma a sí mismo al mismo tiempo que a la sociedad; el hombre que por la lucha, por el trabajo organizado, por el espíritu de solidaridad y de sacrificio, dominando y superando el individualismo y el egoísmo, ejerce por el ejemplo una eficaz y decisiva acción educadora.

Este es el hombre nuevo, que hay que crear —simultáneamente con la base material— para construir el socialismo, y que debe estar en el centro del proceso de construcción de la nueva sociedad.

"La sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela", (Che Guevara: "El socialismo y el hombre en Cuba", *Obras 1957-1967*, Tomo II, página 372).

Opino que la experiencia de la caída del socialismo en los países del Este de Europa, y las dificultades de todo orden que caracterizan hoy la situación de la Unión Soviética, muestran bien cómo la existencia de este hombre nuevo, la formación de este hombre nuevo, es una exigencia crucial para la construcción, con éxito, de la nueva sociedad y, al mismo tiempo, muestran, cómo es tan difícil de realizar la transición del capitalismo al socialismo, precisamente por la importancia decisiva que tiene, en ese proceso, el factor subjetivo.

Es en este ámbito que debe ser situada la cuestión de los estímulos morales y materiales en la construcción de la nueva sociedad, que es hoy, en pleno proceso de rectificación, una cuestión central de Cuba.

Cito de nuevo a Fidel Castro:

"Los estímulos materiales son necesarios en determinada medida como reconocimiento de la sociedad a aquéllos que realizan el mayor esfuerzo, que aportan más".

"Pero el error está en creer que el hombre sólo se mueve por estímulos materiales y que las grandes obras de la Historia sólo se realizan con estímulos materiales; y con estímulos materiales, sólo y exclusivamente, se construye el capitalismo. No, no es a base de dinero. Es a base de conceptos, a base de ideas, de principios, a base de determinados valores morales que las personas aprecian, no digo más que el dinero, el vil dinero, sino aprecian mucho más que la propia vida".

"... renunciando a la consciencia no se construye el socialismo".

"... el capitalismo está inventado hace mucho tiempo y funciona en virtud de sus leyes ciegas, mientras que el socialismo es una obra del hombre cuando llegó a su madurez, a la mayoría de edad, cuando el hombre se consideró capaz de programar su vida, de programar su futuro. Es ese el esfuerzo que venimos haciendo".

En la construcción del socialismo, Cuba no siguió un camino igual al de la Europa del Este, siempre hubo ideas diferentes. Por ejemplo: en cómo interpretar el papel del individuo.

La forma dominante en la Europa del Este era la del crecimiento económico.

Cuba, desde el principio, procuró integrar lo económico, lo social y lo político.

La idea del desarrollo integral era anterior a la Revolución. Fue ya expuesta en "La Historia me absolverá" (que es el discurso de Fidel Castro, hecho en su propia defensa, en el Tribunal que juzgó a los asaltantes del cuartel Moncada).

Empleo, vivienda, enseñanza, salud, unieron los aspectos económicos y sociales en la concepción inicial del desarrollo.

La educación, la salud, la justicia social, son indispensables para el propio desarrollo económico.

La forma con la que la Revolución llegó al Poder tuvo una dinámica propia, culminando en un largo proceso de lucha por la independencia nacional, contra el colonialismo y el neocolonialismo, siendo la toma del poder alcanzada sin intervención o apoyo exterior.

La existencia de un partido único en Cuba, también fue el resultado de una dinámica propia.

Demos la palabra a Juan Escalona, presidente de la Asamblea Nacional Popular, que abordó ese tema en noviembre de 1990:

"Nosotros somos hijos del multipartidismo, lo tuvimos hasta 1959, pero las agresiones norteamericanas nos llevaron a unirnos en una sola organización desde los primeros tiempos del triunfo revolucionario".

Recordó que, primero, fueron las Organizaciones Revolucionarias Integradas, después el Partido Único de la Revolución Socialista y, finalmente, el Partido Comunista de Cuba.

“La existencia de una sola organización partidaria, no quiere decir que tengamos una opinión unánime; al contrario aquí tenemos diversidad de opiniones y el pueblo lo manifiesta constantemente”.

Después de 1959 en Cuba no hubo contrarrevolución como en Polonia, en Hungría, en Checoslovaquia, en la RDA, en las décadas de los 50 a 60.

Las dificultades fundamentales en Cuba siempre fueron en el área económica, que es muy compleja.

El enorme atraso de las fuerzas productivas, el desarrollo así como el atraso en los campos de la educación, de la cualificación profesional y de la salud, la independencia económica del exterior y el bloqueo de los EUA, desde 1959, fueron grandes limitaciones a vencer en el campo económico.

Hubo una etapa inicial (hasta que Che Guevara salió de Cuba en 1965) en que destacaron las experiencias de Che Guevara, en busca de caminos propios y adecuados a las necesidades de un desarrollo acelerado, hasta donde permitiese la realidad objetiva. Esas experiencias y las ideas que estaban subyacentes fueron polémicas y no llegaron a ser aplicadas en todos los ramos y sectores de la economía.

Después de la salida de Che Guevara, apenas se desarrolló la parte subjetiva de sus concepciones; abandonando la dialéctica de los estímulos morales y materiales en el trabajo, se desarrollaron tendencias voluntarias.

Numerosas ideas suyas fueron abandonadas como, por ejemplo, sobre control de costes, contabilidad, política presupuestaria, etc.

Se pasó a dar prioridad absoluta al elemento político. Se pensaba que así podrían darse pasos más avanzados. Pero no se podía avanzar sólo en la consciencia política. Sólo lo político con lo económico y lo social. No se puede descuidar lo económico y lo social.

La política de finales de los 60 no fue un reflejo de las ideas de Che Guevara, como ciertos medios han hecho creer.

Fue planteada la cuestión: ¿qué alternativa?

La Europa del Este parecía dar un buen ejemplo. Las tasas de crecimiento eran elevadas. Hubo, entonces, una gran influencia de las ideas que recorrían los países socialistas de Europa, en cuanto a economía.

Se empezó a copiar de esos países.

El I Congreso del Partido Comunista Cubano dió un alto valor al nuevo sistema de dirección y planificación de la economía; el cálculo económico soviético (ligado a un sistema de autogestión teniendo en la base los estímulos del interés material) es aplicado en Cuba. Parecía que todo se resolvería si se resolviese lo económico, parecía que la economía de Cuba estaba en el buen camino.

Estaba el ejemplo de los países socialistas con altas tasas de crecimiento; la coyuntura era favorable.

Pero en 1981-1985 se comprobó que el modelo de cálculo económico se sostenía sobre bases débiles, por haber una gran inversión con baja rentabilidad. La economía crecía porque se invertía pero cada peso rendía cada vez menos.

Aumentó el déficit externo, tanto en rublos como en divisas convertibles. El país está consumiendo ciertas cosas (electrodomésticos, por ejemplo) por encima de sus posibilidades económicas.

Se deterioró la atención en el campo social.

En 1984 se manifestaron con fuerza las consecuencias del error del modelo de desarrollo, lo cual tuvo repercusiones políticas y sociales.

Empezaron a adoptarse las primeras medidas de rectificación.

En consecuencia fue, en líneas generales y sucintas, lo que condujo al Proceso de Rectificación. Este consiste en volver al desarrollo integrado, combinando lo político, lo económico, lo social en una interrelación apropiada.

A propósito, en la clausura del 5.º Foro Nacional de Piezas Sobresalientes, realizado en La Habana, en diciembre pasado, Fidel Castro afirmó:

“Con equipamientos socialistas y capitalistas, se hicieron muchas obras, pero después vino el período de la implantación del Sistema de Dirección y Planificación de la economía, que fueron ideas copiadas y cuyos resultados no fueron favorables para el país”.

Según conclusión de los cambios de impresiones y de la información que tuvimos en La Habana.

Hoy hay que rectificar errores propios; buscar soluciones, sin ninguna experiencia exterior (que favorablemente pudiese servir de modelo) completamente válida. Hay que elaborar concepciones propias en la presente coyuntura; no adaptar completamente las relaciones monetario-mercantiles y el cálculo económico; revisar su papel.

Perfeccionar la participación política de los trabajadores en las tomas de decisión. Perfeccionar las formas de trabajo del poder popular.

La inmensa mayoría del pueblo quiere el socialismo. Están viendo lo que ocurre durante la transición de los países socialistas al capitalismo.

Pero el pueblo quiere mejorar.

Hay un gran debate, una exigencia de gestión eficiente del socialismo (además, con las dificultades del Período Especial no hay alternativa para la eficiencia).

¿Cómo conjugar lo político, lo económico y lo social? Experimentando con cautela, sin prisas, estudiando bien.

Es en este contexto que el estudio de las experiencias y las ideas de Che Guevara, en el campo de la economía, es muy importante. Coincidiendo con el 20.º Aniversario de su muerte en combate, Fidel Castro hizo un llamamiento para el estudio, el análisis y la divulgación del pensamiento económico de Che Guevara.

Fidel Castro señaló que no había momento más oportuno y mejor para rendir homenaje al Comandante Ernesto Che Guevara que en pleno Proceso de Rectificación, ya que si él estuviese físicamente en Cuba, “se sentiría realmente alegre, se sentiría feliz por lo que estamos haciendo en estos tiempos; como se sentiría muy desgraciado en ese período incierto, en ese período agobiante en que aquí empezaron a prevalecer una serie de opiniones, de mecanismos y de vicios en la construcción del socialismo, que hubiera constituido motivo de profunda amargura para el Che...”.

Y más adelante Fidel Castro se expresaba así:

“... tengo la más profunda convicción de que si se ignora ese pensamiento difícilmente se puede llegar muy lejos, difícilmente se puede llegar al socialismo verdadero: (...) al socialismo con socialistas, al socialismo y al comunismo con comunistas. Estoy absolutamente convencido de que ignorar esas ideas, sería un crimen...”.

Las cuestiones más cruciales de la construcción de la nueva sociedad, del período de transición del capitalismo hacia el socialismo, de la formación de la conciencia social del hombre nuevo, del entusiasmo revolucionario y de cómo mantener su continuidad, del ejemplo, como ley de la construcción del socialismo, de los estímulos morales y materiales en la actividad económica y su interrelación, de los estímulos individuales y de los estímulos colectivos; del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción y su interrelación, del desarrollo integrado político, económico y social, de la planificación y de la dirección del sistema económico, de la racionalidad económica, y de la racionalidad social; de la naturaleza de las empresas del Estado y de las relaciones entre ellas, de la autogestión y de la gestión centralizada, del ajuste entre la producción y el consumo, del mercado, de las relaciones monetario-mercantiles, de la IF del valor, del papel del dinero, del crédito y de la banca, de la acumulación, de la contabilidad y del control financiero, de los costes y de la productividad; de la remuneración del trabajo, de la cualificación profesional, de las promociones, de la exigencia en el trabajo, de las normas de producción, de los premios y los castigos, de los cuadros y su papel en el funcionamiento de la economía; de las relaciones económicas y comerciales con el exterior, de los precios mundiales y de los precios nacionales, así como de su relación, de la

convertibilidad de la moneda, etc. etc., fueron materia de reflexiones y estudios, hoy de gran actualidad, de Che Guevara en el campo de la economía y de su actividad práctica cuando estuvo al frente del Instituto Nacional de la Reforma Agraria, del Banco de Cuba y del Ministerio de Industrias.

En la primera mitad de la década de los 60, hubo una fuerte polémica en Cuba acerca de los caminos a seguir en la construcción del sistema económico.

En lo fundamental y en líneas generales, la polémica era entre los defensores del sistema de cálculo económico, como era llamado el de autogestión y de los trabajadores en la producción aplicada en la URSS y en los países socialistas de Europa y, por otro lado, los defensores del sistema presupuestario de financiamiento, basado en un diferente concepto de empresa-conglomerado de fábricas o unidades de producción, que tienen una base tecnológica parecida, un destino común para su producción o, en algunos casos, una localización geográfica delimitada, no teniendo entre sí relaciones mercantiles o practicando prioritariamente, la estimulación moral, sin dejar, de forma alguna, de lado los estímulos materiales. La figura prominente de estos últimos era Che Guevara.

Otro aspecto de esta polémica que, además traspasó las fronteras de Cuba, era el de la concepción del funcionamiento de la ley del valor y de la posibilidad de su uso consciente en la economía socialista, de la que eran partidarios los defensores del cálculo económico, y la concepción de Che Guevara, que negaba aquella posibilidad basándose en la no existencia de un mercado libre que expresase, automáticamente, las contradicciones entre productores y consumidores, a pesar de admitir el recurso a la ley del valor en ciertos campos de las relaciones económicas.

En abril de 1988 se realizó, en La Habana, la Conferencia Teórica sobre el Pensamiento Económico del Comandante Ernesto Che Guevara. En el discurso de clausura, Leonel Soto, secretario del CC/PCC, afirmó:

“Una de las críticas que el camarada Fidel hace a este período en que se manifestaron numerosos errores de dirección económica, es que no se siguió discutiendo y analizando las primeras experiencias y que, en un momento dado, caímos en una paralización en lo que respecta a la propia concepción inicial del sistema (Sistema de Dirección y Planificación de la Economía); incluso, algunos de nosotros podemos decir que algunas premisas de ese propio sistema ni se aplicaron ni se cumplieron, y a veces, se ignoraron, independientemente del defecto, podemos decir de origen, de las concepciones básicas contenidas en el propio sistema.

“Del Che debemos apropiarnos para hacer uso en la situación actual de sus conceptos estratégicos para el desarrollo, y de sus métodos y estilos de trabajo que tienen un carácter permanente en la lucha por la necesaria organización, por el control eficiente y por la más estricta contabilidad de los recursos. Asimilar también su espíritu de trabajo, su dedicación, su dirección moral”.

“En el plano teórico debemos profundizar las ideas de Che Guevara que se encaminaron hacia la elaboración de nuevas síntesis teóricas con respecto a la economía política del socialismo, y específicamente de los países subdesarrollados que se propusieron construir el socialismo” (“Conferencia Teórica sobre el Pensamiento del Comandante Che Guevara”, *Memorias*, Editora Política, La Habana, 1990, pág. 138).

De la muy simplificada y esquemática referencia que hemos venido haciendo sobre todas estas cuestiones, opino que se puede llegar a la conclusión de la gran actualidad e importancia que revisten, para las fuerzas democráticas, progresistas y socialistas de todo el mundo, los estudios, los análisis, las discusiones, las investigaciones y las experiencias a ellos concernientes que están en curso en la construcción del socialismo en Cuba.

El bloqueo económico y comercial norteamericano y su intensificación, las dificultades con las importaciones de la Unión Soviética debido a la incertidumbre en que transcurre la vida de aquel país, las dificultades con las importaciones de los antiguos países socialistas de Europa, las dificultades con la falta de divisas convertibles para

llevar a cabo el comercio con los países capitalistas europeos y asiáticos, obligaron a Cuba a aplicar las medidas del período Especial en Tiempo de Paz, lo que implica fuertes restricciones con respecto a las importaciones y, de paso, un conjunto de medidas de austeridad. Cuba está preparada para afrontar esas dificultades. Se viene preparando desde 1980, desde la llegada de Reagan al poder en los EUA, y la intensificación de las amenazas a su soberanía e independencia.

Las dificultades apuntadas antes, no permiten hoy la planificación de la economía cubana en los moldes anteriores.

Pero puede planificarse en términos estratégicos, adoptar y realizar programas priorizados, y esos programas son:

- El programa alimentario.
- El programa de producción de bienes para la explotación de medicamentos, productos médicos y farmacéuticos y aparatos médicos.
- El programa de turismo.
- Los programas de sustitución de importaciones por producciones nacionales.
- El programa social.

Sobre esta base, es hoy elaborada la posible planificación.

En este momento transcurre el debate preparatorio del 4.º Congreso del Partido Comunista de Cuba, a realizar en el corriente año, pero cuya fecha aún no está marcada, debido a las aceleradas modificaciones que se están constatando en la situación internacional, y a la necesidad de promover la más amplia discusión en el país. (Tras la elaboración de este Artículo se celebró el 10-10-91).

Los temas prioritarios a discusión vienen siendo los del desarrollo económico y la democratización de la sociedad. Una característica sobresaliente en cuanto a la preparación del Congreso es la de que no se trata de un debate entre comunistas, sino un debate en el que participa todo el pueblo, que tiene demostrada su identidad con el socialismo.

Una tónica de este debate ha sido la de que, en la continuidad y la profundización de las conquistas alcanzadas desde el triunfo de la Revolución, es necesario perfeccionar el socialismo.

Otro aspecto muy interesante es el de la llamada "desadministración" del Partido (en línea con el pensamiento económico del Che Guevara), según la cual la participación de los comunistas en el proceso productivo y en el proceso económico debe ser esencialmente política y no administrativa.

En noviembre de 1990, respondiendo a un periodista acerca del debate preparatorio del Congreso, Carlos Rafael Rodríguez, vicepresidente del Consejo de Estado, hizo las siguientes afirmaciones: "Yo pienso que el socialismo es reformable. No tenemos una sociedad perfecta, pero sí una sociedad perfeccionable. Estamos trabajando hacia la mejora del socialismo —un socialismo auténtico, surgido de las entrañas, dirigido por el camarada Fidel y por sus compañeros, que no eran miembros del Partido Comunista, que crearon un nuevo Partido Comunista, con el Directorio, con el Partido Socialista Popular y con el Movimiento 26 de julio; que tiene una visión muy clara de la realidad nacional y que está dispuesto, como todo el pueblo cubano, a una rectificación, y ya estamos trabajando en favor de esa rectificación".

Todos los análisis y reflexiones que se hagan para comprender la actual situación en Cuba, los condicionantes de su desarrollo, igual en el campo político que en el campo económico, que en el social, en el ideológico, que en el cultural, las relaciones entre el factor objetivo y el factor subjetivo, el papel de los dirigentes y del partido, la participación de las masas en la construcción y en la defensa de la nueva sociedad, la vida democrática, etc. debe siempre tener presente, como uno de los principales factores determinantes y decisivos de la construcción del socialismo en Cuba, el enorme, continuado y consecuente esfuerzo empeñado en la preparación

para la defensa de la Patria y de la Revolución, y las implicaciones y consecuencias de ese esfuerzo en los campos político, económico, social, cultural, ideológico, diplomático y militar.

En 1980, debido a las amenazas antes apuntadas, Cuba sustituyó la concepción de una guerra defensiva encabezada por las Fuerzas Armadas con el apoyo del pueblo, por la concepción de la Guerra de todo el Pueblo que se convirtió en la doctrina militar cubana. Raúl Castro, ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, en el discurso pronunciado en el Domingo Universitario de Defensa, en noviembre pasado, habló de la importancia que tiene, en los diversos ámbitos de la sociedad, el esfuerzo de defensa que Cuba desarrolla en las condiciones actuales:

"La verdad es que, desde los primeros pasos en la aplicación del concepto de Guerra de todo el Pueblo, alrededor de 1980, el cual, en poco tiempo, se transformó en la piedra angular de nuestra doctrina de defensa, se inició un intenso y creador proceso de preparación de las masas y de todas las instituciones, cuya validez se debe, no sólo a la elevación de la capacidad combativa del país, sino también, y sobre todo, al grado de preparación alcanzado por la nación para hacer frente a cualquier alternativa adversa, a cualquier situación extrema, a cualquier prueba, por más dura que sea".

"... el nivel alcanzado constituye una garantía en la difícil coyuntura que representa afrontar las circunstancias de un Período Especial en Tiempo de Paz".

"La capacidad de combatir se suma para resistir a las condiciones más adversas, sin detener el desarrollo del país según las prioridades establecidas y sin sacrificar las conquistas sociales básicas de la Revolución, en aquello que dependa de nuestras fuerzas y de nuestros recursos":

"... la preparación para la Guerra de Todo el Pueblo representó una significativa contribución para la cohesión de nuestra sociedad y la elevación de la conciencia revolucionaria de las masas".

"Debemos decir con toda claridad que las consecuencias inmediatas de procesos tan inesperados como adversos, presentes en el área internacional y sobre cuyo curso no podemos influir, van marcando a ritmos cada vez más acelerados, la marcha de nuestra economía y de la vida social, en su conjunto, para situaciones más complejas".

Después de referirse a la responsabilidad histórica de todas las actuales generaciones de cubanos en la defensa de las conquistas alcanzadas, Raúl Castro destacó en los siguientes términos, la responsabilidad y el compromiso asumidos por la dirección de la Revolución para con el pueblo de Cuba: "Esa responsabilidad es aún mayor para la dirección de la Revolución; en primer lugar, del Partido, a quien cabe orientar y demostrar con el ejemplo de sus dirigentes y militantes, para preparar al pueblo en la convicción de que pueden sobrevenir momentos aún más difíciles y situaciones mucho más tensas de las que afrontamos hoy, en el campo económico y social..."

Las reflexiones que he venido haciendo, muy simplificadas, sumarias y parciales, pero no superficiales ni ligeras, tienen por objetivo describir los trazos dominantes de la situación cubana, teniendo como base la observación que hicimos durante tres semanas de nuestra estancia en Cuba.

Las diversas visitas que hicimos, tuvieron como objetivo proporcionarnos información sobre:

- Proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas.
- Programa agroalimentario.
- Programa social.
- Programa de turismo.
- Esfuerzo en la Defensa.

De lo que pudimos observar y de la información que recogimos y de la que nos fue facilitada, de los cambios de impresiones, ideas y opiniones habidas con diri-

gentes y cuadros, civiles y militares, con miembros de los contingentes de producción, con personal médico, economistas, educadores, miembros de cooperativas, etc., regreso con la convicción de que Cuba está en condiciones de vencer los formidables desafíos del Proceso de Rectificación y del Período Especial en Tiempo de Paz y de, como dice Raúl Castro, “hacer frente a cualquier alternativa adversa, a cualquier situación extrema, a cualquier prueba, por muy dura que sea”.

Enero/febrero 1991

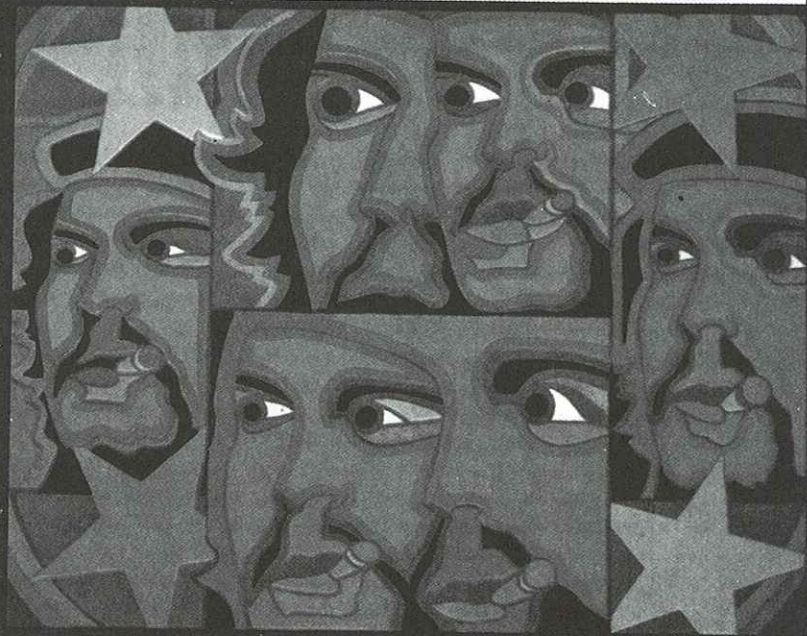
LIBRO CUBANO PARA USTED

Tal vez pocos de los numerosos viajeros que pasan por la isla de Cuba, saben que en la "Perla de las Antillas" descubierta por Cristóbal Colón existe una colección de arte de nivel internacional.

Con 157 láminas a color este volumen de La Habana, presenta por primera vez en forma concentrada los tesoros del Museo Nacional de Bellas Artes.

Inaugurado en 1913, ofrece una rica colección de pintura cubana desde el siglo XVIII hasta nuestros días, además obras de arte egipcio y europeo. En sus salas nos brinda una buena visión de Historia del Arte y nos muestra importantes obras españolas, inglesas y francesas.

La Habana



SALAS DEL
MUSEO NACIONAL
DE CUBA
PALACIO DE BELLAS ARTES

Relaciones bilaterales entre el Estado español y Cuba: del autonomismo al entreguismo en la política exterior

Alberto Cruz *

A la hora de abordar el estudio de las relaciones internacionales hay que partir de una premisa fundamental: una política exterior sólo está al alcance de aquellos países que cuentan con los medios o los recursos suficientes (económicos, demográficos, estratégicos, culturales o ideológicos) para hacerse oír fuera de sus fronteras. Este sería el caso no sólo de las superpotencias, sino de aquellas potencias que pueden ejercer una importante función protagonista, aunque nunca hegemónica, en un aspecto regional. El resto de los países que no son sujetos activos de la política exterior únicamente pueden ser objetos de las relaciones internacionales, puesto que su margen de autonomía es muy escaso, por no decir nulo, y sólo pueden reforzarlo mediante alianzas de subordinación a los grandes poderes o por medio de mecanismos de entendimiento con aquellos otros países que están a su nivel. Este es el caso español.

Las relaciones bilaterales entre el Estado español y Cuba han sido muy particulares y constituyen una importante excepción a lo que fue la relación con todo el continente latinoamericano durante el régimen franquista y los primeros años de la denominada transición política. Los intercambios económicos alcanzan cifras de indudable interés para ambos países y, en lo político, constituyen una muestra de independencia que se echa de menos en otros sectores de la política exterior.

Merece la pena señalar que, a pesar de esta particularidad, escasean los estudios y análisis sobre las razones por las cuales se han mantenido unas relaciones contra viento y marea, aunque no exentas de enfrentamientos. La razón explicativa radica –y es un juicio particular– en que la atención de los investigadores se ha centrado más en el área centroamericana, cuya convulsión socio-política ha coincidido en el tiempo con el despertar del interés por las relaciones internacionales en la sociedad en un momento coincidente con el auge que vivió en el Estado después de la materialización del proceso de cambio del sistema político.

Para la realización de este trabajo se ha partido del sentido tradicional del concepto de relaciones internacionales, que incluye aspectos tan variados como el diplomático, el político, la economía, la cultura o la emigración, desde el momento en que se produce el triunfo revolucionario en Cuba hasta la actualidad. A pesar de

* Periodista. Realiza su Tesis Doctoral en el Departamento de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Miembro del Comité de Solidaridad con América Latina de Vallekas.

la diferencia existente entre las relaciones políticas y las económicas, se han contextualizado éstas dentro de cada época y dentro del marco político global.

La época Franquista

La embajada española en La Habana seguía con especial empeño la evolución de la lucha revolucionaria contra la tiranía de Batista, emitiendo informes puntuales a Madrid sobre la situación política y sobre aquellos aspectos que, a su juicio, merecían especial atención. Cuando las tropas revolucionarias entraron en La Habana, el 1 de enero de 1959, el embajador Juan Pablo de Lojendio envió un cable a su gobierno solicitando precisiones sobre cuál había de ser su postura, puesto que había recibido una nota verbal del Ministerio de Estado cubano para que no se rompieran las relaciones. Cinco días más tarde llegó la respuesta: en aplicación estricta de la “Doctrina Estrada”, las relaciones debían continuar normalmente.

En consecuencia, no sólo se mantuvieron las relaciones diplomáticas, sino también las comerciales. Así, el 23 de octubre de 1959, sólo diez meses después de la entrada de las tropas rebeldes en la capital de la isla, los gobiernos español y cubano concertaron un *Modus Vivendi* Comercial y de Pagos como marco del desarrollo lo más amplio posible de sus relaciones comerciales, manteniéndose a partir de entonces la aplicación del tratamiento de la “nación más favorecida” a las mercancías originarias del Estado español e inspirándose ambos gobiernos en el deseo de estrechar sus “tradicionales lazos de amistad”.

Pero si las relaciones económicas iban por buen camino, no ocurría lo mismo con las políticas, poniéndose rápidamente de manifiesto el enfrentamiento entre un gobierno revolucionario y otro de corte fascista. La primera crisis seria se inició el 20 de enero de 1960, cuando el embajador Lojendio se vió envuelto en un serio incidente diplomático al presentarse en los estudios de la televisión cubana exigiendo un turno de réplica para rebatir las acusaciones que estaba realizando Fidel Castro, en directo, contra su persona por dar acogida en la legación diplomática española a numerosos religiosos contrarrevolucionarios y por prestar ayuda logística a quienes militaban activamente contra la revolución.

Al cabo de 24 horas se ordenó a Lojendio abandonar la isla y Cuba llamó a su embajador en Madrid, situándose las relaciones hispano- cubanas a nivel de encargado de negocios. Sorprendentemente, el gobierno español se limitó a emitir una nota de protesta. Franco no salió en defensa de su representante diplomático porque separaba los intereses ideológicos de los sentimentales y económicos. “Yo creo –le dijo a su primo Salgado Araujo– que Lojendio actuó de forma poco diplomática, pues pudo desmentir las afirmaciones de Castro sin necesidad de presentarse en el estudio de televisión a protestar y querer refutar allí las calumnias que Castro había lanzado contra España. El acto de Lojendio puede significar que Castro, que está en plan comunista, rompa sus relaciones con España y reconozca al gobierno rojo en el exilio, lo que redundaría en perjuicio de la gran colonia española que allí reside y de nuestras relaciones comerciales, que son bastante intensas”.

Franco había considerado que “las contingentes cuestiones políticas no debían interferir en el nexo histórico común”, por lo que el Estado español mantuvo su comercio con Cuba, desafiando al bloqueo económico decretado por los EE.UU contra el nuevo régimen cubano. De esta forma, los buques españoles siguieron tocando los puertos cubanos y abasteciéndolos, mientras que la compañía de aviación Iberia se convertía en la única de Europa occidental que durante varios años cubrió el trayecto entre Europa y la isla caribeña.

El gobierno español consideraba que cualquier situación en América Latina no era más que la consecuencia directa de la división en bloques político-militares, pero no era ése el único factor. Un informe sobre Cuba del Alto Estado Mayor calificaba de “comunista” a la revolución encabezada por Fidel Castro, pero indicaba que era

consecuencia "del dominio de la nación por grupos oligárquicos, constituidos por familias ricas y empresas extranjeras, dueñas de la mayor parte de los recursos naturales de la isla". Así mismo, el informe criticaba expresamente a los EEUU: "Si se hubieran dado cuenta de que al tratar con Hispanoamérica no podían adoptar una actitud de tutor, y hubieran frenado los modos de actuar de las empresas norteamericanas, no existiría entonces ese clima antinorteamericano que se daba en tantos países del continente" (1).

La fracasada invasión de Playa Girón, en abril de 1961, hizo que el gobierno revolucionario radicalizase sus posiciones. Expulsó a un número importante de religiosos, entre ellos muchos españoles, por su apoyo a la invasión, e inició la expropiación de las propiedades de los extranjeros (3.151 de ellas de ciudadanos españoles). La reacción del gobierno franquista fue muy moderada, limitándose a suspender la importación de tabaco. Al mismo tiempo, y por temor a que los EEUU prohibiesen aterrizar en sus aeropuertos a los aviones españoles, canceló los vuelos que unían Madrid y La Habana.

Esta situación duró dos años, hasta noviembre de 1963, en que ambos gobiernos decidieron normalizar sus relaciones firmando un tratado comercial de tres años de duración que suponía la primera ruptura formal, por parte de un gobierno occidental, del embargo decretado por EEUU. El grueso del comercio lo componía la importación de azúcar cubano y la exportación de camiones y barcos (de pesca y mercantes), suponiendo una salida importante de las exportaciones manufactureras españolas, a menudo no competitivas en el mercado internacional. Con este tratado, el Estado español se convirtió en el socio comercial cubano más importante dentro del mundo capitalista, alcanzando el primer o segundo lugar en la lista de proveedores no socialistas. El acuerdo se completó con la reanudación de los vuelos de Iberia a La Habana.

La posición española se volvió más crítica hacia los EEUU nada más comenzar 1964, después que grupos contrarrevolucionarios cubanos mataran a tres tripulantes de uno de los mercantes españoles que comerciaban con Cuba (2). El ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga, criticó públicamente la política norteamericana hacia Cuba y el ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, en un discurso pronunciado en Gernika, defendió la doctrina y la práctica de la no intervención en los asuntos internos de otro país no sólo como un elemental principio de orden, sino como una premisa indispensable para poder llegar un día a formas superadoras del sistema de convivencia entre Estados soberanos. Entendía la no injerencia no ya como un simple escudo defensivo que permitiera la libre evolución de cada pueblo, sino también como la base imprescindible para levantar en el futuro el edificio de una verdadera comunidad internacional. Con ese ánimo, el franquismo siempre había hablado de la necesidad de preservar cuidadosamente, en la fase de las relaciones internacionales de entonces, el principio de la no intervención y, con él, el respeto a la soberanía, al régimen político-social y a la personalidad histórica de cada pueblo.

Una vez que el gobierno franquista decidió no plegarse a las presiones estadounidenses, se incrementó el tiempo de vigencia de los tratados comerciales y se inició el deshielo en las relaciones diplomáticas. A partir de 1966 se dejó de ejercer presión (bien es cierto que hasta entonces había sido muy moderada) por la situación de 33 ciudadanos de nacionalidad española que estaban presos por actividades contrarrevolucionarias y, como consecuencia, se desbloqueó el tema de las indemnizaciones a los españoles expropiados por la revolución aunque al ser las peticiones bastante elevadas, comparado con lo que los cubanos estaban dispuestos a ofrecer, no se alcanzó ningún acuerdo.

Los buenos resultados del tratado comercial quinquenal animaron a ambos gobiernos a su renovación, otorgándose ambas partes el trato de nación más favorecida, sobre todo en cuanto a aranceles y navegación marítima. Cuba había conse-

guido convertir al Estado español en su principal socio capitalista (en 1972 los pagos españoles totalizaron la cantidad de 43 millones de dólares en bienes de equipo y 13 millones en mercancías) y desde el gobierno cubano se presionaba para el restablecimiento de relaciones diplomáticas. Una sintonía similar se producía en el gobierno franquista, por cuanto el 28 de septiembre de 1973 el entonces ministro de Asuntos Exteriores, Laureano López Rodó, reafirmaba ante la 27 Asamblea General de la ONU que España nunca admitiría que las diferencias ideológicas de sistemas políticos interfirieran en las normales relaciones entre Iberoamérica y la península. Argumento que fue nuevamente repetido por el presidente Carlos Arias Navarro en enero de 1974, especificando su intención de intensificar y ampliar el cuadro de las relaciones españolas con todos los países del mundo partiendo del principio de que el diálogo y el acuerdo sobre cuestiones específicas no suponían la aceptación de las realidades políticas internas ni de sus concepciones ideológicas (3).

Quince años después del incidente diplomático con Lojendio, las relaciones hispano-cubanas quedaron restablecidas a nivel de embajadores y el libre comercio entre ambos países pasó a basarse en el principio de la libre convertibilidad. Se firmó un nuevo tratado que convirtió a Cuba en el primer mercado del Estado español en América Latina y a éste en el tercer socio comercial cubano, después de la URSS y Japón.

La Transición y los Gobiernos de UCD

El legado franquista era una alfombra tendida por la que debían discurrir sin tropiezos apreciables las relaciones políticas y económicas entre ambos países después de la muerte del dictador. Abierto ya el proceso de cambio, los proyectos de los nuevos gobernantes se centraron en el atlantismo y europeísmo de la acción exterior. En el caso latinoamericano existía un campo casi inédito para la actividad diplomática puesto que, con la excepción que estamos viendo, la política exterior hacia el continente no había superado el nivel de las recepciones, intercambios de consideraciones y tratados de doble nacionalidad.

El presidente del gobierno, Adolfo Suárez, se planteó como objetivo fundamental acompañar las reformas políticas internas con medidas de repercusión internacional que facilitarían dicho proceso. La política externa de sus gobiernos fue concebida como una política de sustitución (para llenar el vacío de la proyección europea) y a la vez como un instrumento de presión a la hora de reforzar la posición negociadora del Estado español ante la CEE. También, y en línea con lo apuntado más arriba, puede ser considerada una política de legitimación, en el interior del país, de los propios gobernantes, casi todos provenientes del franquismo.

En la sociedad española faltaba una visión global de la temática latinoamericana, coincidiendo únicamente los partidos políticos en la condena a los regímenes fascistas del Cono Sur. La izquierda planteaba una posibilidad de neutralidad y no alineamiento, y en esta coincidencia veía como deseable la participación del gobierno en la Cumbre de Países No Alineados que se iba a celebrar precisamente en La Habana en septiembre de 1979.

En su afán por legitimarse ante el pueblo español y por separarse del pasado, la UCD —y Suárez en concreto— intenta lo que se ha venido en llamar “tercera vía en las relaciones internacionales”, que consistía en situar al Estado español como puente no sólo entre Europa y América Latina, sino entre el Norte y el Sur. Para ello se apoyó, precisamente, en el gobierno cubano. La aproximación y el incremento de relaciones políticas tenía como objetivo demostrar que la tercera vía era posible. Este fue el motivo del viaje de Suárez a La Habana en septiembre de 1978 y la posterior presencia, en calidad de observador, en la Cumbre de Países No Alineados que se celebró un año más tarde.

La llegada de Suárez a la isla constituyó un hecho histórico por ser el primer viaje

de un presidente de gobierno occidental a Cuba después del triunfo revolucionario, anotando en su haber importantes logros políticos y económicos. El presidente cubano, Fidel Castro, le dió la importancia que merecía y dijo que los países del Tercer Mundo y los integrantes de los No Alineados tenían mucho interés por la política exterior española "porque tenemos la firme esperanza de ver a España como un Estado de la comunidad mundial, absolutamente independiente, neutral y amigo de los países del Tercer Mundo. Nos interesa un Estado europeo que se industrializa, que está creando tecnología para nuestros países" (4).

Fidel Castro decía que nunca habían sido mejores las circunstancias para el desarrollo de las relaciones entre ambos países. Aunque en el período anterior hubieran resultado difíciles debido a las diferencias de sistemas políticos, habían sido buenas, y no olvidaría nunca que durante el bloqueo decretado por los EEUU, el gobierno español resistió presiones para sumarse a él, "y eso lo reconocemos siempre". El presidente cubano creía que el Estado español tenía una hora privilegiada, siendo para él el país europeo que mejor podía desarrollar sus relaciones con América Latina, el Tercer Mundo en general, los países socialistas y el mundo industrial.

Era un criterio compartido, salvando las distancias ideológicas, por el ministro de Asuntos Exteriores español, Marcelino Oreja, empeñado en ir dotando al nuevo gobierno de unas líneas de política exterior diferenciadas del franquismo: "Nuestra presencia en La Habana no debe juzgarse únicamente dentro del contexto Este-Oeste. Hay que considerar también el contexto Norte-Sur y la necesidad de definir un Nuevo Orden Económico Internacional. Nuestra posición como intermediario entre los países industrializados y los países en vías de desarrollo deberá permitir desempeñar un papel en este campo" (5).

En consonancia con este criterio, se había dotado de un marco legal a las relaciones económicas con Cuba. El 23 de enero de 1979 se firmó el Convenio Comercial, cuyo artículo 9 establecía que la Comisión Mixta se reuniera una vez al año y celebrara sus sesiones alternativamente en Madrid y La Habana para velar por el cumplimiento de los compromisos recíprocos relacionados con el intercambio comercial o para propiciar su incremento; también analizaría la ejecución de los protocolos precedentes elaborados por dicha comisión, prepararía los anuales y establecería acuerdos de colaboración y complementación tendentes a diversificar las mercancías objeto de intercambio, proponiendo a los gobiernos de las partes contratantes las medidas pertinentes a los propósitos del convenio. Por medio de esta comisión, y a petición cubana, en septiembre de 1982 se comenzó a renegociar la deuda que Cuba tenía con el Estado español y que ascendía a unos 40.000 millones de pesetas. Además, pasó a primer plano de las relaciones el tema de las indemnizaciones a los 3.151 españoles expropiados por la revolución, y la puesta en libertad de Eloy Gutiérrez Menoyo, encarcelado por desarrollar actividades de desestabilización de los principios constitucionales que definen al Estado cubano.

Tras la caída de Suárez y su sustitución por Leopoldo Calvo Sotelo, la UCD elimina las veleidades tercermundistas y se vuelca en la integración en la OTAN y en la CEE sin que el nuevo gobierno tomase la más mínima iniciativa respecto a América Latina en general y a Cuba en particular.

El gobierno del PSOE

En este ambiente se produce el triunfo del PSOE en las elecciones generales de octubre de 1982. Este partido tenía una presencia relativamente activa en América Latina a través de la Internacional Socialista y, por lo tanto, mantenía estrechos lazos con determinados dirigentes locales. Con la mente puesta en no introducir elementos desestabilizadores en una zona dominada por EEUU, pronto comienza el abandono de los postulados que el PSOE había venido manteniendo en la oposición, sobre todo con respecto a la política a seguir en Centroamérica. El primer síntoma es

la pérdida de la inicial afinidad con los sandinistas –no hay que olvidar que Felipe González fue presidente del Comité para la Defensa de Nicaragua, creado en el seno de la Internacional Socialista y que funcionó hasta 1980– y comienzan a fluir los desacuerdos con Cuba por el papel que, pretendidamente, estaba jugando en el área centroamericana. En concreto, González hizo unas declaraciones el 28 de mayo de 1983 en las que implicaba fuertemente a Cuba en la situación regional, pidiendo la retirada de todos los asesores militares extranjeros que había en Nicaragua. El argumento de los asesores es utilizado como demostración del abandono de los principios nacionalistas de la revolución sandinista y su permanencia suponía, a juicio de González, una mayor dependencia de Nicaragua hacia Cuba y la URSS (6).

En octubre de 1983, sólo un año después del acceso del PSOE al poder, se produjo un acontecimiento extraño a la relación hispano-cubana pero que, a juicio particular de quien escribe, da buena muestra de la pérdida de autonomismo en política exterior por parte del gobierno español: la invasión de la isla de Granada por tropas estadounidenses. El gobierno del PSOE esperó 24 horas antes de manifestar su opinión sobre el suceso. El comunicado posterior expresaba su condena de la invasión, pero también se aludía a la fuerte presencia de tropas cubanas (que no había tales) en Granada, cuestión que fue esgrimida por el PSOE como un atenuante de la invasión. Por último, se vinculó la existencia de asesores cubanos, pedida por el gobierno de Granada, con un acto de violación del territorio nacional por parte de los marines (7).

La situación centroamericana ha sido uno de los constantes puntos conflictivos que ha mantenido y viene manteniendo el PSOE con Cuba. Las repetidas alusiones sobre la vinculación y el apoyo que otorga el gobierno cubano a los movimientos populares y guerrilleros de la región es, sin duda, el factor determinante que ha enfriado las relaciones. Para el PSOE, Cuba tiene que retirar su apoyo a los movimientos de liberación porque es una potencia extranjera y no regional y porque constituía una puerta de entrada a la acción encubierta de la URSS en Centroamérica. Esta es la argumentación utilizada para criticar su actuación y, de paso, descalificar el sistema cubano por la falta de libertades políticas.

No obstante estos desacuerdos políticos, los convenios de orden económico se mantenían en auge. Durante la reunión de la Comisión Mixta hispano-cubana, llevada a cabo en Madrid en ese primer año de gobierno socialista, la parte española explicó el desarrollo de sus negociaciones para la adhesión a la CEE y su posible incidencia, una vez realizada ésta, sobre el mercado bilateral. Las exportaciones españolas hacia Cuba suponían entonces el 12% del total exportado hacia todo el continente latinoamericano (8), ocupando el primer lugar en el sector de los destinatarios capitalistas de las exportaciones cubanas. Se firmaron acuerdos marco de cooperación en materia ferroviaria, de cítricos de conservación, microfilmación documental y de innovación industrial. Técnicos españoles fueron a la isla a conocer el sistema de investigación agraria y expertos musicales fueron becados para conocer el sistema de investigación musical en la isla caribeña.

En 1984, coincidiendo con el 25 aniversario del triunfo de la revolución, el ministro de Asuntos Exteriores español, Fernando Morán, visitó oficialmente La Habana manteniendo conversaciones con su colega Isidoro Malmierca, con el vicepresidente Carlos Rafael Rodríguez y con el propio Fidel Castro. A parte de los temas generales, como analizar la situación en Centroamérica –esforzándose el gobierno español en conseguir la retirada de los asesores cubanos de Nicaragua y que los cubanos “moderasen” el radicalismo revolucionario de la guerrilla salvadoreña–, Morán planteó dos cuestiones estrictamente bilaterales: las indemnizaciones y Menoyo (9). En el primer tema, el Estado español rechazó una propuesta de pago en especie y se estableció el censo de propiedades incautadas y su valoración. En el segundo, Morán transmitió el interés del gobierno español en la liberación, que se produciría dos años más tarde con motivo del viaje oficial de Felipe González a la isla.

En febrero de ese mismo año, el presidente cubano efectuó una escala técnica en Madrid de regreso a su país tras asistir a los funerales del secretario general del PCUS, Yuri Andropov. La efímera, pero significativa visita constituyó una eventualidad histórica por ser la primera vez que el líder cubano disfrutaba de la estancia en un país occidental y el hecho fue tremendamente positivo para la distensión y el entendimiento entre ambas naciones.

En las conversaciones con el gobierno español se volvieron a tratar las indemnizaciones, el caso Menoyo y, novedad, la posible acogida en Cuba de militantes de ETA deportados por Francia. Fidel Castro reconoció el interés personal de Felipe González por estos dos últimos asuntos: "Ya expliqué en mi escala a Madrid que Menoyo es un terrorista. No podemos liberarle para que a las dos semanas se encuentre en Miami otra vez dirigiendo Alfa 66. (...) Pero mantengo la promesa que también hice en Madrid: nos ocuparemos de este asunto más adelante, a su debido tiempo. Hay que tener en cuenta que para mí también es difícil explicar aquí a nuestro pueblo la decisión de soltarle. (...) Yo quiero ayudar a Felipe, y sé que el caso Menoyo se está convirtiendo en España en un tema de política interna. El gobierno español conoce nuestra disposición a cooperar con el proceso democrático español. En el tema ETA, por ejemplo, se nos solicitó por las autoridades de Madrid que aceptáramos en nuestro país a seis de ellos que habían sido expulsados de Francia a Panamá, que aceptó recibirlos sólo por unos días, y sin que ningún otro país estuviera dispuesto a hacerlo. Esto para nosotros constituía un riesgo político, pues no queremos ni ser cómplices ni carceleros de los etarras, ni inmiscuirnos en los asuntos internos de España. (...) Sin embargo, por ayudar a encontrar una solución aceptamos recibirlos por un período de seis meses. Los de ETA constantemente nos están pidiendo contactos con el partido para exponer sus puntos de vista políticos. No lo hemos hecho ni queremos hacerlo, para mantenernos totalmente al margen. Pero, por otra parte, tampoco podemos impedir que vengan a verles gentes de España, del País Vasco, porque no están presos. (...) Es una situación delicada para nosotros, que no tenemos necesidad de vernos envueltos en estos problemas" (10).

La visita de Fidel Castro aceleró la reunión anual de la Comisión Mixta, que esta vez se vió en La Habana. La totalidad de la deuda contraída por Cuba estaba constituida por créditos comerciales de ayuda al desarrollo en apoyo de las exportaciones españolas de bienes de equipo, asimilados y servicios. Cuba atendía a los vencimientos de dicha deuda, y el principal crédito comercial asegurado por la Compañía Española de Crédito a la Exportación fue objeto de acuerdos de refinanciación en el contexto multilateral del Club de Acreedores de París. Dichos acuerdos supusieron en esencia una posposición de los vencimientos originales, obligándose mientras tanto al deudor al pago de los correspondientes intereses. En definitiva, el Estado español había participado con los demás países acreedores de Cuba en una operación de concertación financiera internacional similar a la que las circunstancias imponían, en condiciones de responsabilidad compartida, a deudores y acreedores de muchos países en vías de desarrollo y en especial a América Latina.

a) La crítica cubana a la celebración del Quinto Centenario

En 1985 se produjeron dos hechos que volvieron a poner nuevamente en la picota, como cíclicamente ha venido sucediendo, las relaciones hispano-cubanas. En primer lugar, unas declaraciones de Fidel Castro calificando de "infausta" la apologización del 12 de octubre y, en segundo lugar, el intento de "secuestro" —según fue calificado por la prensa española— de un viceministro cubano que trataba de apropiarse de una importante cantidad de dinero del Estado cubano.

Durante la clausura de la Conferencia Sindical de los Trabajadores de América Latina y el Caribe y ante la sugerencia de algunos delegados de convocar otra reunión el mismo día en que se cumpliera el Quinto Centenario de la conquista de

América, el presidente cubano reconoció que venía “rumiando” ese problema. “No puedo tragar la apologetización del 12 de octubre, cuando se inició una de las páginas más bochornosas de la historia universal. Fue infausta y nefasta aquella fecha. Esta parte de la historia referida a la conquista y la colonización requiere una crítica y autocrítica profundas” (11).

Pocos meses más tarde Fidel Castro reiteraba su oposición a las conmemoraciones del Quinto Centenario en el marco de la clausura del Diálogo Juvenil y Estudiantil de América Latina y el Caribe sobre la Deuda Externa. En aquella ocasión dijo que “con los indígenas se ha cometido un crimen histórico que lleva cinco siglos” (12). En ambas ocasiones el gobierno español, por boca del Secretario de Estado para la Cooperación Internacional, Luis Yáñez, y del Director General de la Oficina de Información Diplomática, Inocencio Arias, calificó de “desafortunadas y un tanto incomprensibles” estas declaraciones del líder cubano.

En el Estado español este tipo de críticas siempre han sentado muy mal, y más si éstas provienen de un pueblo tremendamente sensibilizado con lo que de actitudes neocoloniales conllevan este tipo de celebraciones. Pero lo sorprendente es que también son olvidadas por el movimiento de solidaridad y de rechazo a la celebración del Quinto Centenario. Se desconoce la historia y el que Cuba siempre ha sido la punta de lanza del movimiento anticonmemoración, tal y como ha reconocido el gobierno español. El movimiento de solidaridad desconoce, por ejemplo, que ya en 1961, durante el primer Congreso de Escritores y Artistas de Cuba se criticó la conquista centrandolo el tema no tanto en la reivindicación indigenista sino en la degradación, el saqueo y la explotación que la corona española ejerció en América. El objetivo final era, y es, señalar que los pueblos latinoamericanos llegaron débiles a la independencia y por eso son presa fácil del nuevo Imperialismo: el norteamericano.

La insistencia de Fidel Castro en criticar la celebración del Quinto Centenario ha llegado a preocupar seriamente al gobierno español. En una comparecencia ante la Comisión de Asuntos Iberoamericanos del Senado en 1988, Luis Yáñez daba un toque de atención sobre los “peligros políticos” que se cernían sobre las celebraciones de 1992. Habló de evitar la apología de la conquista, citó a los grupos indigenistas de México, Perú y Bolivia –además de un grupo de profesores de la Universidad de Barcelona– y aludió a las formas de contrarrestar el llamado “frente anti- conmemoración”. Entre las medidas propuestas destacó el evitar que Cuba liderara este frente: “No nos da la absoluta seguridad que el máximo dirigente cubano no vaya a hacer en algún momento declaraciones contrarias” (13).

Tenía razón Yáñez. El viceministro cubano de Cultura, Antonio Núñez Jiménez, historiador y geógrafo de renombre internacional, presidente a su vez de la Comisión Nacional Cubana del Quinto Centenario, ha vuelto a criticar en Madrid la “conmemoración” por el sentido “netamente triunfalista” que está adquiriendo. La Comisión Nacional Cubana ha propuesto al resto de Comisiones Nacionales de los países latinoamericanos que peleen por levantar los “olvidos” en que se está cayendo “como excluir el aporte de los africanos al desarrollo cultural de los pueblos de América y, también, por supuesto, está la cuestión indigenista”. Para Núñez Jiménez la conquista, como todo hecho de esa naturaleza, se realizó suplantando los derechos humanos de los conquistados y cometiendo crímenes, aunque señala que la comisión de este tipo de actos no fue exclusiva de los españoles, ya que fue norma general para los conquistadores, fuese cual fuese su procedencia: “los franceses, los ingleses y los holandeses en sus respectivas conquistas de América y, más grave aún, hoy los norteamericanos y las transnacionales estadounidenses, junto a algunos sectores de los países latinoamericanos, continúan matando indios 500 años después de la llegada de Colón a América (14).

Para dejar constancia de su postura, Cuba será la sede de un simposio internacional en el que no sólo se va a debatir sobre la presencia de África en América, sino

que va a intentar aglutinar las posiciones de "indígenas, negros, criollos pobres y de todos los sectores humildes del continente en los referente a la conmemoración del Quinto Centenario".

Pero el más grave enfrentamiento entre el Estado español y Cuba se produjo en diciembre de 1985. Cuatro funcionarios de la embajada cubana en Madrid fueron expulsados por lo que el gobierno español y la prensa calificaron de "intento de secuestro" de un viceministro cubano. El ministro de Asuntos Exteriores español protestó ante la embajada cubana "en los términos más enérgicos" por el incidente, "inconcebible en un Estado de derecho y de todo punto incompatible con el ejercicio de las funciones diplomáticas". También se rechazaban los términos en que fue redactada la nota de prensa emitida por el ministerio cubano de Asuntos Exteriores en relación con lo ocurrido y que "contiene afirmaciones falsas y calificaciones intolerables sobre el comportamiento del gobierno español" (15).

La nota oficial del gobierno cubano a que hacía referencia la cancillería española afirmaba que "para los representantes comerciales cubanos en Madrid se habían hecho evidentes serias irregularidades en el carácter financiero en la gestión del funcionamiento del Comité Estatal de Abastecimiento Técnico- Material, quien pretendía apropiarse de la suma de 499.000 dólares. (...) Cuando Sánchez Pérez aparentemente accedía a acompañar a los miembros de la embajada al banco, comenzó a llamar la atención de los transeúntes, dando lugar a la intervención de las autoridades españolas". Seguía la nota relatando el desarrollo de los hechos, rechazaba terminantemente la imputación contra los funcionarios de la embajada y criticaba al gobierno español "que estaría asociándose y brindando amparo a un vulgar ladrón". Exigía también la devolución de los fondos cubanos depositados en el banco y la prisión del ex viceministro como paso previo al trámite de extradición.

En la documentación enviada por Cuba se acusaba al ex viceministro de un delito de fraude, y, en concreto, de la apropiación de fondos del Estado cubano. El gobierno español denegó la demanda de extradición y concedió asilo político al ex funcionario cubano.

Con la finalidad de mejorar las relaciones, y como una demostración a la opinión pública española de que la permanencia en el bloque militar de la OTAN no había supuesto la pérdida del autonomismo en política exterior, Felipe González decidió realizar un viaje a Cuba. Así, el 13 de noviembre de 1986 tuvo lugar la segunda visita de un presidente de gobierno occidental a la isla. Según un comentario editorial aparecido en el diario "El País", con su habitual lenguaje pontifical, los "verdaderos motivos" del viaje eran tres: la "falta de progresos" en las gestiones para liberar a Menoyo y en las largas negociaciones para indemnizar a los españoles expropiados tras la revolución, y las "impertinencias" cubanas en Naciones Unidas ayudando a aparcar un proyecto dominicano para dar protagonismo a los actos del Quinto Centenario -Cuba votó con los países escandinavos y africanos- (16).

En el caso de Menoyo y en el de las indemnizaciones hubo por fin acuerdo. Menoyo fue puesto en libertad el 21 de diciembre y el acuerdo sobre las indemnizaciones se alcanzó después de un tira y afloja. La cantidad fijada, 40 millones de dólares, era inferior a los 120 millones solicitados por el gobierno español, pero superior a los 30 que ofrecía Cuba. Fernández Ordoñez dijo que con este acuerdo se resolvía este agudo problema "de manera digna y razonable". Del reparto de ellas se encargaría el gobierno español, que recibiría 15 millones de dólares en efectivo y el resto en mercancía durante un período de 15 años. No es un mal acuerdo si se tiene en cuenta que supone el 30% de la cantidad solicitada por el Estado español, mientras que en otros casos como Francia, Italia, Canadá y Suiza tuvieron que aceptar el 15% de las cantidades solicitadas.

El acuerdo sobre las indemnizaciones facilitó, además, la participación de 140 firmas empresariales españolas en la IV Feria Internacional de La Haban, la más

importante de América Latina. Al mismo tiempo, el gobierno español concedió facilidades para que los productos cubanos accediesen al mercado español en condiciones más competitivas y accedió a ampliar las facilidades de financiamiento y de cooperación técnica y cultural (17).

Unas semanas antes de esta visita presidencial, el Director General del Instituto de Emigración realizó un viaje a la isla con el objetivo de contactar con el colectivo de ciudadanos de origen español.

Los españoles han acudido a Cuba atraídos por razones de parentesco o paisanaje. La mayoría, emigrantes para escapar del hambre, eran procedentes de Galicia, Asturias y Canarias. Aunque es imposible dar cifras, siquiera aproximativas, cabe mencionar que en la primera veintena de este siglo Cuba recibió el 52% del total de emigrantes españoles hacia el continente americano. Muchos se nacionalizarían en los años siguientes, pero su número siguió siendo importante, tanto que a la llegada de la revolución se calculaba que el 10% de la población era española. Muchos habían levantado negocios y otros trabajaban en las compañías subsidiarias de EEUU en la isla. Fueron éstos quienes iniciaron el éxodo dejando a la nueva Cuba prácticamente sin técnicos cualificados.

A pesar de la reducción y del envejecimiento de la colonia española (7.500 registrados en el consulado, la mayoría con edades comprendidas entre los 50 y 80 años), tanto ésta como sus descendientes cuentan con una gran cantidad de centros y sociedades, heredadas de la gran tradición de las agrupaciones españolas en los países latinoamericanos, alcanzando su mayor importancia precisamente en Cuba. Los emigrantes constituyeron agrupaciones tan importantes como el Centro Gallego, fundado a finales del siglo pasado, que llegó a contar con un hospital y centro social, en cuya sede se encontraban el teatro más importante de la época, con capacidad para 3.000 personas. El edificio es hoy sede del Teatro García Lorca y del Ballet Nacional de Cuba. La importancia del hospital –y de otros centros sanitarios ligados a otras sociedades benéficas– es tal que los cubanos lo consideran “el embrión de la actual medicina cubana”.

Existen en la actualidad 105 sociedades españolas en Cuba, agrupadas por criterios regionales: por ejemplo, la Federación de Sociedades Españolas agrupa a 63, casi todas gallegas; la Federación de Sociedades Asturianas la forman 39 y el resto son castellanas. Según reconoció el Director General del Instituto Español de Emigración “existe un empeño en que no se pierda la herencia y la pervivencia de la presencia española”, hasta el punto que las necesidades más urgentes de estas sociedades son cubiertas por el gobierno cubano, por lo que el gobierno español sólo otorga una ayuda colectiva por importe de 2 millones de pesetas anuales.

Cierre del diseño de política exterior: la sumisión al bloque militar hegemonizado por los EEUU y el alejamiento de Cuba.

Apenas disipada la luna de miel del encuentro entre Fidel Castro y Felipe González en La Habana se desató una polémica entre las más altas instancias de ambos gobiernos y órganos legislativos, cuyos protagonistas incluían a los jefes de ambas diplomacias. El ministro Fernández Ordoñez convocó a consultas al embajador de Cuba en Madrid con motivo de “la agresión verbal de Fidel Castro contra Félix Pons, presidente del Congreso de los Diputados” (18).

En diciembre de 1986 Madrid fue la sede de la IV Conferencia de Parlamentos Latinoamericanos y Félix Pons decidió excluir de ella a los órganos legislativos que no respondieran al modelo de democracia parlamentaria al estilo occidental, como eran los casos, a su juicio, de Paraguay, Chile y Cuba. Pons había olvidado conscientemente que la Asamblea Nacional del Poder Popular cubana era miembro permanente de esta Conferencia desde 1985. Este hecho provocó que el Jefe del Estado cubano, en el curso de la reunión de la Asamblea Nacional del Poder Popular calificase a Pons de “tipejo fascistoide” por haber justificado la exclusión de Cuba con el argumento

que "sería como meter un moreno en un club de rubios". Castro consideró esta explicación como "insolente, prepotente, discriminatoria y racista".

No obstante, como viene siendo habitual en las relaciones hispano-cubanas, después de la tempestad llega la calma. Así, cuatro meses después de esta trifulca el gobierno español concedió un crédito de 50 millones de dólares para financiar las compras de productos españoles y se firmó un acta que modificó sustancialmente el Convenio de Crédito Recíproco que se había suscrito en 1981. Se acordaba que el déficit cubano se liquidaría de acuerdo a los ingresos que Cuba obtuviese por sus exportaciones al Estado español, se otorgaron por vez primera (abril de 1987) créditos FAD (Fondos de Ayuda al Desarrollo) en sustitución de las cuatro líneas de crédito anteriormente facilitadas a Cuba y se establecieron nuevos canales para la cooperación económica e industrial. En total, la cifra de intercambio comercial en el binomio 1986-1987 indica un valor de 85 millones de dólares en las exportaciones cubanas y 161 millones en las importaciones (19).

Sin embargo, una vez que el gobierno español cerró el diseño de su política exterior, lo que se produjo al ingresar como "observador activo" en la Unión Europea Occidental (14 de noviembre de 1988), al firmar el Convenio Bilateral Defensivo con EEUU (1 de diciembre de 1988) y al recibir la aprobación por parte del Comité de Planes de Defensa de la OTAN a la contribución militar española (1 de diciembre de 1988), la situación cambió radicalmente y comienzan a multiplicarse las referencias y las críticas abiertas, por parte de las autoridades españolas, a la situación interna cubana.

Aprovechando la coincidencia de los mandatarios de ambos países en la toma de posesión de Carlos Andrés Pérez como presidente de Venezuela (febrero de 1989), González hizo públicas sus críticas al modelo económico cubano y nicaragüense. En el caso de Cuba, González reconocía que tuvo dificultades con los 30 años de bloqueo por parte de EEUU, pero que "no eran diferentes a las padecidas por otros países", por lo que para el presidente español "hay un fallo del sistema, y punto. El sistema es insuficiente y no puede funcionar dirigido desde el centro burocrático del gobierno". Criticó también el hecho de que Cuba "se viese beneficiada por la venta de azúcar a precios muy superiores a los del mercado mundial" y por recibir petróleo de la URSS a precios "inferiores" (20). Una postura claramente capitalista, elogiosa hacia la denominada economía de mercado y que olvida que Cuba ha venido vendiendo azúcar a la URSS a un precio equivalente, o a veces inferior, al coste de producción de la URSS, mientras que el precio pagado por el petróleo soviético ha sido superior a su sistema de producción. Esta es la tragedia de los pueblos en vías de desarrollo: como productores de materias primas, sus exportaciones siempre se verán sujetas a las fluctuaciones de unos precios que se establecen no tanto en función de la demanda como de los intereses políticos de las grandes corporaciones político-financieras. Los casos del cobre chileno o el más reciente del café nicaragüense son lo suficientemente significativos al respecto.

En marzo de 1990, durante la toma de posesión de Fernando Collor de Melo como presidente de Brasil, se volvió a repetir una situación similar. En esta ocasión, González acuñó la famosa palabra "numantinismo" para referirse a la resistencia cubana a iniciar cambios similares a los que se están produciendo en el Este de Europa (21). Se olvidaba el presidente que Numancia no ocuparía un lugar en la historia sin el despiadado asedio de Roma y que la revolución cubana no fue producto de la entrada de las tropas del Ejército Rojo en las calles de La Habana.

a) La crisis de las embajadas

Con todo, la crisis más seria entre ambos países, hasta el extremo de llamar a consultas el gobierno español a su representante en la isla, se produjo en julio de 1990 cuando 18 ciudadanos cubanos entraron en la embajada con la pretensión de

solicitar asilo político. Uno de ellos fue atrapado por la policía dentro del recinto de la sede diplomática. El ministro de Asuntos Exteriores español hizo una crítica subida de tono a la actitud cubana y vino a dar a entender que el régimen se venía abajo. El Secretario de Estado para la Cooperación Internacional, Luis Yáñez, hizo a su vez contundentes declaraciones arremetiendo contra las autoridades cubanas. El 19 de julio, durante un viaje a Bruselas para pedir a la Comisión Europea la suspensión de la cooperación con Cuba, dijo que Fidel Castro "está en un callejón sin salida", añadiendo posteriormente que Cuba "es un campo seco en el que cualquier chispa puede provocar un incendio" (22).

La contestación cubana no se hizo esperar. El secretario del Comité Central del Partido Comunista cubano, Carlos Aldana, calificó de "irresponsables y lamentables" las declaraciones de Fernández Ordóñez, acusó a los responsables españoles de hacer "sensacionalismo barato", pidió a los diputados y senadores que se ocupasen más de los problemas sociales del Estado español y previno al gobierno sobre el "error de cálculo" que estaba cometiendo al ofrecer protección diplomática a los refugiados en la embajada (23). Al mismo tiempo la cancillería cubana de Asuntos Exteriores hizo público un comunicado muy duro contra Fernández Ordóñez. "Parece hallarse bajo los efectos de un ataque de amnesia histórica: sólo así es posible comprender sus juicios, advertencias y lamentaciones, cuyos paternalismos evocan edictos de los capitanes generales que gobernaron Cuba por encargo de las majestades españolas. Es difícil por ello tomar en serio estos responsos de angustiado administrador colonial, ni aun cuando se erija en vocero de la CEE. (...) El señor Ordóñez alimenta comparaciones insensatas y puede conducir a él y a otros a lamentables errores de cálculo. (...) Si en nombre de las normas fundamentales de los derechos humanos y de la civilización el gobierno español está dispuesto a convertir a su país en una cloaca, que responda de forma inmediata a la propuesta del gobierno de Cuba y dé pasos conducentes a formalizar las vías para que todos los lumpen y antisociales que lo deseen puedan acogerse a esa alternativa" (24).

El Ministerio de Asuntos Exteriores español atribuyó esta nota al "nerviosismo y aislamiento del régimen de Fidel Castro" y decidió llamar a consultas al embajador en La Habana. La llamada a consultas es una forma de protesta más enérgica que la nota verbal, pero menos contundente que la ruptura de relaciones diplomáticas. El texto de la cancillería cubana había sorprendido por su "belicosidad" y el primero en recoger velas fue el ministro Ordóñez. No obstante, se decidió suspender temporalmente la colaboración con Cuba, que ascendía a 2,5 millones de dólares y estaba dedicada a la educación.

El día 20 de julio otros ciudadanos que se habían refugiado en las embajadas de Checoslovaquia, Alemania Federal y Canadá reconocieron que sus entradas formaban parte de un plan diseñado por la Oficina de Intereses Norteamericanos en La Habana, citando los nombres de los promotores estadounidenses y alemanes. Esto provocó que las autoridades españolas no supieran hasta dónde llevar sus "represalias" con respecto al gobierno cubano. Hubo ese mismo día declaraciones contradictorias del Director General de Política Exterior para Iberoamérica, Yago Pico de Coaña, y la ministra Portavoz del Gobierno, Rosa Conde. Mientras el primero era partidario de "tomar medidas", la segunda afirmaba que no eran necesarias (25).

El presidente cubano zanjó la cuestión con su acostumbrada contundencia. En el acto por el 37 aniversario del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel Céspedes, hizo un extenso repaso de la situación, día por día, y rechazó esa cooperación española. "Nosotros apreciábamos ese gesto como muestra de buena voluntad, pero somos un país de honor y de dignidad, por lo que decimos no que se suspende temporalmente la colaboración, sino definitivamente: renunciamos a esos 2,5 millones de dólares. ¿Para qué sirve una colaboración que después se utiliza como moneda de cambio para exigir condiciones políticas" (26).

Tomando como referencia la petición de asilo realizada por 60 vecinos de un

barrio de Madrid, Fidel Castro dedicó una parte importante de su discurso a hablar del Estado español como parte integrante de un mundo capitalista "explotador, inhumano y despiadado", aunque tuvo mucho cuidado de separar pueblo y gobierno, a quien criticó por ser capaz de tomar una medida de agresión económica contra un pueblo latinoamericano "cuando se trata de conmemorar con bombos y platillos, y trata de hacer el penagórico de aquellos hechos ocurridos hace casi 500 años, y que dieron lugar a la conquista de nuestras poblaciones y a la esclavización y el exterminio de decenas de millones de africanos" (27).

El autor de este trabajo considera que, aunque parezca sorprendente, el enfrentamiento ha sido buscado por el gobierno español, y la acusación cubana de un montaje orquestado desde los EEUU con la connivencia española no parece descabellada. Hay un dato que puede arrojar luz sobre esta afirmación: con motivo de la entrega del premio Cervantes de Literatura al escritor paraguayo Augusto Roa Bastos, en abril de 1990, el ministro de Cultura, Jorge Semprún, se permitió el lujo de insultar gravemente al presidente cubano en el discurso oficial que clausuraba el acto de entrega del galardón, al que asistía el rey Juan Carlos I. "Algún día, hoy mismo, alguien dirá, yo mismo, la pervivencia en la actualidad americana de un caudillo carismático y populista, de barba florida y mano implacable, porque se pretende paternal; alguien dirá el último capítulo de esta novela desgraciadamente inacabada, el último capítulo, ojalá feliz, del otoño del patriarca caribeño que un día llegó a la capital de su isla, después de una guerra popular, y proclamó en su primer discurso que había llegado la hora de que los fusiles se arrodillasen ante el pueblo. Pero han pasado 30 años y el pueblo sigue arrodillado ante los fusiles y el patriarca sigue encerrado en su interminable discurso, su monólogo monolítico, que pretende hablar en nombre del pueblo pero que sólo monopoliza su silencio amordazado. Alguien, sin duda, terminará algún día la novela de sangre, sueño y esperanza de nuestra América entrañable" (28). Eran las palabras de un ministro del gobierno en un acto oficial y en presencia del Jefe del Estado. No hubo excusa oficial por parte del gabinete de González. Sucedió tres meses antes de la denominada "crisis de las embajadas" y, en contraposición con lo que hemos relatado, el gobierno cubano trató la cuestión con exquisita delicadeza para no enturbiar las relaciones.

Conclusiones

Las relaciones hispano-cubanas han constituido un modelo de realismo de lo que podían haber sido las relaciones con el resto de América Latina no sólo durante el franquismo, sino durante la época posterior. Los intercambios económicos alcanzan cifras de indudable interés para ambos países y en lo político han constituido, hasta finales de 1988, una muestra de autonomismo que se ha echado de menos en otros sectores de la política exterior.

El caso más significativo fue ver cómo un gobierno fascista como el de Franco desafió el bloqueo económico decretado por los EEUU contra el gobierno revolucionario cubano a pesar de haberse servido de la alianza con esta superpotencia para romper el aislamiento internacional a que se enfrentaba después de la guerra civil que siguió al alzamiento militar que terminó con el gobierno constitucional de la II República. Durante 15 años se mantuvo el criterio de no admitir que las diferencias ideológicas interfirieran en las relaciones del Estado español con América Latina: se partía del principio de que el diálogo y el acuerdo sobre cuestiones específicas no suponían la aceptación de las realidades políticas internas ni de sus concepciones ideológicas.

Con el cambio de régimen político el tema de las relaciones con Cuba pasó a ser utilizado como legitimación ante la opinión pública española de unos gobernantes reciclados del franquismo, además de suponer un intento de "tercera vía en las relaciones internacionales" por si fracasaba el proceso de incorporación a Europa y a su

organización militar. Es en este sentido en el que hay que interpretar el viaje de Adolfo Suárez a La Habana en septiembre de 1978, el primero de un presidente de gobierno occidental a la isla, y la presencia del Estado español en la Cumbre de Países No Alineados, celebrada también en La Habana un año más tarde.

El triunfo del PSOE en las elecciones generales de 1982 fue interpretado como un buen augurio para un mayor estrechamiento de las relaciones, pero a medida que iba abandonando postulados que había mantenido en la oposición el distanciamiento entre los dos países se fue agrandando. Las primeras discrepancias surgieron a consecuencia de las diferentes interpretaciones sobre la crisis centroamericana. El gobierno de Felipe González no se recataba en solicitar la retirada de los asesores cubanos de Nicaragua, a la vez que en octubre de 1983 consideraba como un atenuante de la invasión estadounidense de la isla de Granada el que, presuntamente, hubiese tropas y asesores cubanos, lo que resultó falso.

En este período de forja de un modelo propio de política exterior (1982-1986) el tema cubano también sirvió como referencia a la política interna del gobierno del PSOE. Había que demostrar a la opinión pública que la progresiva incorporación al organigrama militar de la OTAN y a la CEE no suponía una merma de la "independencia" nacional, y así se recibe a Fidel Castro en Madrid (el primer país occidental que visitaba desde su acceso al poder) y se devuelve la visita a La Habana en lo que supuso el último acto de distensión y entendimiento entre los dos países antes de que se cerrase el diseño de la política exterior con la total sumisión al bloque político-militar hegemónico por EEUU. Entre los años 1984 y 1986 ambos gobiernos solucionaron históricos contenciosos como las indemnizaciones a los 3.151 ciudadanos cuyas propiedades fueron expropiadas después del triunfo revolucionario, se puso en libertad a presos contrarrevolucionarios de origen español como Gutiérrez Menoyo y se acoge a militares de ETA que habían sido deportados de Francia.

Las buenas relaciones económicas y políticas no han estado exentas de problemas y las discrepancias han ido surgiendo cíclicamente. Aunque el tono de las críticas cubanas hacia la apologetización del V Centenario de la conquista molestaron al gobierno español, hasta el punto de preocuparse seriamente por el posible liderazgo cubano en un frente de rechazo, los enfrentamientos se mantuvieron en un nivel "aceptable", incluso cuando éstos estuvieron a punto de producir un grave conflicto diplomático como en el caso de los cuatro funcionarios de la embajada cubana en Madrid que fueron expulsados del territorio español acusados de intentar secuestrar a un alto funcionario disidente.

Es sólo a partir de 1989 cuando el distanciamiento comienza a ser irreversible. Felipe González utiliza la toma de posesión de varios presidentes latinoamericanos para hacer públicas sus críticas hacia el sistema económico y político vigente en Cuba. La cuerda se fue tensando hasta llegar prácticamente a la ruptura en el verano de 1990 cuando, como consecuencia de la denominada "crisis de las embajadas", ambos gobiernos se cruzaron duros insultos y descalificaciones que llevaron a la congelación de la cooperación económica y al recibimiento oficial de una representación de la oposición cubana en el exilio. Ya no se conceden créditos FAD (aunque hay que anotar que el último se otorgó en 1988 y fue sólo por la cantidad de 25 millones de dólares para la compra de bienes industriales y buques mercantes) y las compras cubanas son pagadas al contado (créditos a 160 días). Únicamente a través de ciertas Comunidades Autónomas como la madrileña, la catalana y la vasca se mantienen pequeñas partidas destinadas a cooperar con Cuba.

Con todo, las relaciones económicas entre Cuba y el Estado español han venido salvando los diferentes obstáculos, hasta el punto que el Estado español se ha colocado entre los ocho primeros socios comerciales de Cuba en el transcurso de estos 32 años. Si bien es cierto que las relaciones comerciales de Estado a Estado han disminuido a consecuencia del enfriamiento de la relación política, no es menos

cierto que las relaciones a nivel empresarial han aumentado considerablemente, demostrando una capacidad de adaptación e innovación digna de seguir muy de cerca para explotar al máximo sus ventajas. Estas relaciones se han materializado en la creación de empresas mixtas de turismo.

Es indudable que para el Estado español el suministro cubano de mercancías tales como el tabaco, café, mariscos o pescado es de notable importancia, al mismo tiempo que para Cuba son de gran interés las importaciones de maquinarias y equipos españoles. No obstante, el ingreso pleno del Estado español en la CEE y la primacía que la Comunidad otorga a los países ACP (África, Caribe –excepto Cuba y República Dominicana– y Pacífico) va a suponer un cierto retroceso en las relaciones comerciales bilaterales, a menos que una voluntad política por parte del gobierno español compense las consecuencias.

Epílogo

Los expertos en Relaciones Internacionales han marcado con lápiz rojo la fecha del 18 de julio de 1991. Este día los Jefes de Estado y de Gobierno de América Latina, más el Estado español y Portugal, se reunieron en Guadalajara (México) para impulsar el desarrollo de unas relaciones de cooperación tanto económica como comercial, política, cultural y social. Es lo que han dado en llamar la Comunidad Iberoamericana de Naciones, que tendrá nuevas ocasiones de consolidarse en las próximas cumbres de Madrid (1992) y Brasilia (1993).

Para el tema que nos ocupa, lo más interesante fueron los encuentros al más alto nivel entre Juan Carlos I, Felipe González y Fidel Castro. Los enviados especiales de los medios de comunicación españoles, con la “sagacidad” que les caracteriza, resaltaron estos encuentros y el que “Felipe González pidió a Fidel Castro que democratice Cuba”, así como que el dirigente cubano “pidió la reanudación de la cooperación española para evitar el hundimiento de Cuba”. Ninguna de las dos cosas es cierta.

Los tres años transcurridos desde la total sumisión a los EEUU le han impedido al PSOE, y a muchos otros partidos pretendidamente más a su izquierda, evaluar correctamente la evolución política de la isla. Todo el mundo confiaba en la “inminente caída” del gobierno y del sistema político cubano, seriamente tocado en lo que al comercio exterior se refiere por la caída del Este europeo. Creían que el tiempo jugaba a su favor, pero no ha sido así y ahora el gobierno español se encuentra con que se le echan encima los fastos del 92 y ha de lidiar con el molesto y tozudo líder cubano. Si Fidel Castro ha sido la estrella de Guadalajara, lo va a ser con mayor motivo en Madrid. El miedo recorre la espina dorsal de Moncloa ante la posibilidad de que el presidente cubano “sea incontrolable” en una fecha tan señalada (29).

En consecuencia, y coincidiendo con el inicio de la cumbre de Guadalajara, el gobierno español ha decidido “recuperar el diálogo” con el gobierno cubano iniciando el deshielo político, económico y de cooperación. Este “nítido gesto”, tal como lo ha definido la diplomacia española, para normalizar definitivamente las relaciones va precedido de la puesta en marcha de tres proyectos de cooperación científico-técnica y de las Comisiones Mixtas económicas y culturales que habían sido paralizadas a raíz de la “crisis de las embajadas”.

Las Comisiones Mixtas se reunirán antes de fin de año y los tres proyectos, aunque de pequeño calado, van a ser desbloqueados de forma inmediata. Consisten en la construcción de una fábrica en Guaniquiqui junto con la Federación de Mujeres Cubanas, el equipamiento del Instituto Nacional de Biología y Radiología de La Habana (los equipos ya han sido comprados por el ICI y están a punto de ser enviados) y el Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología de Camagüey (donde la colaboración asciende a los 100 millones de pesetas) (30).

NOTAS

- (1) Silvia Enrich: *Historia diplomática entre España e Iberoamérica en el contexto de las relaciones internacionales*, Ed. Cultura Hispánica, Madrid 1989, pág. 117.
- (2) Jorge Domínguez: *Making the World Safe Revolution: Cuba's Foreign Policy*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusset 1989, pág. 182.
- (3) Silvia Enrich, *op. cit.*, pág. 131.
- (4) *Ibid.*, pág. 225.
- (5) Emilio Menéndez del Valle: "Política exterior y transición democrática en España", capítulo XX de la obra colectiva *La transición democrática española*, pág. 739.
- (6) *Revista de Estudios Internacionales* n.º 2, Madrid 1983.
- (7) Marcos Roitman: *La política del PSOE en América Latina*, Ed. Revolución, Madrid 1985, pág. 97.
- (8) *Revista de Estudios Europeos* n.º 12, Ciudad La Habana, octubre-diciembre 1989.
- (9) Fernando Morán: *España en su sitio*, Ed. Plaza y Janés/ Cambio 16, Barcelona 1990, pág. 264.
- (10) *El País*, 20 de enero de 1985.
- (11) *El País*, 21 de julio de 1985.
- (12) *Granma*, 22 de septiembre de 1985.
- (13) Joaquín Roy: *Cuba y España: percepciones y relaciones*, Ed. Playor, Madrid 1988, pág. 96.
- (14) *Egin*, 22 de mayo de 1991.
- (15) *Diario 16*, 15 de diciembre de 1985.
- (16) *El País*, 2 de octubre de 1986.
- (17) *Granma*, 5 de noviembre de 1986.
- (18) Joaquín Roy, *op. cit.*, pág. 16.
- (19) *Revista de Estudios Europeos* n.º 12, Ciudad La Habana, octubre- diciembre 1989.
- (20) *El País*, 3 de febrero de 1989.
- (21) *Diario 16*, 23 de marzo de 1990.
- (22) *El País*, 20 de julio de 1990.
- (23) *El País*, 18 de julio de 1990.
- (24) *El País*, 19 de julio de 1990.
- (25) *Egin*, 21 de julio de 1990.
- (26) *Granma*, 5 de agosto de 1990.
- (27) *Ibid.*
- (28) *Egin*, 21 de julio de 1990.
- (29) *Diario 16*, 21 de julio de 1991.
- (30) *El Independiente*, 15 de julio de 1991.

Mensaje a la Primera Cumbre Iberoamericana

Fidel Castro *

Señores Presidentes:

Cabe al Gobierno de la hermana nación de México y a su Presidente, el licenciado Carlos Salinas de Gortari, nuestro agradecido reconocimiento por la feliz y oportuna iniciativa de convocar, por primera vez en la historia del Continente, una reunión de Jefes de Estado y de Gobierno de los países que en América compartimos la raíz común del origen ibérico. Para Cuba, el hecho de que haya sido México el gestor de esta reunión es particularmente apropiado, en primer lugar porque se trata de uno de los países iberoamericanos que, por su prestigio internacional, cuenta con mayor poder de convocatoria, lo cual ha quedado una vez más demostrado en este caso; y porque es México sin duda la nación de la América nuestra con la que el pueblo cubano ha mantenido vínculos históricos más íntimos y estrechos.

Nos han honrado con su participación en nuestra reunión los Jefes de Estado y de Gobierno de España y Portugal, como elocuente manifestación de una raíz común. En ninguna otra tierra americana fue más dilatada que en Cuba la presencia de España, ni penetró más hondo la raíz de su cultura y de su sangre, ni se sembró con tanta fuerza el aprecio a los valores de la nación española. En vísperas del quinto centenario de la llegada de España a América, faltaríamos, sin embargo, a la verdad histórica si, junto al enaltecimiento de la gran hazaña científica y humana de Cristóbal Colón y su papel determinante en la conformación del mundo que vivimos, y el reconocimiento de la contribución ibérica en la gestación de esta América mestiza de la que somos hijos, ignoráramos la gigantesca carga de dolor que, desde la conquista y como consecuencia de ella, han acumulado en estos quinientos años nuestros aún sufridos pueblos indígenas y los africanos que fueron esclavizados en este hemisferio. Hoy, cuando de nuevo hay quienes nos quieren descubrir, es imperativo sustituir la simple apología por la conmemoración crítica de tan trascendental acontecimiento en el camino del hombre.

Cobra especial significación esta reunión por el hecho de ser la primera que nos congrega sin haber sido convocados por los Estados Unidos. Muchas veces en los últimos años nos habíamos preguntado las razones por las cuales los Presidentes latinoamericanos no propiciábamos un encuentro como éste para discutir los problemas que son comunes a nuestras naciones. Mientras los Jefes de Gobierno de África se reúnen al menos dos veces al año y los de Europa lo hacen con frecuencia

* Este discurso fue publicado en la *Revista Casa de las Américas*, n.º 185, octubre-diciembre 1991.

aún mayor, no había habido en los últimos treinta años una sola ocasión en que los Presidentes de toda Iberoamérica se reuniesen por iniciativa propia. Por nuestra parte, no sólo esperamos sino que contribuiremos activamente a que esta iniciativa mexicana tenga la continuidad que merece, y que estos contactos prosigan de manera periódica y organizada para provecho de todos nuestros pueblos.

Al discutir aquí nuestras inquietudes y esperanzas, no podemos olvidarnos de que nuestra gran familia iberoamericana no estará completa mientras no se siente con nosotros el representante del Puerto Rico independiente, ni tampoco del hecho de que fuera del ámbito de nuestra reunión quedan millones de hombres y mujeres del Caribe que no sólo son ya también nuestros hermanos por compartir la geografía, el subdesarrollo económico y la cultura, sino que por esa misma razón resultan compañeros de batalla en las tareas que nos estamos planteando.

Ciertamente, la idea de una asociación de los pueblos de Iberoamérica para proteger su independencia frente a todos los enemigos exteriores, es tan antigua como el pensamiento iberoamericano mismo. Simón Bolívar, el Libertador, comprendió la necesidad de coordinar en toda América la lucha por la independencia como mejor garantía de su éxito favorable, y mantener más tarde esa comunidad de actuación a manera de baluarte contra las amenazas externas. El gran "pacto americano" de Bolívar, integrado por pueblos con "un origen, una lengua, unas costumbres y una religión", forjaría "una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo", para presentarla al mundo "con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas".

Otra voz gigante americana, la de José Martí, llamó de nuevo hace poco más de cien años, con palabras de singular vigencia, a la unidad y la integración de las repúblicas de lo que él denominó Nuestra América, cuando la ominosa sombra del panamericanismo caía por primera vez sobre el continente:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, las causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

Martí comprendió como nadie, desde Bolívar, la común identidad iberoamericana y la posibilidad de la unión de nuestras naciones: "Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia" Y como nadie entendió la imperiosa necesidad de la integración y la acción unida: "¡Los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes!"

Si nuestra América es una, como nos dice la historia y nos reafirma la vida, engendrada por los mismos factores, impulsada por los mismos afanes, incitada por los mismos problemas y angustiada por los mismos dolores, una es natural que sea en el aliento por las mismas esperanzas y en la búsqueda de los mismos caminos.

La situación económica y social de la América Latina

En 1991 la América Latina vive el décimo año consecutivo de su peor crisis económica y social del presente siglo, y las perspectivas de superarla y reanudar el crecimiento económico son inciertas. Esta crisis se ha desarrollado con independencia de los altibajos de las economías desarrolladas, mostrando una permanencia que va más

allá de la recesión o expansión en que se encuentren esas economías, y ha provocado no sólo un estancamiento en el desarrollo regional, sino un marcado retroceso en sus posiciones en la economía mundial.

Tomando tan sólo el período que media entre 1970 y 1990, la América Latina retrocedió notablemente en cuanto a su participación a nivel mundial en la recepción de créditos, la inversión extranjera directa y el comercio internacional, y vio estancarse su peso específico en el producto interno bruto y descender sensiblemente en las exportaciones e importaciones. Lo ocurrido en los años 80, que han sido llamados la década perdida, no ha consistido simplemente en una pausa en el desarrollo, sino en una gravísima y profunda transformación en sentido negativo.

Es bien conocido que el producto por habitante en 1990 fue igual al que ya se había obtenido en 1977. Hoy, según datos más recientes contenidos en la Declaración Final de la Segunda Conferencia Regional sobre la Pobreza en América Latina y el Caribe, efectuada en Quito en noviembre de 1990, el número de pobres asciende a unos 270 millones de personas, que representan el 62% de la población total, mientras que no menos de 84 millones viven en condiciones de indigencia.

En esa década no creció el producto por habitante ni ninguno de los indicadores positivos del desarrollo económico y social, pero en cambio aumentó de modo alarmante la pobreza, la deuda externa, la inflación, el desempleo y el intercambio desigual. Los 270 millones de personas sumidas en la pobreza contrastan dramáticamente con la opulencia de pequeñas minorías, que en algunas ocasiones no rebasan un 5% de la población pero absorben las mayores porciones del consumo, hasta alcanzar a veces no menos del 50% del ingreso. La extrema desigualdad en la distribución del ingreso en la América Latina, factor principal de la limitada capacidad de compra de las grandes mayorías en los mercados nacionales y base de profunda inequidad social, no sólo permanece sin solución, sino que se ha agravado en estos años. El aparente relajamiento de las tensiones que se alcanza a finales de la pasada década en torno a la deuda externa latinoamericana, ha llevado a que se pretenda por algunos minimizar su importancia. Sin embargo, la deuda externa continúa siendo hoy el mecanismo más perfeccionado para la explotación de nuestras economías, y sin duda permanece como el obstáculo fundamental para la salida de la crisis en la región.

La impagabilidad de la deuda, que planteamos como un hecho indiscutible en 1985, puso en nuestras manos la posibilidad de que a partir de nuestra acción concertada lográramos una posición frente a los acreedores que permitiera los necesarios cambios para iniciar el camino hacia el verdadero desarrollo. Desafortunadamente, no logramos la unidad imprescindible, los bancos alcanzaron a cubrir sus riesgos y esa oportunidad única para iniciar la solución de nuestros problemas económicos esenciales se perdió. No obstante, la existencia de un mercado secundario que refleja el valor depreciado de nuestras deudas y el desarrollo de programas como el conocido Plan Brady, ponen de manifiesto el reconocimiento implícito de la tesis planteada hace seis años.

En rigor, el problema de la deuda no sólo se ha mantenido, sino que se ha agravado. La América Latina, que debía 222,5 miles de millones de dólares en 1980, pagó por concepto de utilidades e intereses 365,9 miles de millones en el pasado decenio. Pero en 1990 la deuda alcanzaba 423 mil millones. En otras palabras, la deuda casi se duplicó a pesar de que enviamos al exterior una cifra superior en un 64% a la deuda que teníamos en 1980. Hoy dedicamos 4,7 centavos más por cada dólar de nuestras exportaciones a servir los intereses de esos créditos, de lo que destinábamos once años antes. Hoy incluso se pretende hacer más sofisticados los procesos de renegociación hipotecando el futuro de nuestros pueblos, al tiempo que se acrecienta la tendencia al cobro de la deuda en activos nacionales.

Las perspectivas hasta 1995 para una muestra de diecisiete países latinoamericanos y caribeños indican que, si no se produce una reducción del principal, la

deuda de estos países crecerá un 8,7% a pesar de un pago de 69 mil millones de dólares en amortizaciones. Todo lo anterior demuestra que el problema continúa sin resolverse y que, por tanto, el elemento esencial para crear siquiera una salida realista a la crisis económica latinoamericana permanece cerrado ante nosotros.

La inflación, que apenas en 1982 fue del 56,1% como promedio regional, alcanzó en 1990, después de varios años de tenaz aplicación de políticas neoliberales que proclaman como primer objetivo la lucha contra ella, el casi increíble promedio del 1500%. El deterioro de la relación de intercambio alcanzó un acumulado del 21% entre 1980 y 1990 como una clara manifestación del intercambio desigual.

La crisis económica que atraviesa la América Latina encuentra su expresión más dramática en el deterioro de las condiciones de vida de nuestros pueblos. Se estima que en 1989 entre el 35 y el 44% de la población en edad laboral se encontraba total o parcialmente desempleada. Ello ha contribuido a que grandes masas de trabajadores pasaran a engrosar el sector informal urbano, cuyo empleo creció en más de un 40%, donde el trabajo se desenvuelve al margen de la seguridad social y la legislación laboral. Los ingresos reales percibidos por los trabajadores sufrieron un deterioro apreciable de entre un 25 a un 30% en los países más grandes de la América Latina durante el pasado decenio, debido, entre otros factores, a las tasas de inflación que se sufren en estos años.

La población de la América Latina alcanzó los 447 millones en 1990 y durante la presente década deberá crecer en unos 91 millones de personas más, para alcanzar en el año 2000 la cifra de 538 millones. La esperanza de vida al nacer no pasa aún de 68 años como promedio regional, siete años menos que en los países desarrollados. La mortalidad infantil es de cincuenta y cinco por cada mil nacidos vivos, seis veces superior a la de los países desarrollados, y la mortalidad de menores de cinco años asciende a 72 por 100 mil. La mortalidad materna supera las 110 defunciones por cada 100 mil nacimientos.

En 1985 el número de desnutridos ascendía a cincuenta y cinco millones, cifra que aumentará hasta sesenta y dos millones al finalizar el siglo de continuar la tendencia actual en el continente. Padecen anemia sesenta millones de personas y otros treinta millones presentan carencias endémicas de yodo. Las familias más pobres gastan sólo en alimentos entre el 40 y el 60% de sus ingresos.

Sólo el 70% de la población latinoamericana tiene acceso a servicios de salud y ese porcentaje desciende al 42% si se considera a la población que vive en áreas rurales. El 21% de la población no tiene acceso al agua potable, carece de servicios adecuados de saneamiento el 41% de los latinoamericanos y el número de habitantes por médico es de 2,6 veces superior al de los países desarrollados.

No es mejor la situación regional en el campo de la educación. Casi dos siglos después del acceso a la independencia en la mayoría de los países, todavía el 15,3% de la población latinoamericana adulta es analfabeta. En 1985 había nueve millones de niños entre seis y once años que no asistían a la escuela y diecinueve millones de jóvenes de doce a diecisiete años que se encontraban en la misma situación. La tasa de deserción escolar es cercana al 40% antes del cuarto grado de enseñanza primaria. El porcentaje de la matrícula primaria constituido por alumnos que repiten uno o más grados era del 11% en 1985. De cada cien niños que comienzan la escuela primaria, cincuenta y seis no la terminan y se incorporan precozmente al mercado de fuerza de trabajo, sobre todo en el sector informal, con sus condiciones laborales aún más difíciles, o pasan a engrosar la enorme masa de niños de la calle.

Es precisamente sobre los niños que recaen los más crueles efectos de la crisis económica. Hay en la América Latina más de veinte millones de niños sin hogar, que consumen su infancia deambulando por las calles de las grandes ciudades latinoamericanas. Tres millones de niños trabajan más de ocho horas en la economía formal, mientras que otros cinco millones laboran como vendedores callejeros, limpiabotas,

fregadores de autos u otras actividades similares, carentes de protección legal. Un millón de niños menores de cinco años mueren cada año por causas evitables.

Tenemos cuatro veces menos científicos y técnicos por habitante que los países desarrollados, y se nos somete a un sistemático drenaje de personal altamente calificado. Los recursos que dedicamos a estos fines son insuficientes. A esto se une la escasa transferencia científica y tecnológica hacia nuestros países de logros y avances controlados por empresas transnacionales, o en ramas esenciales sobre las que no existe interés alguno en los países desarrollados que nosotros impulsemos. Las nuevas tecnologías de la información, por su parte, dominadas totalmente por las transnacionales de los países industrializados, no están en función de nuestro desarrollo, cultura e identidad, y se convierten en mecanismos de manipulación, formación de corrientes de opinión y dependencia.

El deterioro económico y social ha provocado en América Latina la violenta extensión de la pobreza. Mientras que en 1970 el número de personas que vivían en la pobreza ascendía a 113 millones, entre 1980 y 1986 los pobres crecieron a una tasa promedio anual del 3,8%, que fue el doble de su crecimiento en los años 1970-1980. Según la Conferencia de Quito mencionada antes, las cifras son muy superiores.

La situación de la mujer latinoamericana es también una clara expresión del deterioro de las condiciones de vida en la región, a la vez que reflejo de la discriminación bajo la cual viven y trabajan. En la pasada década había un 5% menos de mujeres alfabetizadas, su escolaridad promedio era un 11% inferior a la de los hombres y su acceso a la universidad un 8% más bajo.

La situación crítica de la vivienda en la América Latina y su acelerado deterioro en los últimos años, ha provocado la proliferación de barrios marginales y villas miseria en todo el continente. La población urbana creció de un 49 a un 72% del total, entre 1960 y 1990. A esto se suma la insuficiente construcción de viviendas, que llegó apenas a cubrir un 24% de las necesidades entre 1985 y 1989. El alto nivel de concentración urbana de la población es uno de los factores de deterioro del medio más significativo en la región, donde el llamado índice de invernadero alcanzó en los últimos años el nivel más alto de todo el Tercer Mundo.

Según lo planteado por la ya mencionada Conferencia Regional sobre la Pobreza, para resolver sólo el déficit existente en cuanto a viviendas construidas con materiales inadecuados y en condiciones de hacinamiento crítico, hasta el año 2000 sería necesario edificar 13,7 millones de viviendas, lo que representa un costo aproximado de 97 mil millones de dólares. Para dotar de sistemas de eliminación de excretas a 36,1 millones de viviendas se requieren 13 mil millones de dólares. Para llevar la electricidad a 18,6 millones de viviendas es necesario un desembolso de 21 mil millones de dólares. Para lograr la escolarización total de los niños en edad de primaria, lo cual significa ampliar en 11,8 millones el número de alumnos que asisten regularmente a la escuela, se requiere un costo de 19 mil millones de dólares. El costo de alfabetizar y dar educación primaria a 34,4 millones de adultos, así como completar la educación primaria a 61,5 millones de adultos adicionales, sería de 22 mil millones de dólares. Para asegurar los servicios de salud a los 99,5 millones de personas que no recibirán atención alguna en el año 2000, harían falta 93 mil millones de dólares.

En conjunto, los recursos financieros necesarios para atender las metas sociales expresadas en los anteriores programas ascenderían a unos 282 mil millones de dólares, cifra que equivale al 66% de la deuda externa acumulada al finalizar 1990. Pero si se le compara con los 365,9 miles de millones de dólares pagados por utilidades e intereses en el pasado decenio, puede entenderse en toda su magnitud lo que la deuda externa significa para la acumulación de la agobiante deuda social que nos asfixia.

Una de las consecuencias más graves de la crisis económica y social de la región es la generación de una permanente situación de inestabilidad e irritación de las masas que puede conducir a convulsiones políticas e incluso a explosiones sociales muy

difíciles de controlar. Esta situación desprestigia y desgasta a cualquier gobierno, por muy nobles que sean sus intenciones y grande el apoyo popular que, a pesar de constantes decepciones, la esperanza renovada de los pueblos haya sido capaz de otorgarle. Asediados por acreedores a los que ya se ha pagado varias veces los préstamos originales, presionados por los organismos económicos internacionales que les exigen aplicar antipopulares políticas de ajuste, se profundiza aún más la crisis social.

Todo esto ocurre en momentos de contracción de la economía mundial, cuando el conjunto de los países capitalistas desarrollados apenas crecerá algo más que un 1% en 1991 y se prevé una evolución desfavorable en cuanto al crecimiento de la producción, el desempleo, la inflación y los desequilibrios externos. Las tendencias a la formación de grandes espacios económicos que concentran cada vez más dentro de sí mismos las corrientes de comercio, inversiones y créditos, y entre los cuales se plantea la competencia actual y en especial la del futuro, significa para nuestros países un reto formidable a su capacidad para el desarrollo autónomo y a la definición del lugar que ocuparán en la economía mundial de las próximas décadas. Mientras que en 1977 la suma de las exportaciones realizadas dentro de los tres grandes bloques económicos representados por los Estados Unidos, Europa y Japón ascendió al 26, 2% de las exportaciones mundiales, en 1989 esa proporción alcanzó el 32,8%.

La Comunidad Económica Europea se apresta a comenzar 1993 con un mercado común que reforzará aún más su actuación como un conjunto orgánico al que corresponderá aproximadamente un 25% del producto interno bruto mundial. La Comunidad ha prometido más de una vez incrementar sus relaciones económicas con la América Latina, pero lo hace insegura y lentamente, en medio de una política proteccionista que tiende a rechazar las exportaciones latinoamericanas, en especial las de origen agrícola, y también en función de sus lazos preferenciales con las antiguas colonias de Asia, el Caribe y el Pacífico.

Las relaciones de la América Latina con la Comunidad han disminuido significativamente desde 1965, y con particular intensidad después de 1981. Si en 1965 la América Latina representaba el 8,2% del comercio comunitario, ya en 1989 se había reducido al 4,5%. Nuestra región sigue exportando en abrumadora mayoría productos básicos y combustibles, mientras que el peso de los productos manufacturados —fuertemente gravados por barreras arancelarias y no arancelarias— alcanza apenas el 13% del total.

Por su parte, Japón, al que corresponde un 15% del producto interno bruto mundial, se concentra con preferencia en su propia área económica. Las consecuencias para la América Latina son asimismo las de una disminución en el total del comercio exterior japonés y una estructura de intercambio caracterizada igualmente por la preponderancia de los productos básicos y la muy escasa participación de las manufacturas, que apenas alcanzan un 3%. La participación de la región en la inversión directa japonesa se ha reducido en las tres últimas décadas y su composición ha variado, retirándose de los sectores productivos y concentrándose en actividades financieras localizadas en algunos de los llamados "paraísos fiscales".

Otros factores globales adversos para la América Latina son la congelación de las negociaciones comerciales multilaterales de la Ronda Uruguay, el mantenimiento del proteccionismo y la política de subsidios agrícolas, así como el desbalance entre la oferta y demanda de capital en los mercados financieros. Según algunos pronósticos, la demanda total de capitales a partir de los reclamos de la Europa del Este, la Unión Soviética, la América Latina y el Medio Oriente sobrepasará en más de doscientos mil millones de dólares la oferta disponible en los próximos años y hará más difícil para los países subdesarrollados captar recursos financieros. Las tasas de interés, además, aumentarán al ser mayor la demanda que la oferta y se hará, por tanto, más pesada la carga del endeudamiento. A todo esto se añade el creciente papel de los Estados Unidos como succionadores de capitales para financiar los

cuantiosos déficits de su economía y como área preferente de radicación e inversión de capitales extranjeros.

Si ciertamente desfavorable para la América Latina, así como para otras regiones del mundo subdesarrollado, es el panorama económico internacional en lo referente a las áreas de predominio europeo y japonés, las relaciones con los Estados Unidos no escapan tampoco a esta negativa situación. Esta país se presenta hoy como gran potencia que ha acentuado su hegemonía militar, pero pierde terreno en la competencia económica entre grandes bloques en virtud de los graves problemas internos que enfrenta su economía. Con una tasa de ganancia declinante y que necesita ser incrementada, con el aumento de la especulación y el rentismo como signos de deterioro productivo, con bajos niveles internos de ahorro e inversión, con una fuerza de trabajo cara y que tiende a ser relativamente escasa por el envejecimiento de la población, con una situación de peligroso endeudamiento interno y externo, con una creciente dependencia del capital extranjero y en medio de una recesión que no ha resultado ser tan leve como su gobierno aseguraba, los Estados Unidos se encuentran necesitados de frenar las tendencias al deterioro de sus posiciones que tienen en el déficit comercial una expresión evidente.

Tomando tan sólo el papel que el financiamiento externo ha ido adquiriendo en la economía y el persistente déficit comercial, es posible comprender la erosión que hoy experimenta la hegemonía económica norteamericana. La prolongada expansión económica de 1982-1990 tuvo como una de sus características la conversión de ese país en receptor neto de grandes masas de capital procedentes del resto del mundo. La economía norteamericana utilizó esas masas de capital para sostener la expansión a pesar de los bajos niveles internos de ahorro e inversión, pero provocando también el cambio en la posición inversora neta de los Estados Unidos a nivel mundial, de una posición positiva a una cada vez más negativa. Si a comienzos de la década las inversiones norteamericanas en el exterior eran netamente superiores a las de los extranjeros en los Estados Unidos -140.906 millones de dólares en 1981-, ya al finalizar la década se había invertido bruscamente el signo hasta alcanzar un saldo negativo de 663 mil millones de dólares en 1989. Esto significa que sólo es posible mantener el estado expansivo a costa de introducir en la economía norteamericana una creciente dependencia del capital extranjero.

El ya crónico déficit comercial de los Estados Unidos alcanzó los 101 mil millones de dólares en 1990, y a pesar de cierta reducción a partir de 1988, su presencia es una innegable manifestación de deterioro competitivo. La posición comercial de ese país en relación con sus competidores de Europa y Japón es la de una potencia que pierde terreno y que pugna por revertir las tendencias negativas, para lo cual necesita reforzar su área de influencia, su espacio económico, y reafirmar en él su dominio.

Es a partir de estas realidades dictadas por la necesidad y no por la generosidad como se debe entender el lanzamiento por el gobierno norteamericano de la Iniciativa para las Américas, cuyo principal elemento es la propuesta de crear una Zona de Libre Comercio. Para evaluar este aspecto de la Iniciativa, hay que partir del estado de las relaciones comerciales actuales y la política comercial que los Estados Unidos aplican hacia la América Latina. Lo primero que salta a la vista es la gran diferencia entre la importancia que la América Latina tiene para los Estados Unidos y la que los Estados Unidos tienen para la América Latina.

La evidencia estadística muestra que en la actualidad, excepto en la inversión directa, la América Latina representa menos para los Estados Unidos que en 1970. En ese año la América Latina absorbió el 15,3% de las exportaciones norteamericanas; en 1989 absorbió el 13,5%. En 1970 abasteció el 14,8% de las importaciones; en 1989 fue sólo el 12,1%. Mientras que en 1970 la América Latina representó el 22,6% del superávit comercial de los Estados Unidos, en 1989 representó sólo el 7,5% del déficit.

En términos comerciales, la región latinoamericana depende en forma creciente del mercado estadounidense para colocar sus exportaciones y recibir sus importaciones, mientras que por el contrario, la América Latina pierde importancia para los Estados Unidos como destino de exportaciones y fuente de importaciones. En 1970 la América Latina envió hacia los Estados Unidos el 36,9% de sus exportaciones totales e importó desde allí el 34,8%. En 1989 la dependencia de ese mercado fue mayor, pues representó el 42,9% de las exportaciones y el 41,4% de las importaciones.

En la composición por tipo de productos del comercio entre los Estados Unidos y la América Latina, se pone de manifiesto que esta región va teniendo una estructura de exportaciones hacia los Estados Unidos cada vez más desfavorables, en la que aumenta el peso de los productos primarios y combustibles, mientras disminuyen los productos manufacturados. En 1970 el 33,2% de las exportaciones de la América Latina fueron productos primarios y en 1988 alcanzaron el 38,9%. Mientras que en 1970 el 45,2% del combustible exportado por la región fue hacia los Estados Unidos, en 1988 esa proporción fue del 57,8%. En cambio, las ansiadas exportaciones industriales de manufacturas, que en proporción del 38,2% del total exportado lo fueron hacia los Estados Unidos en 1970, ya en 1988 cayeron sensiblemente a sólo el 29%. Ese descenso tuvo como principal razón la política proteccionista aplicada por los Estados Unidos, que tiende a bloquear los productos más elaborados y a favorecer los productos primarios.

Este es el punto de partida real en el lanzamiento de la Iniciativa para las Américas, la cual promete un libre comercio despojado de restricciones con un país que hasta ahora lo que ha hecho es colocar barreras a las más sensibles exportaciones latinoamericanas y reforzar la estructura neocolonial del comercio exterior de la región mediante el estímulo a los productos primarios y la discriminación hacia los productos manufacturados.

La política proteccionista en contra de la América Latina se ha basado en medidas no arancelarias, que constituyen hoy el más efectivo elemento en el arsenal proteccionista y son justamente las que no están incluidas en la Iniciativa para las Américas. Entre todos los países examinados, los Estados Unidos son los que con mayor intensidad aplican esas medidas en todos los tipos de productos, excepto en sustancias químicas y textiles. La América Latina fue afectada en 1986 por medidas no arancelarias norteamericanas en un 18,9% de sus exportaciones.

Uno de los componentes de la política comercial practicada por los Estados Unidos más lesivos para la América Latina, es la globalidad, cuyo sentido es integrar el comercio con la inversión y los servicios como instrumento de presión para facilitar la operación de las empresas transnacionales norteamericanas. En cuanto al comercio de servicios, los Estados Unidos son el mayor exportador mundial, y en ese sector tratan de legitimar su superioridad y asegurarse una ventaja permanente, esto es, que las exportaciones norteamericanas de servicios reciban un trato igual a las nacionales en los países receptores. Esto no es más que entregar a las transnacionales norteamericanas el mercado latinoamericano de servicios.

Lo que la Iniciativa para las Américas plantea respecto a la deuda externa de la región y la constitución de un fondo para inversiones de capital, está muy alejado de las medidas necesarias para enfrentar con seriedad los grandes problemas de la crisis económica y social latinoamericana. Una reducción de la deuda oficial por unos siete mil millones de dólares, lo cual no significa siquiera el 2% de la deuda total de la región, equivale en la práctica a no aportar nada nuevo sobre este fundamental problema y dejarlo todo en manos de la lentitud, la insuficiencia y la condicionalidad del Plan Brady. La constitución de un fondo para inversiones de capital por trescientos millones de dólares anuales durante cinco años —de los que los Estados Unidos sólo se comprometen a aportar cien millones— es de una sorprendente pobreza teniendo en cuenta que sólo en tres días la América Latina remite al exterior

esa suma en forma de pago de intereses, amortizaciones y utilidades del capital extranjero.

Para los Estados Unidos la Iniciativa para las Américas no es más que el intento por controlar el comercio con la América Latina, utilizando para ello su superioridad científico-técnica y su capacidad competitiva. Ello parece responder a un cambio en la escala de prioridades norteamericanas, en la cual pierde importancia el conflicto Este-Oeste y la gana la competencia económica a que ese país se ve enfrentado. Se trata de un esfuerzo por afianzar su zona de influencia tradicional y más cercana como respuesta a los avances en la conformación de bloques rivales que ha tenido lugar en Europa y Asia.

Es también un intento por aliviar, a la modesta escala que determina la importancia actual de la América Latina para los Estados Unidos, los problemas de descenso de la tasa de ganancia y el deterioro competitivo, asegurando a sus transnacionales un camino despejado y del que se trataría de excluir a europeos y japoneses. Para esas transnacionales lo que puede ofrecer la América Latina es la baratura de su fuerza de trabajo, de sus materias primas y combustibles, y un mercado comprador relativamente modesto para las exportaciones norteamericanas.

Para la América Latina la Iniciativa no significa solución alguna a su gran problema de la deuda externa y puede significar, en cambio, una profundización del intercambio desigual y la posible destrucción de su escasa capacidad competitiva en aquellas producciones que no convengan a los Estados Unidos. La aplicación de la reciprocidad, que es proclamada por el gobierno norteamericano como fórmula rectora de una política neoliberal a ultranza, equivale a la profundización del intercambio desigual. Aunque es cierto que una parte de las exportaciones de la América Latina recibiría los beneficios del mercado norteamericano, éstos serían más que compensados por el golpe que recibiría su desarrollo industrial al abrir las puertas a productos norteamericanos con los cuales sería imposible competir.

También para la América Latina la Iniciativa significa la cancelación de las posibilidades de desarrollo del sector de servicios. Significa asimismo ahondar la dependencia del mercado norteamericano y establecer una relación cada vez más unipolar como apéndice subordinado de una potencia en retroceso en la competencia económica internacional. Y significa asestar un golpe quizás definitivo a la débil integración económica latinoamericana, al establecer los países una red de acuerdos bilaterales con los Estados Unidos que podrían convertir en privilegiada la relación con esa economía y eliminar el espacio para el desarrollo de relaciones horizontales entre países de la región.

Unidad e integración

Poco es lo que se ha logrado en un proceso de integración que acumula ya más de treinta años de intentos, todos los cuales han quedado lejos de las expectativas regionales. Entre 1970 y 1989 el comercio intralatinoamericano —expresión del grado de avance en la integración— pasó del 12,8% de las exportaciones totales latinoamericanas a tan sólo el 13,9%, como síntoma de un virtual estancamiento.

Diversos fueron los factores responsables de la escasa integración alcanzada y de los magros beneficios de un proceso que comenzó en 1960. Treinta años después, el mercado ampliado sigue limitado por la estrechez de los mercados nacionales, el capital transnacional sigue captando la mayor parte del comercio vinculado a la integración, y ésta no ha sido capaz de hacerse sentir con fuerza en aspectos como los acuerdos de especialización productiva, la coordinación de políticas económicas, el desplazamiento de la fuerza laboral y su acceso al trabajo entre países, entre otros aspectos. Es obvio que en una economía mundial donde los imperativos de la moderna tecnología inducen la formación de grandes espacios económicos como única posibilidad de participar activamente en ella, la integración económica es hoy

una necesidad no sólo como instrumento para acelerar el desarrollo, sino como una condición para la supervivencia y la preservación de la independencia y la identidad latinoamericanas.

Para ello es imprescindible vencer la enorme inequidad que se refleja en la muy desigual distribución del ingreso. Pero no sería posible superar este obstáculo al desarrollo y a la integración, poniendo en práctica políticas de corte neoliberal que pretenden aplicar en la América Latina, con un rigor y una pureza como jamás lo hicieron ni lo hacen los gobiernos de los países desarrollados, fórmulas de privatización a ultranza y de absoluta apertura de las economías.

La política neoliberal no tiene éxitos importantes que mostrar después de casi una década de aplicación en la América Latina. No ha sido capaz de derrotar a la inflación, aunque ése es uno de sus principales objetivos declarados. No ha sido capaz de atraer capitales, a pesar de las muchas concesiones realizadas, pero en cambio ha contribuido a que la América Latina realice una impresionante transferencia neta de recursos al exterior por 224 mil millones de dólares entre 1982 y 1990, etapa de amplia aplicación de esas políticas. No ha sido capaz de reactivar el crecimiento económico, pero en cambio ha contribuido al pago del servicio de la deuda externa a un costo social extremo. No ha sido capaz de lograr la prometida inserción en la economía mundial, pero en cambio ha ayudado a que la América Latina retroceda en los principales indicadores que expresan su participación en el comercio, la inversión de capitales y los préstamos recibidos, y a que la pobreza, el desempleo y la polarización social sean hoy rasgos sobresalientes de la realidad latinoamericana.

Sin embargo, ante estas realidades que enfrentamos y los retos que nos convocan, nos corresponde encontrar entre todos una respuesta eficaz y coherente. Todos estos problemas pueden tener solución en la medida en que definamos claramente los objetivos a alcanzar y actuemos unidos para lograrlos. El mensaje principal que debe salir de esta reunión debe ser el de la voluntad de enfrentar, con el esfuerzo mancomunado de todos, las situaciones que agobian a nuestros pueblos. Si somos capaces de comenzar a responder a estos reclamos dando, ante todo, continuidad a los contactos que ahora inauguramos, habremos logrado el principal objetivo de esta reunión, que es el de forjar un marco de discusión, como primer paso hacia una mayor unidad, una amplia y efectiva colaboración y, en su momento, la necesaria integración económica y política.

La unidad de lucha, que surgió como necesidad fundamental para el logro de la independencia, más tarde se frustró, aun cuando constituía el elemento esencial para la preservación de nuestra soberanía e identidad nacional y cultural, y el rechazo de la penetración económica y política foránea. Durante todo el siglo XIX, cada intento de unión latinoamericana estuvo condicionado por una amenaza externa contra nuestros pueblos.

Sin duda, es mucho más lo que debe unirnos que lo que puede separarnos. Nos debieran unir raíces comunes, historia, luchas por la independencia, una misma cultura; nos debiera unir el afán de libertad de nuestros pueblos, su aspiración por el logro de la equidad y la justicia. Nos debiera unir también la común paternidad de las doctrinas sobre la autodeterminación de los pueblos, la no intervención en sus asuntos internos y el ejercicio pleno de la soberanía.

Hoy nos debiera unir, además, la lucha contra la miseria y el hambre, las condiciones de insalubridad e ignorancia en que viven grandes masas de nuestros pueblos, la falta de trabajo y de vivienda de muchos de nuestros conciudadanos y todos los demás efectos de la crisis económica y social que nos oprime y empobrece. Nos debiera unir, por tanto, el imperativo de luchar, si queremos que nuestros pueblos traspongamos con dignidad el umbral del próximo milenio.

Somos realmente uno, como postuló Martí "en el origen, en la esperanza y en el peligro".

La división ha sido siempre nuestra mayor debilidad. Los que nos han dividido

son los mismos que nos han neocolonizado y explotado. Son los que hoy nos quieren de nuevo descubrir y conquistar para prolongar, ahora con métodos distintos, el saqueo de nuestros pueblos.

Si bien la integración ha de ser nuestra meta, es obvio que se trata de un objetivo que requiere de un proceso gradual que no culminará, aun con la voluntad y decisión con que se emprenda, en un lapso muy inmediato. Pero, entretanto, un primer paso es una mayor comunicación entre nuestros países, que nos permita, en el marco de la pluralidad y la diversidad que nos caracteriza, abordar con seriedad y espíritu constructivo el análisis conjunto de los graves problemas que nos afectan e iniciar la búsqueda colectiva de las mejores soluciones. Es preciso, además, la instauración de mecanismos permanentes de colaboración y la implementación de proyectos y programas concretos. De lo que se trataría sería de llevar a cada país lo mejor de las experiencias y los resultados de los demás en materia de desarrollo científico y tecnológico, la producción agropecuaria e industrial, la extensión y perfeccionamiento de la atención a la salud, la educación y demás servicios sociales, la protección del medio, la promoción de la cultura y cuantos otros terrenos sean susceptibles de un trabajo organizado y decidido de cooperación.

Cuba: desarrollo económico y social

A lo largo de más de treinta años, nuestro pequeño país ha debido enfrentarse a los obstáculos que supone todo proceso de desarrollo, acrecentados por la permanente hostilidad del gobierno de los Estados Unidos, cuyo férreo bloqueo económico se mantiene desde 1961. El derecho al desarrollo lo hemos asegurado a pesar de que los cálculos más conservadores sobre el costo del bloqueo norteamericano indican que hemos sido privados de recursos equivalentes a más de quince mil millones de dólares en los últimos treinta años. La construcción de una sociedad más justa y humana bajo estas circunstancias ha sido una proeza histórica del pueblo cubano.

Nuestro desarrollo económico hizo posible enormes avances sociales. Para citar algunos ejemplos: sólo entre 1985 y 1990 la tasa de mortalidad infantil pasó de 16,5 a 10,7 por mil nacidos vivos; la esperanza de vida al nacer alcanzó casi setenta y seis años; las prestaciones por concepto de seguridad y asistencia social se elevaron un 33%; los gastos en viviendas y servicios comunales crecieron un 20,2%, en educación y salud pública un 15,5% y en actividades culturales y científicas un 32,9%.

A pesar de considerables reducciones de las importaciones en divisas convertibles, durante el pasado quinquenio sectores decisivos para asegurar la supervivencia y el desarrollo de la sociedad cubana, tales como las construcciones y la agricultura, mostraron tasas de crecimiento del 13,7% y 4,7%. Parejamente, continuaron desarrollándose los principales renglones exportables, y el turismo duplicó sus ingresos brutos. El valor de los logros científicos introducidos en la economía pasó de 39 millones de pesos en 1986 a 819 millones en 1990. No obstante, desde el segundo semestre de 1989 el país debió enfrentar el derrumbe del campo socialista y las crecientes dificultades de la Unión Soviética. Con ellos Cuba sostenía más de las tres cuartas partes del comercio en condiciones de intercambio justas y razonables. Bajo estas extraordinarias circunstancias, al país no le quedó otra alternativa que asumir a partir del último trimestre del pasado año un programa de emergencia, que denominamos período especial. Sin embargo, estas medidas en nada tienen que ver con las conocidas políticas de ajuste propugnadas por el Fondo Monetario Internacional, pues se han adoptado partiendo del principio de asegurar una adecuada protección a todos los ciudadanos. Así, la reubicación de la fuerza de trabajo que necesariamente entraña este proceso, se está desarrollando de manera ordenada y asegurando, incluso, un subsidio a aquéllos que no puedan recalificarse o reubicarse, equivalente al 60% de su salario básico.

Las afectaciones al consumo se han asumido repartiendo equitativamente el

impacto de las escaseces y privilegiando en la solución de los problemas a los sectores de más bajos ingresos, así como a niños y a ancianos. No se ha dado así, en el caso de Cuba, la situación lamentable de otras naciones, donde una minoría opulenta es inmune a la crisis mientras la mayoría de la población se sumerge de forma creciente en los más profundos niveles de pobreza.

Ante estas circunstancias particularmente difíciles, muchos se han preguntado si podrá Cuba enfrentar con éxito esta hora de pruebas.

Luchamos firmemente para enfrentar estos tiempos difíciles, no sólo porque tenemos la firme voluntad de resistir y vencer, sino también porque hemos creado en los últimos treinta y dos años los factores propiciantes del desarrollo que permiten asumir los desafíos del presente. Entre ellos cabe destacar el alto nivel científico-técnico y profesional de nuestros recursos laborales, las capacidades de producción industrial creadas en el país, la infraestructura económica de que se dispone, el nivel de satisfacción alcanzado en un importante grupo de necesidades sociales básicas y la cohesión del pueblo en torno a la Revolución y a sus proyecciones socialistas de desarrollo económico y social.

La estrategia que se ha adoptado para enfrentar el desafío que significa la adversa coyuntura económica internacional, se concentra en el impulso a proyectos específicos que se agrupan en un programa alimentario y programas para la generación de las divisas que hoy demanda el país, con énfasis en el desarrollo del turismo y la industria médica y biotecnológica. No obstante estos esfuerzos, el impacto a corto plazo de los factores externos negativos en la economía, sólo resultarán parcialmente compensados por los programas de desarrollo en curso, tomando en cuenta el período de maduración mínimo que los mismos demandan, y estamos conscientes de que nos esperan dificultades serias y tal vez aún mayores.

Mientras tanto, podemos proclamar que en Cuba no existe el analfabetismo: la escolaridad media de la población es de ocho grados de enseñanza; la seguridad social cubre al 100% de la población trabajadora y beneficia al 10% de los habitantes. Todos los servicios sociales básicos se ofrecen gratuitamente al pueblo. En Cuba no existe la discriminación racial ni por sexos; fue erradicada la droga; no hay mendigos en las calles, ni ancianos sin amparo; prácticamente no existe el desempleo.

Democracia y Derechos Humanos

El objetivo de unidad e integración que hoy nos anima, nos permite analizar, en un marco de respeto a la soberanía y autodeterminación de nuestros países y dentro de la diversidad que nos caracteriza, formas superiores de participación e igualdad de oportunidades en el seno de nuestras sociedades, como vía posible para la ampliación y profundización de la democracia en el continente y el pleno ejercicio por todos de los derechos individuales, sociales y políticos. Solamente podremos aspirar al elevado ideal democratizador que todos buscamos si resolvemos los graves problemas de miseria y marginalidad en que vive sumida más de la mitad de la población del Continente. No es posible hablar de democracia y participación a los que viven carentes por completo de los más elementales derechos y para los que la igualdad es un concepto vacío y abstracto. Seremos capaces de alcanzar estas aspiraciones y objetivos en la medida en que resolvamos la crisis económica y realicemos los cambios estructurales necesarios que permitan superar la desigualdad, aseguren una justa y equitativa distribución de la riqueza y creen condiciones para el acceso pleno de toda la población a los beneficios sociales y los derechos políticos. Sólo así se podrán democratizar plenamente nuestras sociedades y podrá cada pueblo, en el pleno ejercicio de su soberanía e independencia, escoger las vías y los medios para la organización de la sociedad y las formas de participación más efectiva y directa de todos los ciudadanos dentro de ella.

El sistema político, las formas de gobierno, los mecanismos de elección que aseguren una real y efectiva participación de todo el pueblo en la vida política, son

decisión soberana de cada país. Están determinados por la historia, las tradiciones, las experiencias y las aspiraciones de cada pueblo. En el caso de Cuba, nuestra democracia, resultado de una experiencia histórica concreta, es una conquista basada en la unidad nacional, la propiedad social y la participación popular. Esa participación del pueblo en las decisiones que rigen sus destinos es la esencia de nuestra democracia, que se acredita por medidas concretas vinculadas a la satisfacción de las necesidades de desarrollo de nuestra sociedad.

Nuestra Constitución fue aprobada hace once años, mediante voto libre y secreto, por más del 97% de nuestro pueblo. Más del 95% de los electores participan regularmente en nuestros periódicos procesos electorales, que no por desconocidos tienen que ser menospreciados o distorsionados en su contenido profundamente democrático. Nuestro sistema electoral tiene como premisas la nominación múltiple y directa en la base de los candidatos por la voluntad mayoritaria de los electores libremente ejercida, el permanente control que se practica por los electores de la gestión de sus representantes, incluida la posibilidad de revocación de su mandato, la participación masiva de los ciudadanos con derecho al voto en los actos electorales, el voto libre y secreto. Nuestro Estado socialista, nuestro sistema político y social, nuestro ordenamiento económico, a la par que nuestro territorio, son defendidos por el propio pueblo, en cuyas manos están las armas.

En su ejercicio permanente y cotidiano, nuestra democracia tiene en sí misma, por su condición no sólo electiva, sino también y sobre todo participativa y popular, las potencialidades para su propio perfeccionamiento, porque estamos convencidos de que nunca debe cesar la búsqueda de formas superiores de organización y perfeccionamiento de un sistema político que, como el nuestro, surgió de una revolución autóctona, americana y popular, y junto al rescate de la soberanía y la reivindicación nacional de la riqueza del país en manos extranjeras, creó condiciones de igualdad y de derecho sin precedentes en nuestros pueblos.

Por eso hoy, aun en condiciones de acoso, hostilidad y amenazas exteriores, hemos emprendido, en consulta con el pueblo, estudios destinados a mejorar nuestro sistema, profundizando más aún la participación popular y perfeccionando las estructuras de gobierno. No se trata de complacer a nadie. Cuba jamás hará concesiones en su sistema político bajo la presión, la amenaza y el intento de imposición. En más de treinta años de confrontación jamás hemos cedido en uno solo de nuestros principios y derechos, ni menoscabado nuestra soberanía.

Vinculada a la pretensión de dictar a Cuba un determinado modelo de democracia, está la campaña relacionada con la supuesta violación de los derechos humanos en nuestro país. La verdad histórica –vale la pena recordarlo aquí– es que la política hostil y las agresiones contra la Revolución cubana por parte de los Estados Unidos, cuyos puntos culminantes en su primera etapa fueron la ruptura de relaciones diplomáticas y la búsqueda del aislamiento político, el bloqueo económico, los intentos de desestabilización, los planes de asesinato de los principales dirigentes cubanos y la agresión militar de Playa Girón, fueron la respuesta de aquel país a la reforma agraria y a las nacionalizaciones de las propiedades norteamericanas en Cuba.

A lo largo de los años esta política fue justificada con los argumentos de la protección del sistema interamericano contra la penetración de la ideología del comunismo internacional y otros similares. Hoy, sin embargo, cuando estos argumentos serían simplemente ridículos, el ejemplo de dignidad y rebeldía que emana de Cuba sigue siendo una obsesión para los gobernantes norteamericanos, y es preciso esgrimir otros pretextos.

En realidad, si de derechos humanos se trata, lo logrado por Cuba no puede compararse con la situación de ningún otro país del Tercer Mundo. Ningún otro Estado ha hecho en favor de la persona humana lo que Cuba. El derecho a una existencia decorosa, al trabajo, a la educación, a la cultura, a la salud, a la seguridad, el

derecho –en una palabra– a una vida digna, están garantizados para todos nuestros ciudadanos por igual. No se encontrará en Cuba el clima generalizado de violencia que caracteriza a la gran mayoría de las sociedades actuales. No se verá en las calles de sus ciudades a un solo niño descalzo, buscándose la vida de cualquier manera, ausente de la escuela, carente de protección; no se verá un pordiosero viviendo de la limosna, ni se observarán las situaciones extremas de miseria y desamparo que se aprecian incluso en las opulentas capitales de muchos países desarrollados. No se advertirá el uso y comercio de la droga ni la práctica del juego, ni se presenciara el doloroso espectáculo del pueblo reprimido por la fuerza.

Pudiéramos preguntarnos si no es humana una sociedad en la que cada ciudadano tiene asegurada la atención calificada y gratuita a su salud cueste lo que cueste; una sociedad donde no hay analfabetos, que ofrece a todos por igual la oportunidad de estudiar y de acceder a la cultura, la posibilidad de desarrollar y poner en acción la inteligencia y la capacidad creativa de cada ciudadano; una sociedad que ha formado a sus hombres y mujeres en la solidaridad y el desinterés, en la que cientos de miles de sus hijos han ayudado a otros pueblos por difíciles que hayan sido las condiciones en las que esa ayuda se brindaba.

En su obsesiva campaña contra nuestro país, no han vacilado en acudir a las peores calumnias. Lo cierto, y lo que se encargará de consignar la historia de modo irrefutable, es que después del triunfo de la Revolución jamás en Cuba un prisionero sufrió violencia física y que jamás se ha dado el caso de un desaparecido. ¿Cuántos son en este mundo los que pueden hablar en esos términos?

El contexto internacional

Cuba comparte la percepción de que han tenido lugar cambios sustanciales en la estructura del sistema de relaciones internacionales sustentada en dos bloques antagónicos. Se ha producido un viraje y las tendencias inexorables del proceso conducen al parecer a un nuevo reordenamiento en las relaciones internacionales. Resulta evidente la sensible atenuación del peligro de un holocausto nuclear, y asistimos a un diálogo entre las grandes potencias en el que parecen haberse superado la política de confrontación y la permanente desconfianza. Es, sin embargo, prematuro dar por concluido ese reordenamiento y, mucho menos, atribuir a estos cambios en todos los casos un alcance necesariamente positivo para el destino de los pueblos del Tercer Mundo.

Entre los incuestionables logros y avances de la transición en que nos hallamos, figuran los pasos que vienen dándose para alcanzar acuerdos en materia de desarme, de control de diferentes tipos de armas de exterminio masivo, de reducción incluso de los gastos militares y para la concreción de otros entendimientos en aras de la solución negociada de algunos conflictos regionales. Lo esencial, sin embargo, es si todo ello nos aproxima efectivamente a una paz verdadera que llegue por igual a todas las naciones, basada en el respeto a la soberanía, la independencia y la autodeterminación. La reflexión a la que estamos llamados no puede soslayar que mientras se conforma un nuevo tipo de relación entre las superpotencias pueden tener lugar actos de brutal injerencia como la invasión de un pequeño Estado como Panamá, último eslabón de una cadena de hechos similares en este hemisferio.

Una señal inequívoca del papel que los Estados Unidos se asignan en ese nuevo orden, así como de uno de los posibles efectos de la colaboración entre las grandes potencias y del modo en que pueden verse sometidos a intereses geopolíticos los instrumentos de las Naciones Unidas para la regulación de los conflictos, fue la guerra del Golfo, donde aquel país, con todas las ventajas imaginables y extrayendo el máximo provecho de la burda e injustificable ocupación y anexión de Kuwait por parte de Iraq, llevó a cabo, con todo el oportunismo de que es capaz, una demostración espectacular de supremacía tecnológica, convirtió la región en un gigantesco

polígono de tiro y afianzó sus posiciones en previsión de ulteriores rivalidades económicas y estratégicas. Se derramó abundante sangre y se produjo enorme destrucción en un problema que pudo ser resuelto sin guerra.

El análisis objetivo de la evolución de los acontecimientos muestra que a pesar de lo que se ha progresado en el relajamiento de las tensiones y en el cuestionamiento de la política de amenazas militares, de presiones y de coerción económica que, como continúa demostrando la experiencia de Cuba, ha caracterizado las relaciones internacionales en los últimos treinta años, en los círculos de poder norteamericanos, que se reconocen como vencedores de la llamada guerra fría, prevalece un enfoque y una práctica inescrupulosamente hegemónicos.

Por otra parte, la paradoja de que las potencias derrotadas en la Segunda Guerra Mundial emerjan como polos de concentración y poderío económico que desafían la supremacía norteamericana y de que, en este orden, el auge y la expansión de la Comunidad Económica Europea, Japón, algunos países asiáticos de la cuenca del Pacífico y la propia China permitan avizorar una multipolaridad, excluyente desde luego de la mayoría de los países del Tercer Mundo, debe asumirse por nosotros, los países iberoamericanos, con la comprensión actual de que el reto más acuciante para el ejercicio de los principios del derecho internacional y sobre todo para la exclusión definitiva de la injerencia en los asuntos internos de cada país es la hegemonía política y militar de los Estados Unidos. No se trata de remplazar la retórica de la confrontación por el triunfalismo. El nuevo orden mundial puede ser al cabo peor que el anterior: un mundo unipolar en el cual el cese del antagonismo entre los bloques, exaltado por algunos como el fin de las ideologías y el triunfo de los valores universales, obedece ante todo a la extinción de la comunidad socialista, mientras perdura, ahora sin ese rival, el sistema de relaciones económicas y políticas del imperialismo que sojuzga y mantiene la contradicción principal con el Tercer Mundo.

Hemos pasado a un escenario en el que la OTAN, cuya razón de ser se supone ha desaparecido, se ha enfrascado en un proceso de discusiones acerca de su futuro que, ciertamente no apuntan hacia su disolución. Por el contrario, se reitera la presunta necesidad de fortalecer su poderío "en defensa de la seguridad occidental". En ese espíritu los Ministros de Defensa de la organización aprobaron recientemente la creación de una fuerza de despliegue rápido que pudiera actuar incluso fuera de los límites de la Alianza en "situaciones de amenaza potencial".

Cabe preguntarse: ¿de dónde pudiera provenir esa amenaza? Sería ocioso subrayar la trascendencia de las radicales transformaciones políticas y de los procesos de restauración capitalista que tienen lugar en los Estados de la Europa del Este que integraron la comunidad socialista. Diríase que los cambios de sistema político y social en esos países, en función de los cuales se tornó incompatible el CAME y obsoleto el Tratado de Varsovia, y que tuvieron lugar en el contexto de la crisis interna de cada uno de ellos, constituyen un precedente histórico de irrestricto respeto a la libertad de opción y a la autodeterminación que aporta a la práctica del derecho internacional una conducta inédita. Está por verse si esa conducta soportará en el futuro, más tarde o más temprano, la prueba suprema de que al mundo bipolar ha sucedido en verdad otro, en el que se excluyan las prácticas compulsivas y la política de esferas de influencia.

Entonces ¿contra qué enemigo conciben a estas alturas los planificadores de la OTAN fuerzas de despliegue rápido en el teatro europeo o fuera de éste? ¿Permanecerían impasibles y respetarían el derecho soberano de cada pueblo a darse el régimen social que corresponda a sus intereses, a su experiencia, y a la voluntad de su mayoría, en cualquier país del Tercer Mundo que decidiera abandonar el capitalismo? ¿Tolerarían que en alguno de los países de la Europa Oriental se diera un proceso en sentido inverso? ¿O tendrían lugar intervenciones como las que conocemos bien los países iberoamericanos, sirviendo de fachadas estructuras regionales como en Santo Domingo o simplemente ocupando militarmente un pequeño país como Granada?

La paridad estratégica y el equilibrio bipolar constituyeron durante los años más críticos de la guerra fría un factor de seguridad en evitación de la conflagración nuclear. Su remplazo por la plena vigencia del derecho internacional y de las Naciones Unidas como el sujeto fundamental de ese derecho, debe ser acogido con beneplácito, pero sin ilusiones y sobre todo con la esclarecida y firme convicción de la necesidad impostergable de renovar y democratizar el sistema de Naciones Unidas, para que esta organización pueda ejercer a plenitud su jerarquía, prerrogativas y funciones. Mientras cinco grandes potencias dispongan de privilegios respecto a los demás integrantes del Consejo de Seguridad y sobre todo se mantengan el injustificable derecho al veto que pertenece a ese mundo bipolar de cuyo fin nos estamos vanagloriando, la voluntad de la mayoría de la comunidad internacional y el mandato de la Asamblea General pueden ser burlados, y los intereses de los pueblos del Tercer Mundo, al que pertenecemos nosotros los iberoamericanos, sencillamente dejados a un lado.

Las condiciones en que ha tenido lugar el cese de la bipolaridad y la tendencia a la concertación entre las grandes potencias fomentan un nuevo peligro al que de ningún modo podemos ser ajenos, sobre todo después de las más recientes experiencias a propósito de las decisiones tomadas respecto a Iraq, mucho más allá de las sanciones a que se hizo acreedor. Con todo vigor debemos oponernos a una nueva versión y, sobre todo, a una práctica a escala global de la sedicente "doctrina de la soberanía limitada", peligro que asoma en nociones tales como el derecho de injerencia y de asistencia humanitarias con las cuales se confunden, deliberadamente, las revalorizaciones del concepto de soberanía a que dan lugar los propios procesos integracionistas y se pretende disponer de un aval para intervenir en los asuntos internos de los Estados.

Las naciones del Tercer Mundo siempre concebimos la superación de la confrontación, la reducción de los gastos militares y el proceso de desarme como un prerrequisito para el surgimiento de condiciones que posibilitaran una nueva era de colaboración y de soluciones pacíficas a los conflictos, y sobre todo para poder plantearnos con racionalidad y justeza la definitiva superación del problema de la deuda, el proteccionismo y el establecimiento de un nuevo orden económico, como premisas insoslayables para emprender los cambios y encauzar de modo estable el desarrollo y el progreso social. Por eso la importancia que asignamos hoy a la reducción de los gastos militares a nivel mundial, es la posibilidad de que inmensos recursos financieros dilapidados durante años puedan liberarse por esta vía y utilizarse en la solución de la deuda externa y los agobiantes problemas económicos de los países del Tercer Mundo.

Por otra parte, el surgimiento de una situación de inestabilidad y de conflictos internos en la URSS se suma de forma decisiva a los acontecimientos antes señalados y contribuye al desequilibrio que prevalece hoy en las relaciones internacionales. Desaparecida la llamada "amenaza soviética" y tras la prueba de fuerza del Golfo, en los dirigentes norteamericanos se fortalece la concepción de que la seguridad nacional de los Estados Unidos debe enfrentar por todos los medios y según su interpretación en cada caso el desafío de los conflictos regionales, las guerras de baja intensidad, el narcotráfico y la subversión, cuyos escenarios más probables, aunque no únicos, se encuentran en el Tercer Mundo.

Todos estos hechos obligan con urgencia a estudiar, en esta nueva etapa que algunos llaman de la posguerra fría, el papel que corresponde jugar a unas Naciones Unidas renovadas, democratizadas, con los cambios y reajustes necesarios para que asuma a plenitud su decisivo e insustituible papel en la preservación de la paz y la estabilidad internacional, en la defensa del derecho de las naciones y de manera destacada en la remodelación del futuro de la humanidad.

El derecho de todo Estado al pleno ejercicio de la soberanía y el de todo pueblo a la libre determinación de su régimen político, económico y social, sin injerencia

alguna en los asuntos de otros ni intervención de otros en los suyos propios, son los pilares sobre los que se ha construido el orden jurídico internacional, en cuya codificación tuvieron nuestros países una participación decisiva. Urge hoy más que nunca levantar la defensa de esos principios y de otros que, como la igualdad soberana de los Estados, la solución de controversias por medios pacíficos y el no uso de la fuerza, la amenaza de la fuerza o la coerción, han demostrado su capacidad de contribuir al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. En materia de derecho internacional, nuestra acción concertada es también necesaria en asuntos tan cruciales para nuestros pueblos como la implantación de un nuevo orden económico, la protección del medio, la transferencia de tecnología, la proscripción del uso de la fuerza o la coacción de cualquier naturaleza, el derecho del mar, la salvaguarda de los derechos humanos y la lucha contra el narcotráfico, por mencionar sólo algunos de los campos de posible cooperación.

El narcotráfico, la actividad delictiva más nueva, degradante y violenta de la sociedad contemporánea, mantiene un permanente crecimiento a pesar de los esfuerzos que se realizan a nivel internacional, por los inmensos recursos que genera. El factor determinante de esta cadena delictiva supranacional, como se ha dicho por muchos, es el mercado, por su peso económico gigantesco y porque a partir de él se renueva la demanda. La producción y los pasos intermedios de la elaboración, transporte y comercialización son eslabones secundarios y dependientes. Para los países productores, el narcotráfico no constituye un factor económico determinante ni un elemento de desarrollo social, aun cuando los ingresos sean sustanciales. Por el contrario, los fondos que se obtienen por esta vía propician una gigantesca corrupción y un clima de violencia y terror. El mercado principal del narcotráfico se localiza en los países desarrollados, especialmente en los Estados Unidos y Europa.

La lucha contra el narcotráfico debe abarcar todas sus fases, desde la producción hasta la distribución y el consumo. Este último constituye sin duda el elemento fundamental de cualquier programa de control. Respecto a los países productores, la eficacia de las medidas dependerá de la solución de los problemas económicos y de la disponibilidad de recursos para las transformaciones productivas, y el apoyo a los campesinos involucrados en esos cultivos.

Cuba, donde no se produce, ni se procesa, ni se trafica ni se consume droga alguna, ha dado muestras suficientes de su disposición a combatir toda manifestación de actividad relacionada con las drogas o todo intento de implicar al país en el narcotráfico. Nuestra posición geográfica nos convierte en zona de tránsito obligado por mar o por aire para una parte del tráfico de droga hacia los Estados Unidos. La sistemática persecución de esa actividad en nuestro territorio ha posibilitado entre 1970 y junio de 1991 la ocupación de setenta y cuatro embarcaciones y treintinueve aviones y la captura de 428 traficantes de diferentes nacionalidades, así como la ocupación, solamente entre 1985 y el mes de junio de 1991, de más de 125 toneladas de marihuana y 5.941 kilogramos de cocaína, todo con destino a los Estados Unidos.

Hemos firmado y seguiremos firmando con nuestro países vecinos convenios que viabilicen la acción conjugada y eficiente, y hemos dicho a los Estados Unidos que estamos dispuestos a negociar con ellos acuerdos similares. Una vez más reiteramos la total disposición de Cuba a colaborar en cuanto esfuerzo serio y coherente se emprenda en la lucha contra el narcotráfico, incluso de carácter regional, a partir del respeto más estricto a la soberanía de los Estados.

En el caso de Cuba, la distensión y la paz no nos han alcanzado. La política agresiva y hostil de los Estados Unidos contra nuestro país no sólo se mantiene sino que se endurece, se amplía y se trata de incorporar a ella, mediante presiones y amenazas, a otros países. De todas esas medidas merece destacarse que durante más de treinta años se nos ha aplicado un férreo bloqueo económico, que llega a extremos tales como la prohibición de la compra de un medicamento o un equipo

para la salud. Este hecho no sólo constituye una flagrante violación del derecho internacional y de las normas elementales de convivencia pacífica entre los Estados, sino además la más brutal de las violaciones a los derechos humanos de todo un pueblo aplicado por otra nación en tiempos de paz. Intentar someter a Cuba a la humillación de imponerle una inspección por supuestas violaciones de los derechos humanos, es un ejemplo de que los organismos internacionales de la ONU pueden ser manipulados para una burda acción de venganza dictada por la obsesión anticubana del gobierno de los Estados Unidos. Si existiera una real preocupación por los derechos humanos en nuestro país, a quienes habría que condenar sería a los responsables del criminal bloqueo a que es sometido el pueblo cubano.

Ante la carencia de recursos energéticos capaces de asegurar los ritmos de crecimiento requeridos para su desarrollo, Cuba emprendió hace más de diez años un programa energético nuclear con la asistencia de la URSS, que se concreta en estos momentos en una central en proceso de terminación. Especialistas de la Organización Internacional de Energía Atómica y expertos venidos de otros países, incluidos los Estados Unidos, han dado fe de que la construcción de esta central está basada en los parámetros más rigurosos internacionalmente vigentes para instalaciones de este tipo. No obstante, haciendo caso omiso de la seriedad con que nuestro país ha abordado esta tarea, medios de prensa en los Estados Unidos han desatado campañas que pretenden presentarnos al margen de las normas internacionales vigentes y en posición irresponsable que ponen en peligro a otros países vecinos en la región.

La posición cubana al respecto ha sido clara y de cooperación ante aquéllos que de buena fe han requerido información sobre la seguridad que ofrecen estas instalaciones. Es esta reunión ocasión propicia para que ratifiquemos nuestra disposición a desarrollar programas de inspección sobre bases de reciprocidad, incluso con los Estados Unidos, que también poseen instalaciones de este tipo y cuyas normas de seguridad es de interés para nosotros verificar dada su cercanía geográfica.

En los últimos meses, como contribución a una posición común de la América Latina, hemos pedido ingresar como observadores en el Organismo para la Descripción de las Armas Nucleares en América Latina y el Caribe. Aunque no ha desaparecido ninguna de las circunstancias mencionadas por Cuba para no firmar el Tratado de Tlatelolco, hemos dicho y reafirmamos aquí que cuando todos los países de la América Latina asuman las responsabilidades del Tratado, Cuba, pensando en la unidad regional, estará dispuesta a suscribirlo también.

Cabe recordar que, no obstante las claras posiciones hostiles y las políticas agresivas desarrolladas por los gobiernos de los Estados Unidos hacia Cuba en todos estos años, nunca ha faltado por nuestra parte --y así lo hemos manifestado en numerosas ocasiones-- la voluntad de dialogar y resolver, sobre la base de los principios y el respeto mutuo, las diferencias que nos separan.

Cuba y la integración económica latinoamericana

En diversas ocasiones hemos planteado que Cuba era el país mejor preparado para la integración en la América Latina, a partir de sus posibilidades reales no sólo de realizar cualquier tipo de operaciones económicas, sino también de barrer con los obstáculos políticos que se antepusieran en el camino de nuestra colaboración. Nuestro país ha meditado seriamente qué pasos pudieran darse a corto plazo para acelerar este proceso integrador. Con ese objetivo considero que esta reunión es ocasión propicia no sólo para que ratifiquemos nuestra voluntad de actuar unidos, sino también para proponer líneas de colaboración en las que Cuba pudiera actuar.

Uno de los problemas más complejos que debemos enfrentar y resolver para impulsar nuestras relaciones económicas, es dar solución a la deuda contraída por Cuba con varios países de América Latina. En tal sentido, es bueno recordar que hasta hoy hemos encontrado en nuestros acreedores latinoamericanos una voluntad

de encontrar soluciones aceptables para todas las partes que no hemos apreciado en otros acreedores.

En esa dirección, Cuba estaría dispuesta a buscar soluciones que incluyeran negociaciones flexibles que pudieran conllevar nuevas formas de pago que tomaran en cuenta soluciones razonables y aceptables para todas las partes.

En lo relativo a las empresas conjuntas, Cuba estaría dispuesta a desarrollar proyectos de inversión con un tratamiento preferencial para nuestros socios en la América Latina. Como pasos de avance hacia la integración económica, pudiéramos pensar en posibilidades de aporte de capital latinoamericano superiores al 50% en empresas mixtas con Cuba, y otras formas de tratamiento que hagan atractivas y rentables las inversiones de empresarios latinoamericanos en nuestro país. En el comercio exterior, podemos avanzar con nuevas modalidades de intercambio compensado, así como en la creación de empresas comercializadoras.

Cuba está en condiciones de privilegiar la colaboración en salud pública, mediante programas de asistencia en higiene y epidemiología, transferencia de técnicas quirúrgicas y clínicas de alta especialización y calificación de personal. También pudiera avanzarse en programas de desarrollo en el ámbito de la biotecnología médica y en programas de intercambio compensado en productos de alta tecnología por materias primas, equipos y otros productos. Finalmente, nuestros hospitales y nuestra tecnología médica pudieran brindar servicios de alta calidad a mucho menor costo que en cualquier país capitalista desarrollado.

En las esferas de turismo, industria azucarera, industria de materiales de construcción e industria pesquera, pudiera avanzarse en diferentes modalidades de cooperación y colaboración económica, considerando los beneficios mutuos que pudieran derivarse de estos proyectos tanto a nivel empresarial como gubernamental.

La identidad cultural de nuestros pueblos

Si aún nos queda un largo recorrido para alcanzar la integración económica, en el que es preciso superar innumerables inconvenientes objetivos; si el camino hacia la unidad política es todavía más dilatado y los obstáculos pueden resultar de mayor envergadura, ¿qué duda cabe de que un importante paso en la imprescindible e inevitable unidad de nuestros pueblos ha de ser dado en el terreno de la cultura, de las ideas, de la identificación espiritual?

En la historia de la humanidad, los grandes cambios sociales han estado antecendidos por avances significativos en el campo de las ideas. En la medida en que seamos capaces de promover la conciencia sobre la necesidad de la integración, sus fundamentos en la identidad común y sus potencialidades a los efectos del común destino, estaremos abriendo el camino hacia la unión de nuestros países. En este empeño, la reflexión sobre nuestro rico pasado, no desde el punto de vista particular de cada una de nuestras naciones sino desde la óptica abarcadora de la gran república moral latinoamericana de que hablaba Martí, será el mejor instrumento para la comprensión de nuestro presente y para la proyección del futuro de unidad que debemos ser capaces de labrar en provecho de nuestros pueblos.

Unir fuerzas para ayudarnos mutuamente, para apoyarnos, para enseñar unos a otros y aprender unos de otros, es vital para el futuro de nuestro países. La educación se convierte así en uno de los prerrequisitos de la integración, pues uno de los factores que más se explotan para dividirnos es nuestra ignorancia.

No ha de ser casual que junto al pensamiento revolucionario y la acción libertadora de los forjadores de nuestra independencia, estuvo siempre la presencia del maestro. No puede concebirse a Bolívar sin Simón Rodríguez y Andrés Bello, ni recordarse a Martí sin evocar a Rafael María de Mendive. Hidalgo fue él mismo maestro y formador de hombres.

En Juárez se integran todos los valores en los que se expresa el papel de la educación y la cultura en la independencia de nuestros países y la libertad de nuestros pueblos. Indio y pobre, analfabeto hasta los nueve años, se hace abogado y, en un continente dividido por cien fronteras y sometido a la violencia injerencista, se convierte en lúcido y brillante paladín de la americanidad y de la resistencia a la intervención y la agresión, postulando el principio que constituye todo un enunciado de la cultura latinoamericana: "El respeto al derecho ajeno es la paz."

Es necesario el rescate de una pedagogía americana, diseñada por la pléyade de hombres de pensamiento que forjaron la conciencia de nuestra identidad, asentada en nuestra rica historia y en la cultura milenaria resumida en el crisol de razas donde fuimos formados. La identidad cultural iberoamericana se vincula a las raíces de nuestra historia común, a las tradiciones, los valores éticos, las manifestaciones artísticas y la idiosincrasia de nuestros pueblos. Conocerla, asimilarla, desarrollarla, divulgarla, defenderla, es uno de los mayores objetivos que nos une.

Si en el pasado fue la independencia el hecho cultural y político más trascendente de nuestra historia, hoy en nuestra cultura común radica la esencia de los sentimientos de dignidad e identidad americanas, la fuerza de la unidad; los principios irrenunciables de la independencia y la autodeterminación, las ansias de libertad e igualdad humana y los valores morales y éticos que son raíz y fruto de nuestras tradiciones. Nos identifican en nuestra ética, entre otros valores, el culto a la libertad y la dignidad plena del hombre, la vocación heroica y el amor al sacrificio, el espíritu de lucha, la rebeldía ante la injusticia y la opresión, la conciencia de la igualdad entre los hombres y de la identidad entre nuestros pueblos, la solidaridad humana, la voluntad y el tesón.

"De América soy hijo, a ella me debo": el enunciado de José Martí sirve de fundamento y pauta a la acción que juntos debemos emprender.

Nuestros grandes fundadores fueron, sin excepción, hombres de conciencia americana. Y, sin embargo, ¿qué diríamos hoy a Bolívar, a San Martín, a Sucre, a Artigas, a O'Higgins, a Hidalgo, a Juárez, a Morazán, a Martí, a los incontables adalides de nuestra independencia, abanderados todos de la unidad de nuestros pueblos, al comprobar que hemos sido capaces, casi dos siglos después, de dar un solo paso efectivo y duradero en favor de esa unidad?

En el mundo del futuro, en el que se perfila la consolidación de poderosas colectividades supracionales, la unidad será lo que nos permitirá ocupar entre las grandes comunidades humanas el lugar que nos corresponde por nuestra historia, nuestra cultura, y nuestros valores espirituales. La enorme fuerza espiritual y moral que nos da nuestra cultura común y nuestra experiencia histórica compartida, es la mayor riqueza con que contamos y la palanca capaz de proyectarnos hacia un lugar en el mundo del siglo XXI.

Los pueblos de nuestra América tienen por delante la magna tarea histórica de formar la comunidad latinoamericana y caribeña, como condición ineludible para su definitiva libertad, su pleno y genuino desarrollo, su supervivencia misma. Lo que podamos lograr no dependerá más que de nuestro propio esfuerzo, nuestra voluntad, nuestra inteligencia. En esta empresa se requiere el concurso conciente y aplicado de todos. Recordemos la admonición de Bolívar: la unión de nuestras naciones "no nos vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos". Pero tenemos fe en el entusiasmo, en la voluntad, en la capacidad, en el esfuerzo de nuestros pueblos, en su inteligencia.

Nunca antes, desde los albores de la independencia americana, en cuya concreción se fundieron pueblos enteros y de la cual emergió pujante el conjunto de naciones que aquí representamos, fue más urgente y necesaria una concertación como la que estamos concibiendo. El primer logro de esta reunión fue el hecho mismo de que se efectuara, que por sí solo es prueba inequívoca de lo que ha avanzado la conciencia entre nosotros acerca de la necesidad de nuestra unidad e integración. Aquí, en Guadalajara, habremos dado el primer paso hacia la materialización

del sueño que sin duda al menos una vez habrá cruzado por la mente y el corazón de cada ciudadano de la América nuestra: el sueño de ver a nuestras naciones, antes balcanizadas, enfrentadas y rivales, en un futuro unidas en un haz indestructible de pueblos, brotados de comunes raíces, fundidos en idénticos crisoles, provistos de similares tradiciones, armados de afines ideas, movidos por parejos sentimientos, guiados por semejantes valores, dotados de la misma cultura.

Tenemos derecho a soñar en esa América Latina unida, como la soñaron Bolívar y Martí.

